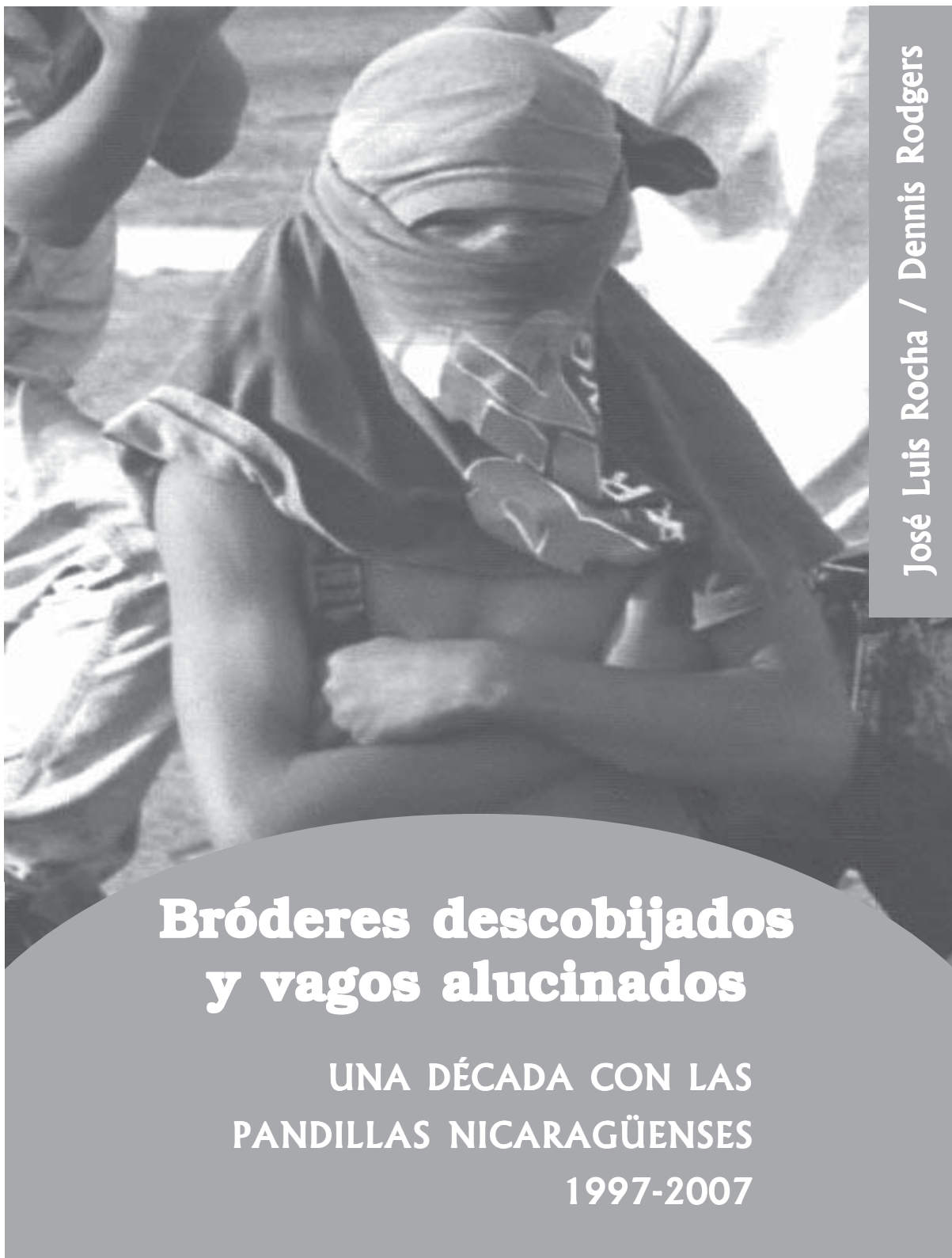


José Luis Rocha / Dennis Rodgers

Bróderes descubijados y vagos alucinados

UNA DÉCADA CON LAS
PANDILLAS NICARAGÜENSES
1997-2007



José Luis Rocha / Dennis Rodgers

Bróderes descobijados y vagos alucinados

UNA DÉCADA CON LAS
PANDILLAS NICARAGÜENSES
1997-2007

José Luis Rocha, Dennis Rodgers

**“Bróderes descubijados y vagos alucinados
Una década con las pandillas nicaragüenses 1997-2007”**

1ra. ed. -- Managua, 2008
190 pág.

ISBN:

Textos: José Luis Rocha, Dennis Rodgers

Fotografía de portada y pág. 69: Anneli Tolvanen
Fotografías internas: José Luis Rocha
Diseño Gráfico: Jamileth Treminio
Imprenta: Impresiones Helios

Textos publicados en la Revista Envío
Universidad Centroamericana (UCA) Managua, Nicaragua
Teléfono: (505) 278-2557 – Fax: (505) 278-1402
Correo electrónico: envio@ns.uca.edu.ni; www.envio.org.ni

Con el apoyo de: Ayuda de la Iglesia Noruega
Oficinas en Managua, Nicaragua
Teléfonos: (505) 270 2650 – 270 8222 – Fax: (505) 277 0214
Correo electrónico: ain-nic@casasol.org; www.nca.no

“Cuando yo estaba más chatel, mis padres me pusieron mano dura. Me pegaban para que no fuera un vago. El problema, entonces, no es de educación, ni de tener o no tener mano dura. Eso puede ser importante, pero no siempre. El problema es que te gusta ese ‘feeling’ de andar de pandillero. Las amistades lo llevan a uno. Vos te integrás porque ahí están tus bróderes”.

César, 17 años, 1999

“A mí no me engañan aquí. Yo las pinto bien y sé quiénes son mis bróderes.”

Teresa, 20 años, 1999

“Me fui descubijando en el ambiente. Al principio me daban coscorriones todos los de la pandilla. Pero poco a poco me fui dando publicidad”.

Elvis, 18 años, 1999

“Por eso me cuadra en parte la vagancia, porque si yo no fuera vago fuera muy diferente a lo que yo he conocido. Fuera más dejado, fuera más pendejo, fuera más baboso, en otras palabras. Sufriendo la vida. Ahora nadie me va a rebanar”.

Carlos, 23 años, 2003

“Larga y difícil es la vida del vago. Y si un vago no se supera, no hace nada; se queda ahí siempre.”

Iván, 17 años, 2006

ÍNDICE

Un antropólogo-pandillero en un barrio de Managua Julio 1997, Dennis Rodgers	/ 1
Pandillero: la mano que empuña el mortero Marzo 2000, José Luis Rocha	/ 19
Pandillas: una cárcel cultural Junio 2000, José Luis Rocha	/ 43
Pandillas: de la violencia social a la violencia económica Noviembre 2004, Dennis Rodgers	/ 69
Pandilleros del Siglo XXI: Con hambre de alucinaciones y de transnacionalismo Septiembre 2006, José Luis Rocha	/ 85
Del telescopio al microscopio: hablan tres pandilleros Junio 2007, José Luis Rocha	/ 111
Mareros y pandilleros: ¿Nuevos insurgentes, criminales? Agosto 2006, José Luis Rocha	/133
Pandillas y maras: protagonistas y chivos expiatorios Diciembre 2007, Dennis Rodgers	/165

Prólogo

La presente colección de ensayos que tengo el honor de presentar nace del esfuerzo de dos de los 'pandilleristas' más destacados del presente. El filósofo nicaragüense José Luis Rocha Gómez ha realizado varios estudios diagnósticos sobre diversos aspectos del pandillerismo juvenil en Managua, a menudo enfocando la problemática desde la perspectiva de la Economía Política. El antropólogo británico Dennis Rodgers ha estudiado el fenómeno de las pandillas juveniles desde dentro. Entre octubre de 1996 y julio de 1997, Dennis Rodgers vivió con una familia en un barrio pobre de Managua, y asumió el rol de pandillero. En 2002, el 'antropólogo-pandillero' regresó y se tuvo que enfrentar con una cultura juvenil que había presenciado una metamorfosis: los jóvenes defensores del barrio se habían convertido en empresarios criminales.

¿Qué es una pandilla? 'La pandilla' es un concepto genérico y no específico. Se trata de un término amplio que engloba tanto a grupos de amigos como a colectivos jerarquizados de varones violentos o criminales. La presente colección de ensayos, que trata de mostrar las líneas generales del pandillerismo nicaragüense, está estructurada cronológicamente y abarca desde los años 1996/1997 hasta el presente. Los ensayos repasan la transformación de grupos juveniles defensores del barrio en 'una especie de élite empresarial local' (Dennis Rodgers) dedicada al tráfico de drogas. Y si bien las pandillas de ayer no son las mismas de hoy, el panorama actual del pandillerismo nicaragüense se caracteriza por la coexistencia de una gran variedad de grupos juveniles de todo tipo, dedicados a actividades más o menos violentas.

‘La pandilla’, como señala José Luis Rocha, ‘empieza ante todo como un grupo de amigos, no como una asociación para delinquir’.

Primero que todo, los dos autores conciben el pandillerismo como movimiento juvenil contracultural que se despliega en un espacio cultural transnacional. Las pandillas ponen en cuestión los valores del mundo adulto y se nutren de una cierta moda, música y estética. Los autores, relacionando el pandillerismo con la juventud como categoría social o como etapa en la vida humana, ponen acento en los procesos de construcción de identidad. El estilo de actuación de los pandilleros -y las pandilleras- está estrechamente vinculado al anhelo de alcanzar un estatus social de prestigio.

O, como José Luis Rocha subraya, ‘la pandilla satisface una gama de necesidades no tan extrañas: respeto, ser alguien, fama, atractivo’.

Según Dennis Rodgers, en 1996/1997 la pandilla fue la única expresión de solidaridad comunitaria en los barrios marginados de Managua. Poco después, el sentimiento de responsabilidad social se desvaneció, para ser sustituido por la lucha individual. Los autores describen cómo las pandillas juveniles se metamorfosean dentro de un contexto socio-económico caracterizado tanto por la falta de perspectivas, la pobreza extrema y las condiciones de trabajo indignas como por el consumo y comercio del crack. Según los autores, las actividades pandilleriles delictivas representan, por tanto, una manera de sobrevivir y de salir adelante. En este sentido, las normas y actividades pandilleriles de hoy no sólo corresponden al modo de actuar hegemónico, sino que forman parte integral de la economía subterránea criminal e informal que el sociólogo alemán Peter Lock ha llamado ‘economía sombra’.

Uno de los principales méritos de éste volumen radica en su enfoque y visión: los autores subrayan que la evolución de las pandillas depende de ciertas circunstancias culturales, políticas y económicas, tanto al nivel local como al nivel nacional y transnacional.

Aparte de la expansión del narcotráfico, los autores enfocan el modo de actuar estatal, con las actividades de los narcopolicías siendo una expresión clara de lo que Peter Waldmann calificó como Estado anómico. En su análisis de la institucionalidad democrática latinoamericana, Waldmann describe experiencias cotidianas que se caracterizan por la confusión en cuanto a las normas que deben ser aceptadas y las autoridades que las tienen que hacer cumplir. En este contexto, el pandillerismo no aparece como movimiento contracultural sino como el esfuerzo de establecer un orden social alternativo. César, entrevistado por José Luis Rocha, dice: 'Los jóvenes mandamos'. Y lo cierto es que los adultos los dejan mandar. En la presente colección de ensayos se hace hincapié en la relación entre la 'generación perdida' que forma pandillas juveniles y una generación adulta agónica que soporta o teme a la juventud violenta. Dennis Rodgers, por ejemplo, describe cómo las madres trataron de encerrar a sus hijos cuando la Policía Nacional realizó una campaña de patrullaje en 1997. José Luis Rocha nota: 'Muchos habitantes de los barrios sólo perciben como dañinos a los pandilleros externos'. Y, más importante aún, con la venta de crack y la acumulación de capital, algunas pandillas se han convertido en nuevos inversionistas y principales motores del bienestar local.

Dennis Rodgers y José Luis Rocha Gómez aportan ideas capaces de representar la ambigüedad del fenómeno social estudiado y, por tanto, de generar nuevos paradigmas. Mientras que el debate académico oscila entre la demonización y la mistificación de las pandillas juveniles, pocos investigadores señalan -e incluso sostienen la tensión de- la ambivalencia del fenómeno estudiado. Los autores del presente libro, generalmente predispuestos a favor de los marginados, dan a conocer ambos lados de la contracultura juvenil. Cuando la violencia se convierte en el modo de actuar

dominante y cuando las relaciones de poder se densifican, dando mayor poder a los líderes más violentos, la estructura social pandilleril se revela como mimetismo de las estructuras injustas de la sociedad hegemónica. Es evidente, por ejemplo, que las pandillas son una 'cristalización del machismo nicaragüense' (Dennis Rodgers), reproduciendo y reforzando el sistema patriarcal violento.

En estos días parece que ningún nicaragüense puede escapar de la temida pregunta: ¿Por qué las atroces Mara 13 y Mara Salvatrucha -todavía- no han invadido a Nicaragua? Dennis Rodgers y José Luis Rocha nos lanzan esta pregunta en la sección final del presente libro. Las consideraciones finales acerca del carácter transnacional del pandillerismo juvenil en Centroamérica nos proporcionan una visión amplia y desmistificada del fenómeno.

Por su originalidad y riqueza de facetas, la presente colección de ensayos es un insumo fundamental para un mejor conocimiento de las pandillas nicaragüenses.

*Anika Oettler
Hamburg Alemania,
enero 2008*



**Un antropólogo-pandillero
en un barrio de Managua**

Un antropólogo-pandillero en un barrio de Managua

E *l antropólogo se hizo pandillero para conocer desde dentro algo de la lógica del centenar de pandillas que operan en los más de 400 barrios de la capital nicaragüense. Estos son los primeros apuntes de esta interesante experiencia.*

DENNIS RODGERS

La violencia y la inseguridad crecen a diario en Centroamérica. También en Nicaragua. Uno de los rostros de esta realidad es el de las pandillas, bandas de jóvenes que andan por los barrios molestando, robando, golpeando y a veces, hasta matando. ¿Qué son estas pandillas: grupos pasajeros o instituciones con una lógica propia? ¿Por qué los jóvenes se unen en pandillas? ¿Qué motiva la violencia que les caracteriza?

Como antropólogo quise encontrar alguna respuesta a éstas y a otras preguntas. Y me puse a buscarla. Quiero agradecer el financiamiento del Royal Anthropological Institute de Gran Bretaña e Irlanda del Norte. Sin él, esta búsqueda, esta investigación no hubiera sido posible. Para obtener datos, la metodología antropológica depende, en gran medida de la “observación participativa”. Por

eso, como antropólogo decidí hacerme pandillero. Para estudiar y entender lo que es un pandillero, el antropólogo debe asumir el rol social que estudia y debe participar en las realidades sociales que investiga. Eso hice. La gran fuerza de este método de investigación es que permite, no sólo observar cómo actúan las personas, sino cómo entienden y experimentan sus acciones.

Es primordial que el antropólogo pandillero viva en esa doble realidad durante un tiempo prolongado, para que lo cotidiano se haga explícito y para que lo que la gente dice que está haciendo se ponga a prueba en la vida diaria con lo que realmente está haciendo. Este contraste, importante para entender la organización de las vidas de los pandilleros, requiere de tiempo. Y requiere de inmersión en otro papel social. Inmersión, no conversión. En todos los momentos de la vida, todos jugamos varios papeles sociales, y un antropólogo, en el curso de sus investigaciones, tal vez juega más papeles aún. No deja de ser antropólogo cuando es pandillero ni tampoco se hace un pandillero exactamente como lo son los demás.

El único pandillero chele

Las mías no fueron necesariamente desventajas. La distancia ayuda a veces al análisis. Tampoco se puede argüir que el doble papel distorsiona la investigación. Al menos, no la distorsiona más que una encuesta. La introducción de una variable externa dentro de una determinada situación social puede precipitar condiciones útiles para una mejor comprensión del fenómeno. Todo eso lo comprobé al asumir el papel de pandillero en un barrio popular de la zona oriental de Managua, en donde viví con una familia desde octubre de 1996 hasta julio de 1997.

El hecho de ser un pandillero chele (blanco, rubio) fue obviamente atípico, especialmente en el contexto social de un barrio donde era el único chele que vivía allí. Esto distorsionó la situación, pero no de un modo escandaloso, y las ventajas fueron más que las distorsiones. Como miembro de la pandilla, he sido considerado como un “broder tuani”, y los pandilleros hablaron conmigo sin mie-

do y sin reticencias de sus actividades delictivas. El hecho de tener un estatus atípico me permitió entender algunas cosas sobre las pandillas. Las hubiera descubierto también siendo un pandillero típico, pero tal vez el proceso de aprendizaje hubiera sido más lento.

Lógica de los pleitos entre pandillas

La reputación de una pandilla depende en parte de las características de su barrio de origen. Depende también de las características de los miembros de la pandilla. Una de las razones para que los pandilleros del barrio donde viví me admitieran en su grupo fue el “toque especial” que mi pertenencia daba a la pandilla. Estoy seguro de que en Managua no hay muchas pandillas con chele incluido. Otros miembros aumentan la reputación o notoriedad de la pandilla por su coraje, su violencia o su locura. Yo la prestigíé por mis orígenes.

Este estatus atípico me permitió descubrir algo de la lógica que tienen los pleitos entre pandillas. “Lógica”, porque estas frecuentes confrontaciones no se desarrollan así porque sí. En gran medida, los pleitos entre pandillas se orientan a dañar a los miembros notorios de la pandilla adversa. Yo, como el pandillero chele de mi barrio, fui un objetivo de primera importancia.

Una anécdota revela mi “importancia”. Siendo ya pandillero, un día no había agua en mi barrio y decidí irme a duchar a la casa de una hija de la familia con quien vivo, en un barrio vecino. Pero “mi” familia no quería dejarme ir solo. A pesar de la hora del día, las 6.30 de la mañana, consideraban que era un riesgo que me adentrara en aquel otro barrio porque la pandilla de allí, enemiga de la de mi barrio, podría atacarme, no sólo como miembro de la pandilla rival sino, sobre todo, como miembro con características tan especiales. Finalmente, después de sopesar el riesgo, el querido de la dueña de mi casa, que es taxista, y que estaba durmiendo en la casa ese día, me llevó en su taxi, esperó a que me duchara y después me regresó a la casa. Nunca en mi vida tomar una ducha me resultó tan peligroso...

Sub pandillas dentro de la pandilla

La pandilla tiene una estructura bien definida, con subgrupos de edad. Todo pandillero empieza siempre en el nivel más bajo, en la pandillita de los de menos de 13 años. Pasa después al grupo de los que tienen entre 13 y 17 años y finalmente, al de los que tienen más de 18. No se trata nunca de “diferentes” pandillas, sino de “sub pandillas”.

La pandilla de mi barrio está subdividida de dos maneras: por edades y por la geografía del barrio: los de arriba, los de abajo, y los del centro. “Los dragones” son los de arriba, “Los cancheros” los de abajo, y “Los de la calle ocho” por un billar del barrio que se llama así son los del centro. Estos subgrupos de la pandilla operan generalmente por separado, pero jamás pelean entre sí, y se juntan todos cuando el barrio está en peligro cuando es atacado por la pandilla de otro barrio o para molestar a la gente durante fiestas populares como las de Santo Domingo.

La incorporación escalonada a la pandilla se practica con los jóvenes de las familias establecidas en el barrio. En los primeros años 90 hubo una masiva inmigración de nuevas familias más o menos la mitad de la población actual del barrio y puede suponerse que en aquellos años se desarrollaron varios mecanismos para integrar a la pandilla a los jóvenes de las familias que llegaban.

Mi rito de iniciación: un puñal y un robo

Creo que por mi estatus especial mi chelitud, mi origen social y también mi edad: a los 23 años, soy el más viejo del grupo, el rito de iniciación por el que pasé para ingresar en la pandilla no fue el habitual. Pero, como desde mi llegada al barrio no ha llegado ningún otro joven, no he podido asistir a otra iniciación para salir de dudas. Algunos pandilleros me han dicho que la mía no fue tan diferente a otras.

El rito fue informal y tuvo dos momentos. Primeramente, una tarde unos pandilleros intentaron asustarme con un cuchillo cuando estábamos hablando en

la calle. Era un cuchillo suizo, más grande que los que se encuentran usualmente en el comercio, el que los militares suizos utilizan para el combate mano a mano. Tuve suerte. Crecí en Suiza y empecé a jugar con cuchillos suizos desde los ocho años. Por eso, después de lograr controlar no sin dificultad el miedo que sentí, les pedí el cuchillo y les enseñé a hacer con él algunos trucos que no conocían.

El segundo momento del rito consistió en ir al cercano mercado Roberto Huembes con otros pandilleros para robar. En el mercado, y con mi cooperación, me utilizaron como señuelo para distraer al dueño de un tramo de ropa mientras ellos se robaban varios calzones de mujer. Después, yo debía venderlos en el barrio. De casa en casa, y utilizando mis limitadas redes sociales porque hacía solamente dos semanas que vivía allí, logré vender los ocho calzones por 43 córdobas. Se venden a 20 córdobas cada uno en el mercado, pero esas “rebajas” son lo normal en el mundo de estos “bisnes”.

Como la antropología propone la inmersión y no la conversión, traté de comunicarles esta diferencia a los pandilleros. Una vez que me iniciaron en la pandilla, les dije que no participaría ni en asaltos ni en robos con ellos, ni tampoco en pleitos de pandillas que ocurrieran fuera de los límites del barrio. Les dije que, esencialmente, sería un miembro observador. Los pandilleros me aceptaron sin problemas estas condiciones, conscientes de que por antropólogo y extranjero además de por consideraciones éticas no podía involucrarme a fondo en actividades de ese tipo.

Pero, cuando mi barrio fue atacado por una pandilla enemiga, en noviembre de 1996, los pandilleros del barrio se convirtieron en los observadores de mi actuación. En aquella ocasión, participé en la defensa del barrio, me peleé a palos con los que llegaron y tiré piedras. Para mí se trató de un caso de defensa propia. “Ahora sos uno de nosotros, ya vimos que tenés la onda, ya miramos que querés al barrio y que estás dispuesto a defenderlo”, me dijeron varios pandilleros después del pleito. Aceptando que tengo un papel especial dentro de la pandilla,

los pandilleros consideran que, a pesar de todo, necesito “tener la onda”: estar siempre dispuesto a defender al barrio para que no sea invadido, no mostrar miedo ni a ser herido ni a participar en robos, fumar marihuana...

Campaña policial de enero 97

Ser pandillero y ser residente en un hogar del barrio me fue bastante útil para entender las actitudes de los pandilleros y de sus familias ante la campaña represiva del nuevo gobierno liberal en contra de las pandillas. A fines de enero de 1997, recién asumido el poder Arnoldo Alemán, la Policía Nacional inició una campaña de patrullaje en los barrios de Managua denominados “calientes” para detener a pandilleros. Después de varios años de presencia casi inexistente en estos barrios, la Policía aparecía en ellos rápidamente a cualquier hora del día o de la noche, cuando los llamaba la gente o cuando ellos decidían. Cada fin de semana llegaban varias patrullas a llevarse a borrachos y a pandilleros del barrio.

En el estilo de actuación de los pandilleros es muy característico el salir a enfrentar el peligro, lo que encaja dentro de la arraigada cultura machista, que idealiza el correr riesgos y el demostrar coraje públicamente y ante cualquiera. Cuando llegaba la Policía, todos los pandilleros salían gritando a su encuentro, tirando piedras y corriendo por todos lados. Las madres de los muchachos también salían, gritando y corriendo, pero no en contra de la Policía, sino tratando de detener a sus hijos pandilleros para encerrarlos dentro de sus casas.

No era sólo por el instinto maternal de protegerlos. Un pandillero capturado por la policía no sale de la cárcel antes de una, dos o tres semanas. Las madres deben llevarles a la prisión la comida y de lo que llevan, los policías siempre se quedan con una porción. A las madres de los pandilleros el apresamiento de sus hijos les sale demasiado caro: pierden tiempo, gastan en comida y gastan en transporte más o menos según en donde los metan presos. La familia puede también pagar una multa, que de 105 córdobas subió en este tiempo hasta 210, y con la que el pandillero

queda libre en sólo tres días. Esta especie de fianza resulta muy cara a familias que sólo ingresan mensualmente como promedio unos 600-800 córdobas. Ciertamente, el incremento de la presencia policial y el aumento de la multa han hecho que muchas familias tomen medidas con sus hijos pandilleros. Muchas familias los encierran con llave durante varios días para que no salgan. También los pandilleros dijeron haber reducido sus actividades a causa de la campaña policial. Sin embargo, después de varias semanas de inactividad relativa, la actividad delictiva de las pandillas comenzó de nuevo a recrudecer con ocasión de la Semana Santa. Los pandilleros tenían que conseguir dinero para pagar los tradicionales paseos a las playas.

Pronto se demostró que una campaña policial de este tipo puede tal vez resolver las cosas, pero sólo a corto plazo y no por mucho tiempo. La represión policial refuerza el ciclo de la violencia del que las pandillas son una pieza más. Las pandillas y la violencia que generan tienen un origen y motivaciones bien definidas, y mientras esto no se tome en cuenta, cualquier estrategia en contra del fenómeno de las pandillas estará destinada al fracaso.

Una organización casi militar

Tener una relación tan estrecha con una pandilla me permitió aprender mucho sobre las tácticas que asumen, lo que también ilumina aspectos importantes de sus raíces y de su durabilidad. Cuando se pelean, las pandillas actúan, esencialmente, con una organización casi militar en todos sus detalles. Se organizan en “compañías” que se protegen mutuamente, existe una reserva, se traza generalmente un plan de batalla con una estrategia, y los repliegues se desarrollan de manera muy ordenada. Las armas que lleva al combate cada individuo son suyas, pero los individuos armados son distribuidos dentro de las distintas compañías en función de su armamento, para equilibrar a todas las compañías, excepto cuando se necesita organizar un “comando de asalto” así lo llaman, con mucho poder de fuego y para un objetivo específico, como, por ejemplo, el de dañar al jefe de la pandilla enemiga.

Las armas que utilizan los pandilleros van desde sus propias manos desnudas y listas para el ataque hasta fusiles AK-47 y granadas de fragmentación. Generalmente, utilizan piedras, palos, tubos, puñales y morteros. Las armas de fuego ametralladoras o pistolas no son las más usuales en los pleitos entre pandillas y las utilizan sobre todo para asaltos o robos, a menos de que se trate de un pleito prolongado en el que cada enfrentamiento requiera de una escalada en el armamento que emplean ambos bandos, hasta que llegan al uso de armas de máxima potencialidad.

No es sólo por el desempleo

Las pandillas son un fenómeno social que se reproduce en el tiempo. En Nicaragua, empezaron a aparecer en torno a 1990. Sus integrantes eran jóvenes que habían participado en la guerra de los 80, que terminó aquel año, y todos conocían el uso de las armas por haber hecho el servicio militar. Pero los pandilleros de aquellas primeras pandillas de inicios de los 90 no son los pandilleros de hoy.

En mi barrio, cuando los pandilleros llegan a los 22-24 años, tienen dos alternativas. La primera es muy frecuente: “por accidente” fundan una familia y, para demostrar que son responsables, dejan de ser pandilleros. A partir de entonces, la mayoría de ellos viven habitualmente como desempleados. La segunda es entrar al mundo de la criminalidad “dura”. La mayoría de los pandilleros sigue la primera ruta, pero un porcentaje significativo elige la segunda. En mi barrio, un 15-20% pasan a ser delincuentes de profesión. En estos años se ha demostrado que, de generación en generación de pandilleros, se ha dado un proceso de transmisión de conocimientos en la manipulación de armas, en las estrategias de combate y en el conocimiento militar.

Es importante entender esto, porque demuestra que las pandillas son mucho más que una respuesta al estímulo estructural que representa el extendido desempleo que padece Nicaragua. Naturalmente, el desempleo y la falta de oportunidades son factores importantes para explicar el fenómeno de las pandillas. Pero

no basta esta explicación. Las pandillas son instituciones que tienen en cierta medida autonomía socio cultural y una capacidad de reproducción no ligada únicamente al contexto económico social. Y sus motivaciones van más allá que el ser espacios donde los jóvenes superan el aburrimiento de no tener nada mejor que hacer que provocar, molestar y atacar a los demás. Los primeros pandilleros de los años 90, jóvenes que habían conocido la guerra, el peligro, la muerte y tantas otras formas de violencia, dicen que, después de las dramáticas experiencias que vivieron en las montañas, querían repetirlas de nuevo. Y sobre todo, querían readquirir el estatus social que les dio el ser militares aguerridos que, llenos de orgullo, estaban sirviendo a la patria.

Los pandilleros de hoy no conocieron la guerra ni hicieron el servicio militar. Pero coinciden con los de ayer en el deseo de alcanzar un estatus social de prestigio, en el marco de una situación nacional en la que se sienten como una generación perdida. Ellos mismos afirman que no tienen futuro, como tampoco tiene futuro Nicaragua. Sin trabajo, sin posibilidades de estudiar a pesar de lo que dice y ordena el gobierno, en nombre de la “autonomía escolar” las escuelas siguen exigiendo el pago obligatorio de mensualidades supuestamente voluntarias que no están al alcance de la mayoría de las familias, sin respetabilidad social, la única opción que tienen estos jóvenes para crearse su propio papel social es afirmar su presencia a través de una pandilla que asalta, pelea y ejerce la violencia. Ese es su papel y su misión: ellos se ven a sí mismos como los defensores de su barrio, y ese deber les da derecho a atacar a los de afuera que se atreven a penetrar en su barrio.

La identidad está en el barrio

Durante esta década, el sentimiento de identidad se ha localizado mucho. La pandilla de mi barrio se identifica bastante con el barrio de los años del somocismo, cuando el barrio de sus padres era un barrio marginal y sumamente peligroso. “Los que vivían aquí antes sí que eran dañinos. Se les tenía respeto. Nadie entraba aquí, nadie. Vos entrabas de pie por un lado y salías por el otro lado en un

cajón. Antes, hasta la Guardia tenía miedo de entrar aquí”, me dijo una vez uno de mis amigos pandilleros. El barrio fue teatro de enfrentamientos muy violentos durante la insurrección antisomocista y la aviación de la Guardia lo bombardeó varias veces. Hoy, este barrio no tiene nada de especial y es uno más entre cientos de otros barrios similares en Managua.

No fue el caso durante el sandinismo, cuando el barrio se benefició del programa urbano que el gobierno revolucionario organizó a inicios de los años 80. El barrio fue reconstruido totalmente. Y nadie en el barrio me permite olvidar estos hechos, que lamentablemente fueron logros de corto plazo. Desde mediados de los años 80 el barrio quedó sin mantenimiento y hoy funciona una sola luz en las calles, los espacios públicos se han convertido en basureros y las casas se están derrumbando. Al mismo tiempo, como los ingresos de todas las familias han caído drásticamente, la mayoría de las familias tampoco puede dar mantenimiento a lo suyo.

Desde 1984-85, la historia del barrio ha sido la de un lento fracaso, la de una agonía prolongada. Los pandilleros de hoy sueñan con épocas pasadas, cuando a su barrio se le tenía respeto. Por todos lados, dentro y fuera del barrio, aparecen pintas (graffitis) con el nombre pre-revolucionario que tuvo el barrio. Esta anhelante búsqueda de identidad está íntimamente ligada con el vacío de otros papeles sociales significativos y permite suponer que si uno pudiera canalizar las energías y los sueños de los pandilleros hacia otras actividades, tal vez lograrían encontrar lo que están buscando.

¿Qué quisieran hacer?

Cuando pregunté a los pandilleros qué tipo de actividades les parecerían de interés y utilidad, me contestaron que quisieran hacer algo concreto, de beneficio para ellos y para su barrio, algo en lo que trabajar juntos. Construir, por ejemplo, un parqueo con una cancha de baloncesto, que después ellos mismos se encargarían de cuidar. Quieren algo con lo que poder identificarse y donde trabajar colectivamente.

Esta respuesta refleja algo importante a tener en cuenta cuando se analiza el fenómeno social de las pandillas. Estas deben de ser consideradas como colectivos, como comunidades, y no solamente como agrupaciones yuxtapuestas sin orden ni concierto. Dentro de mi barrio, se puede afirmar que la pandilla es el único ejemplo de organización de solidaridad cooperativa, porque aun las familias están muy fragmentadas. La familia con la que vivo, por ejemplo, está dividida en tres grupos distintos, que sobreviven con ingresos diferentes, que nunca comparten entre ellos.

Los pandilleros subrayan la importancia de la solidaridad dentro de la pandilla con la misma fuerza con la que lamentan la atomización de la comunidad. Señalan que un pandillero tiene responsabilidades. Una de ellas resulta obvia a cualquier observador: una pandilla nunca deja a uno de sus miembros en el “campo de batalla”. Sea cual sea el peligro, si hay un pandillero herido, otros lo rescatarán antes de replegarse. Naturalmente, esto ocurre por la lógica que tienen los pleitos, en que el objetivo es capturar a los miembros con características especiales de la pandilla adversa, pero resulta también un signo de la actitud solidaria que se genera entre los pandilleros.

¿Solidaridad heredada del sandinismo?

Los pandilleros de mi barrio afirman que esa solidaridad con la que se ayudan entre ellos y con la que cuidan a su barrio viene del sandinismo. Se ven a sí mismos como los herederos del sandinismo y de sus valores de solidaridad y de trabajo colectivo. Durante las elecciones de octubre de 1996, los pandilleros distribuyeron propaganda del FSLN por el barrio y colocaron banderas y afiches rojinegros por las calles cuando se anunció que Daniel Ortega, candidato presidencial del FSLN, iba a llegar.

Un 100% de los pandilleros de mi barrio son sandinistas. Ciertamente, esto influye en su ideología solidaria. Sin embargo, los recuerdos que la mayoría de estos pandilleros conservan de la época sandinista son muy imprecisos, porque

eran muy jóvenes en aquellos años. Es probable que su sandinismo lo hayan recibido en herencia de la primera generación de pandilleros, que hicieron el servicio militar.

Predomina en los actuales pandilleros una idealización y una mitificación del pasado, incluida la glorificación de la historia del barrio antes de que fuera reconstruido por el gobierno sandinista, a pesar de que en aquel entonces el barrio era uno de los asentamientos más míseros de Managua. Y es que las pandillas se caracterizan por su sentido de territorialidad. Cada pandilla se identifica con su barrio y lo ve como su territorio. Operan también en otros barrios, pero no tienen la misma actitud con relación a esos barrios que la que mantienen con su barrio de origen. Se puede decir que, al menos con su barrio, los pandilleros tienen una conciencia o sentimiento de responsabilidad social.

Durante una “guerra” contra la pandilla de un barrio vecino, mis amigos organizaron una tregua “para las casas”, que estaban sufriendo bastante por el cruce de morterazos entre ambos bandos. Las dos pandillas llegaron a un arreglo y trasladaron su guerra a un terreno neutral entre los dos barrios, lejano a las casas. Un sentido de cooperación así, entre pandillas supuestamente enemigas, no debe sorprender. Muchas veces, las mismas pandillas que se peleaban ayer se juntan hoy para atacar a otra pandilla y, aunque se trata de alianzas efímeras, no dejan de ser significativas.

Pandilleros: los que “tienen la onda”

En mi barrio hay más o menos cien pandilleros. Todos son varones, pero en varias pandillas de Managua también hay mujeres. Entre 1990 y 1995, el número de pandilleros creció año tras año, pero desde entonces no ha crecido ni ha menguado. No todos los jóvenes de un barrio se meten dentro de la pandilla. En mi barrio viven unas 3 mil personas, unos 750 son jóvenes varones y 100 de ellos son pandilleros.

¿Por qué algunos jóvenes se hacen pandilleros y otros no? La explicación que dan los pandilleros es que unos “tienen la onda” y otros no la tienen. La “onda” es el puro gusto, la atracción por la delincuencia, un estilo, al vestirse ponerse las camisetas al revés, por ejemplo o un estilo al hablar, hablar pronunciando las palabras con las sílabas al revés, con lo que uno es “nitua” en vez de “tuani” ... “Tener la onda” es también una actitud, un sentido del humor, como lo demuestra un asalto que realizaron los pandilleros de mi barrio. Un diplomático -los pandilleros de mi barrio lo reconocieron por las placas de su auto- llegó al barrio vecino a comprar drogas en una calle muy conocida por esa venta. Al salir, los pandilleros lo estaban esperando con AK-47. Le robaron su dinero 200 dólares, sus anillos, su reloj, su camisa y sus zapatos. Pero decidieron respetarlo dejándole “lo mejor”: su carro y sus drogas...

“Tener la onda” es más que robar, drogarse o andar de vago... Es también tener una “nota”: sentir la pertenencia al barrio y la identificación con los demás pandilleros. Los pandilleros no sólo se ayudan mutuamente, sino que confían mucho unos en otros, confianza que es un valor, por ser cada vez más escasa en el contexto de crisis de la Nicaragua de hoy. En parte, esta confianza y esta lealtad son una reacción a la estigmatización social que sufre el pandillero. Aunque en mi barrio, este estigma es ambiguo, porque los habitantes del barrio, aunque critican a los pandilleros, no dejan de reconocer que son ellos quienes protegen y cuidan al barrio.

¿Quiénes se hacen pandilleros?

No existe una clara correlación entre la situación socioeconómica de las familias de los pandilleros y su pertenencia a la pandilla. A pesar de que existe bastante diferenciación social dentro del barrio, los pandilleros no son mecánicamente los jóvenes de los estratos más pobres, a pesar de que el motivo económico es siempre una motivación importante para hacerse pandillero.

Con sus asaltos, sus robos y sus “bisnes”, los pandilleros pueden obtener mucho dinero. Lo utilizan para comprar pega para inhalar, marihuana para fumar, licor para emborracharse y cargas para su mortero o balas para su arma, puñales y ropa especialmente zapatos o gorras Nike. También comida. El promedio mensual de gastos de un pandillero ronda entre 200 y 400 córdobas. (20-40 dólares). Nunca ahorran dinero. Lo buscan cuando lo necesitan. No lo comparten con su familia, pero a veces sí con sus compañeros de pandilla.

Tampoco se puede afirmar que los pandilleros provengan de familias con historias problemáticas fragmentadas con escenas de violencia doméstica, etc. El único indicador sistemático que he podido observar es que la inmensa mayoría de los jóvenes que provienen de familias evangélicas no se integran a las pandillas.

Esto puede deberse a la ideología evangélica, opuesta a algunas de las actividades de los pandilleros: beber o fumar. También puede ser porque las iglesias evangélicas, tan organizadas, juegan un papel social comparable al de las pandillas: ambas son instituciones de referencia que ofrecen a los individuos códigos de conducta grupales y sólidos dentro de un contexto nacional donde muchas de las referencias sociales se han transformado o han desaparecido. Dentro de un contexto de cambio, de inseguridad generalizada, lleno de referentes efímeros, tanto las pandillas como las iglesias evangélicas, representan un esfuerzo para construir un espacio social con reglas definidas, donde los jóvenes puedan sentirse parte de un grupo con identidad social.

Este contexto de inseguridad y de precariedad característico de la situación de Nicaragua es el espacio social donde se ubican los pandilleros. Las pandillas son socialmente estructurantes y estructuradas. Aunque dentro del espacio social que ellas constituyen emergen nuevos valores, nuevas significaciones, nuevas prácticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones, esas pandillas están ubicadas, y de manera subordinada, en un espacio social más amplio, que también marca la identidad de los pandilleros. Este espacio más amplio es el espacio nacional, en crisis. Los pandilleros tienen que edificar su identidad en ambos

espacios. Y por eso, todas sus acciones reflejan, tanto el orden ya establecido, como el orden que ellos logran establecer en su pandilla.

Expresión de una cultura machista

En un contexto social en el que la violencia es la norma, ¿puede sorprender que los pandilleros se caractericen por acentuar ese rasgo social? En un contexto donde la fuerza es la que da estatus, la manera de superar a los más fuertes es procurarse un arma. La vía violenta que siguen los pandilleros no puede sorprender en un país donde existe una cultura de violencia. Es indudable que la historia de Nicaragua está impregnada de violencia. Desde la conquista española, la violencia ha estado omnipresente en Nicaragua y esto ha afectado todas las formas de organización de la vida. Los niveles de violencia dentro del hogar son también muy altos y la violencia resulta la vía privilegiada para resolver todo tipo de conflictos en un marco cultural machista.

Las pandillas se pueden analizar también como una cristalización del machismo nicaragüense, por la actitud que tienen los pandilleros ante el peligro, porque privilegian la violencia como expresión social, por el componente casi exclusivamente varonil de la pandilla, por su manera de relacionarse con las mujeres... Las pandillas y su violencia no son fenómenos en el aire. Tienen una lógica dentro de su propio espacio social y dentro del espacio social que constituye la sociedad nicaragüense. Son la forma que adoptan los jóvenes para imponerse a una sociedad que los excluye.

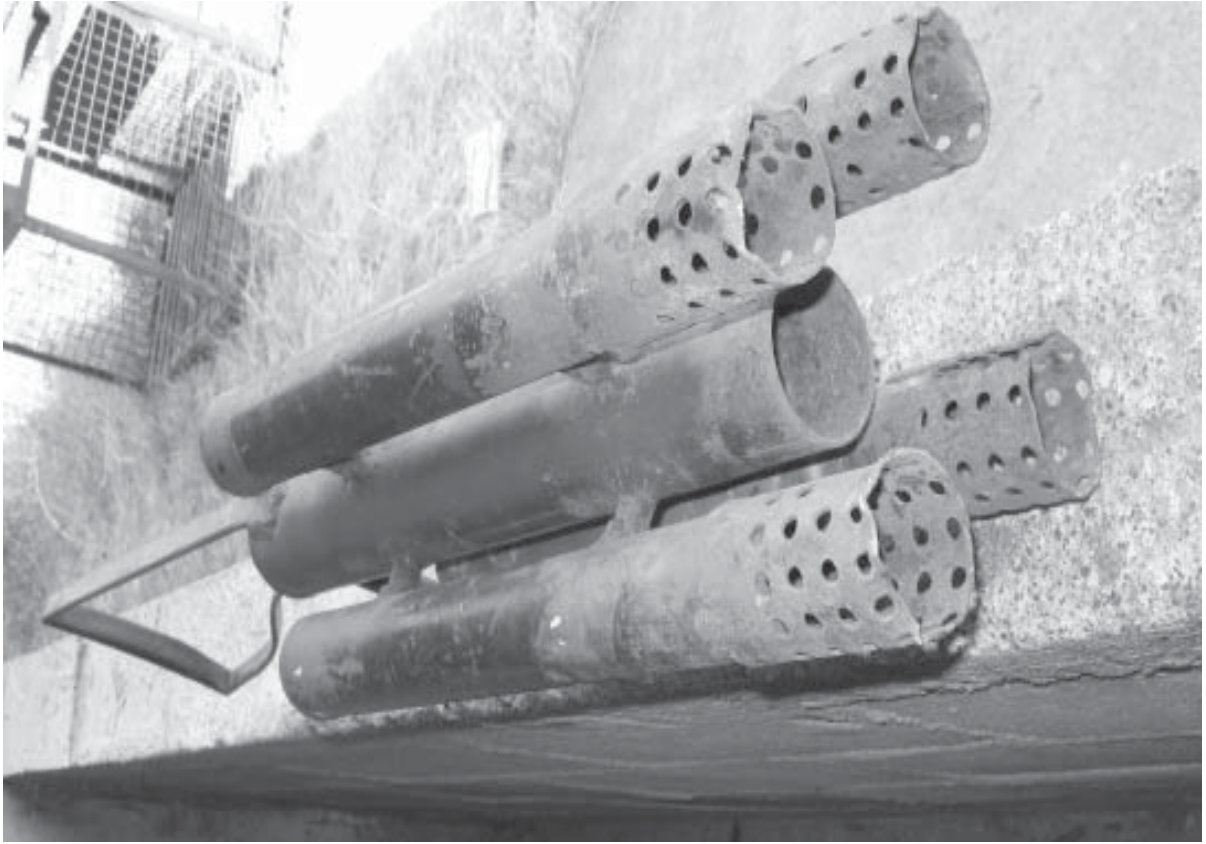
Una lógica incierta y cambiante

A pesar de todo, no debe buscarse en las pandillas una lógica perfecta. La explicación convencional del comportamiento individual sea en la economía, la sociología o en otras disciplinas de las ciencias sociales se funda alrededor del concepto de que las acciones humanas son el producto de una racionalidad basada

en la consideración que hacen los individuos de los distintos medios, fines y causalidades que tienen a mano y que conducen de uno a otra. Pero muchas veces no es tan fácil identificar estas piezas porque las opciones que uno tiene a mano son opacas e indeterminadas.

La ambigüedad inherente a la condición humana incrementada en el contexto caótico y anárquico de la Nicaragua de hoy provoca que la gente tal vez no sepa lo que está haciendo o no sepa quizás el efecto que tendrá lo que está haciendo. No se trata de que las acciones de la gente no sean racionales, pero su lógica no llega a ser nunca una lógica sistemática. La gente no está tan segura ni de sí misma ni del mundo dentro del que está viviendo, como las ciencias sociales sostienen con frecuencia.

El mundo no es inmóvil, siempre está cambiando, y por eso la vida de la gente se debe considerar siempre como un proceso anárquico en cambio. La interacción humana, que ya es ambigua por el hecho de que la comunicación entre humanos -pivote de la interacción social- es ambigua en cualquiera de sus manifestaciones, necesita de una permanente interpretación. Y es por eso que serán necesarias muchas más experiencias y mucho más tiempo para que el antropólogo entienda al pandillero.



**Pandillero: la mano
que empuña el mortero**

Pandillero: la mano que empuña el mortero

Cada día hay más pandillas en Nicaragua. ¿Qué buscan estos muchachos? ¿Por qué pelean? ¿Qué los une? Más que una ruptura con el orden establecido, los pandilleros se insertan con un estilo propio en ese orden y comparten el paradigma cultural de nuestro tiempo. Hay que observarlos, entenderlos e interpretarlos con una mirada más comprensiva.

Tom dijo: «Fundaremos esta banda de ladrones y la llamaremos la Pandilla de Tom Sawyer. Quien quiera unirse a nosotros tiene que hacer un juramento y escribir con sangre su nombre».
(Mark Twain, Aventuras de Huckleberry Finn).

[JOSÉ LUIS ROCHA](#)

Hace poco más de un siglo, el polémico escritor norteamericano Mark Twain escribió varios relatos acerca una pandilla de adolescentes cuyas correrías tuvieron por escenario las riberas del Mississippi. Un agudo sentido de observación permitió a Twain penetrar en el espíritu juvenil y obtener una vívida descripción del carácter de sus personajes. ¿Quién no ha oído de las aventuras de un pandillero llamado Tom Sawyer y de las de su no menos irredento amigo y también pandillero Huckleberry Finn? Basado en hechos de la vida real, y elevando al rango de paradigma juvenil un modo de vida que era sin duda objeto de censura para las buenas conciencias de su tiempo, Mark Twain convirtió en héroe a un paria y creó un personaje genial que hacía ácidas críticas a las instituciones educativas de su época. En este contexto resulta lúcida la célebre sentencia de Twain:

No permitas que la escuela interfiera con tu educación. Twain bendijo el oficio del rebelde: fustigar el orden establecido, ridiculizar los lugares comunes, socavar los cimientos aparentemente sólidos de las instituciones. Twain penetró en el espíritu de los rebeldes de los agitados tiempos de la fiebre del oro, tiempo de cambios acelerados, movilidad social, marginación y delincuencia.

El elogio del vago

En Las Aventuras de Tom Sawyer, Huck Finn es presentado como el adolescente paria de la villa, hijo del borracho del pueblo, cordialmente odiado por todas las madres del lugar porque era alocado, sin ley, vulgar y malo, y porque a todos los niños les deleitaba su trato prohibido. Huck es el prototipo del adolescente vago. Mark Twain declara haber tomado sus personajes de la vida real. El inspirador de su personaje fue un muchacho que Twain describe como sucio, ignorante, de un corazón tan bueno como ningún muchacho lo tenía y con libertades enteramente irrestrictas. De acuerdo a Twain, era la única persona realmente independiente -hombre o muchacho- en su comunidad.

En la actualidad nos asombraría el elogio del vago. Presentado por Twain, nos parece lo más natural. Pero el sentido contestatario de esta elaboración literaria no lo vemos ya en nuestros tiempos. Los escritores del siglo XIX idealizaron al pobre (Oliver Twist), los de los siglos XVI y XVII al pícaro (El Lazarillo de Tormes, Tristram Shandy) e incluso al delincuente (Moll Flanders). Los intelectuales nicaragüenses, que demostraron una fecundidad sin precedentes para el género épico y la apologética de la revolución, están ahora sumidos en la esterilidad, o ennegridos o abocados a temas históricos. Ninguna de las obras de ficción recientemente escritas en Nicaragua refleja la situación fragmentada de nuestra sociedad y la desesperación de los grupos preteridos. No hay ningún poema al vago. Ni ditirambos ni sátiras ni filípicas. El vago no cabe en estos tiempos como protagonista literario. No le alcanza esa especie de absolución que es la literaria. Estas ausencias son reflejo de la distancia que han tomado las capas medias de la sociedad respecto de las dispersas agitaciones y tensiones popula-

res, en ascenso pero imposibles de ser articuladas en un proyecto colectivo. Su apariencia delata al pobre como una amenaza para los ciudadanos de clase media, con quienes comparte sólo algunos espacios. No existe una construcción ideológica que lo dignifique y recoja su sentido de la vida. En lugar de este esfuerzo, tenemos el rechazo al que han prestado cimientos las construcciones periódicas de la imagen de los vagos y pandilleros: “los antisociales”, “los enemigos de la ciudadanía”... Son apelativos que justifican una hostilidad. A través de esa maraña de epítetos hay que columbrar el rostro del pandillero, leer las líneas de su mano. Para ello es menester sobreponerse a las percepciones dominantes.

Juramentados y con símbolos

En contraste con la censura dominante, Mark Twain pintó un retrato más que favorable de los “vagos” de su tiempo. Algunos de sus trazos son una buena herramienta antropológica para hoy. Por ejemplo, cuando describe el juramento que Tom Sawyer diseñó para formalizar la integración a su pandilla: si alguien dañaba a cualquier miembro de la banda, cualquier otro integrante podría ser comisionado para matar a esa persona y a su familia, y no debía comer, ni aun dormir, hasta que no los hubiera matado y señalado con una cruz en sus pechos, cruz que sería señal de la actuación vengadora de la banda.

Nadie que no perteneciera a la banda podría usar la marca de ésta, y en caso de que lo hiciera, sería castigado. Si cualquier integrante de la banda contara los secretos de la misma, su cuello debería ser cortado, su cadáver quemado, sus cenizas dispersadas, su nombre borrado de la lista de la pandilla y nunca más mencionado. Tom confeccionó el juramento en base al modelo leído en libros de piratas, ladrones y bandoleros. Cuando Tom fue interrogado acerca del cometido de la pandilla, respondió: Nada, excepto robar y matar. Detendremos los carruajes en la carretera, mataremos a la gente y les quitaremos sus relojes y su dinero. Tenemos en esta descripción muchos de los elementos característicos de las pandillas nicaragüenses y centroamericanas de hoy: un código de honor que penaliza ante todo a los traidores -de manera especialmente encarnizada a los

soplones-, una simbología del grupo para que sus hechos sean identificados, ciertos lugares de reunión, la demarcación de un territorio y la venganza como móvil número uno de las mayores expresiones de violencia. ¿Cómo un plan de este tipo, que empieza como un juego de los vagos, deviene en apocalíptica realidad?

América Latina: territorio de violencia

Saltemos ya de la fantasía literaria a la realidad nacional. Sofía, miembra de la famosa pandilla de Los Comemueitos, quizás la más violenta de Nicaragua, confiesa con orgullo: “Nosotros éramos de los gruesos, todos éramos grandes. No andábamos haciendo cualquier cosa como los chateles que les gusta sólo andar tirando morteros, robando carteras, cadenas... y luego se corren. No, nosotros andábamos armas de las buenas, asaltábamos a los carros que entraban a vender al reparto. Nos metíamos en las chantes (casas) a robar todo lo bueno que hubiera y no nos importaba matar a seis que fueran. Y sin compasión. También violábamos a chavalas y mujeres viejas. Igual en la calle. Si alguien nos bombiaba (delataba), le pasábamos la cuenta. A un viejo que me trató de violar a los 14 años, todos los de mi pandilla colaboramos en quemarle la casa. Él me había rayado el cuello cuando yo me resistí.”

Los Comemueitos era la pandilla que en 1994 se dedicaba a desenterrar muertos frescos del cementerio situado en su territorio. Les robaban los mínimos objetos de valor que llevaban consigo a la otra vida y finalmente los quemaban con gasolina. Su símbolo eran dos tibias cruzadas y la calavera, como en los relatos de piratas, y sólo por sus escapadas para conspirar, que eran fundamentalmente nocturnas, se parecían a los menos audaces muchachos de la banda de Tom Sawyer.

¿Por qué tanta violencia? ¿Por qué la violencia por la violencia? La violencia ha alcanzado unos niveles sin precedentes en América Latina. Los inocuos robos y peleas de la banda de Sawyer han sido en Nicaragua, en Centroamérica y en

América Latina multiplicados hasta proporciones espeluznantes. Según un estudio del BID, en América Latina hay 140 mil homicidios cada año. Cada latinoamericano pierde el equivalente a casi tres días anuales de vida saludable por causa de la violencia. 28 millones de familias son víctimas de hurto o robo cada año. Cada minuto, 54 familias son víctimas de un robo, aproximadamente una por segundo. La violencia, medida por cualquiera de estos indicadores, es cinco veces más alta en nuestra región que en el resto del mundo. Según el mismo estudio, “la violencia sobre los bienes y las personas representa una destrucción y transferencia de recursos de aproximadamente el 14.2% del PIB latinoamericano, es decir, 168 mil millones de dólares. En capital humano se pierde el 1.9% del PIB. Este porcentaje es equivalente a todo el gasto en educación primaria de la región. En recursos de capital, se pierde anualmente el 4.8% del PIB, la mitad de la inversión privada. Las “transferencias de recursos” que se realizan entre los criminales y sus víctimas alcanzan el 2.1% del PIB, porcentaje superior al del efecto distributivo que tienen todas las finanzas públicas.

Ante todo, un grupo de amigos

Las pandillas no son protagonistas exclusivas de toda esta destrucción. En el caso de Nicaragua, no hay duda de que los adolescentes y jóvenes han incrementado su participación en los delitos. En 1997, según datos de la Policía Nacional, el porcentaje de sospechosos de comisión de delitos en el rango de edad 13-25 años fue del 52%. Ese es precisamente el rango de edad de los pandilleros.

A inicios de 1999 las estadísticas policiales contabilizaron 110 pandillas, principalmente en Managua. Con un promedio de 75 integrantes por pandilla, tendremos un total de 8,250 pandilleros. Pero el fenómeno de las pandillas abarca un espectro más numeroso, por los diversos grados de involucramiento que se dan. La carencia de una clara definición de pandilla ha hecho difícil comparar la información acerca de sus diferentes expresiones en distintas ciudades y en distintos períodos de tiempo. La afirmación primaria es ésta: la pandilla empieza ante todo como un grupo de amigos, no como una asociación para delinquir.

Como Huck Finn, excluidos de la participación en las principales actividades institucionales, los pandilleros encuentran en la calle una vía alternativa de socialización. Estos muchachos comparten muchas experiencias similares -tensiones familiares, fracasos académicos, y carencia de interés en actividades legítimas- y la pandilla les ofrece una solución colectiva al problema de su propia identidad.

Socializados en la calle

Andar engavillados da poder, porque la pandilla acuerpa a sus miembros. Da prestigio, porque las actividades de la pandilla reciben una publicidad que trasciende las fronteras del barrio. La familia es una esfera de socialización de escasa importancia para los pandilleros. Muchos de ellos tuvieron que andar en la calle desde niños, vendiendo agua, gaseosas, raspadita. O fueron objeto de maltrato familiar y se lanzaron a la calle. La integración a un nivel social secundario vino dada por la desintegración del nivel primario, el de la familia. No hubo para ellos más remedio que socializar en la calle, con sus iguales. “La pandilla es mi familia”, asegura uno de ellos. La mayor lealtad, por consiguiente, se la debe a sus broderes de la pandilla y no a su familia. Con frecuencia, la familia desconoce las actividades de sus miembros pandilleros o se desentiende de ellas.

El adolescente escoge pertenecer a un grupo al que sus amigos ya pertenecen, independientemente del rigor educativo del que haya sido objeto. Así lo recuerda César: “Cuando yo estaba más chatel, mis padres me pusieron mano dura. Me pegaban para que no fuera un vago. El problema no es de educación, ni de tener o no tener mano dura. Eso puede ser importante, pero no siempre. El problema es que te gusta ese ‘feeling’, andar de pandillero. Las amistades lo llevan a uno. Vos te integrás porque ahí están tus broderes.”

Los amigos son un imán. Y la amistad necesita espacios y tiempos para consolidarse. Posteriormente, los amigos se jerarquizan. La pandilla es una oportunidad para definir distintos grados de amistad. De acuerdo a Neftalí: “No hay muchos amigos. Aunque en la pandilla todos nos hablamos, sólo con algunos

nos llegamos a hacer compadres. Sólo con el compadre se hacen préstamos de reales. No con todos podemos ser compadres, porque en la pandilla hay muchos a los que casi no conocemos.”

Otro pandillero ahonda más en la distinción entre el broder y el compadre: “La pandilla puede tener como 70 chavalos. Todos son broderes, pero sólo dos son compadres. Cuando conseguía armas, AK-47, yo se las daba a guardar a los compadres. Los otros majes me podían jugar letra. Sólo los compadres son de confianza. ¿Cómo se hacen los compadres? En mi caso, cuando estábamos en una cateadera contra otra pandilla, a mí me habían herido y estaba tendido en el suelo. Eramos muchos, pero sólo dos, que son mis compadres, se regresaron y no me dejaron morir. No me abandonaron en las manos de la otra pandilla. Los otros me dejaron ahí tirado cuando me abrieron la ceja. Por eso les debo la vida a mis compadres y, si algo les pasa a ellos, yo tengo que ir sobre. Los compadres te dan luz (dinero) aunque no hayás participado en el robo. Si salgo a robar con mis compadres, no hay pleito. Si agarramos cien pesos, los repartimos entre los tres. Por eso no robo con otros. Se quieren bajar la luz. Se meten los reales en los huevos y eso es bajín.”

La vida en pandilla genera una historia común, un intercambio constante de conocimientos y un fortalecimiento de los lazos de amistad. Aunque el aspecto delincencial sea el que más destaque para el observador externo, la motivación fundamental para los muchachos es acceder al espacio más inmediato de socialización y de fuente de identidad.

¿Pandillero o vago? ¿broder o dañino?

Así como existen diversos grados de amistad dentro de la pandilla, también detectamos diversos grados de membresía en el barrio. Hay diversas formas de estar vinculados a la pandilla. Los diferentes niveles de membresía complican la estructura organizacional de la pandilla y su papel en el barrio.

La pandilla es un dispositivo de integración social al barrio. En muchos barrios marginales de Managua, la mayoría de los jóvenes son pandilleros. Las familias que no tienen relación con los pandilleros permanecen relativamente aisladas. Existe una especie de presión social, un impuesto social que cobra la pandilla por la protección que brinda al barrio. “Nosotros gobernamos el barrio”, dice un joven pandillero. Los activos intangibles de quien no paga ese impuesto social se deterioran notablemente. El impuesto va desde entregar recursos humanos a la pandilla y encubrir a un pandillero, hasta regalarles pequeñas sumas de dinero. Estas contribuciones monetarias son ofrecidas voluntariamente por los vecinos o “sugeridas” como aporte a los simples transeúntes. Los distintos grados de apoyo diversifican el vínculo: la simple tolerancia es el más leve y facilitarles armamentos es el más vinculante. “Los de la Aceitera llegan a mi barrio a armar la guerra. Entonces la gente de mi barrio nos dan reales para que compremos morteros”, dice uno.

El opuesto del colaborador es el bombín (soplón), que se convierte en una víctima potencial. Un grado intermedio lo constituyen los peluches o acalambrados (acobardados), los que se niegan a participar en las peleas. Su reticencia es más punible cuando se les considera vagos, es decir, cuando comparten el mismo estatus que el pandillero, pero se niegan a contribuir a la defensa del barrio de la manera socialmente consagrada.

Existen diversos rangos de impuesto social, de acuerdo al estatus. A un joven evangélico o universitario no se le exigiría una vinculación fuerte, aunque sí que al menos no sea un delator. Los estatus están claros: sano o vicioso, decente o vago, broder -el rango máximo es el de compadre- o dañino. Las iglesias y otras instituciones contribuyen a definir los estatus. Y a cada estatus corresponden distintas obligaciones y roles. No se espera de un vago lo mismo que de un pandillero. Por lo general, el pandillero admite que serlo forma parte de una etapa de su vida y mantiene los ideales tradicionales: casarse con una muchacha decente, fundar un hogar. El abandono del estatus de pandillero implica el cambio de amistades. Andar con chavalas vagas es para pandilleros, las chavalas decentes son

para cosas serias, como fundar un hogar. De todo hay en el barrio, y todos los estatus tienen su rol. El rol de un pandillero y el de un sano generan diferentes expectativas. Pero es la actividad de las pandillas la que marca el ritmo y las leyes: cuándo es temporada de guardarse en casa y cuándo el ambiente está despejado, por dónde transitar, hasta qué horas pueden llegar al barrio los desconocidos...

Defensores de sus barrios

Las pandillas son el esfuerzo espontáneo de los jóvenes para crear una sociedad para ellos mismos en medio de una donde no existe nada adecuado a sus necesidades. Lo que los jóvenes obtienen por medio de las actividades de la pandilla es lo que les es negado en el mundo de los adultos: protagonismo. Los tatuajes, el argot y un cierto código moral implican la creación de un cierto orden, su propio orden. La pandilla llega a determinar hasta la ecología del vecindario. El punto más palmario de ese poder es el hecho de que la pandilla ha conseguido transmitir sus tradiciones de una a otra generación. Cambian los integrantes, pero persiste el nombre, el código moral, los tatuajes, el territorio y los lugares de reunión.

La existencia de pandillas en otros barrios es un aliciente para tener una pandilla en el propio barrio. La pandilla adquiere el rol de defender su barrio. Muchos habitantes de los barrios sólo perciben como dañinos a los pandilleros externos. De ahí la capacidad de la pandilla para provocar sentimientos ambivalentes. Al final, todo el barrio termina involucrado, implicado, o al menos afectado. El barrio entero carga el estigma de ser un barrio de pandilleros. Para los externos, no se trata de un barrio donde hay pandillas, sino de un barrio pandillero.

Retrato de un “barrio de pandilleros”

Echemos una ojeada a uno de los barrios de Managua con mayor actividad de pandillas, el reparto Schick. Una larga calle, a manera de arteria central, atraviesa el barrio, que es en realidad un gigantesco conglomerado de barrios, construi-

dos a golpe de sucesivas migraciones, muchas de las cuales provenían del lago de Managua. Hoy suman unos 40 mil habitantes. Cada ola migratoria tiene su historia y sus luchas: los lotes, el agua, la luz, las calles asfaltadas, las escuelas, las iglesias. Pero los líderes que encabezaron esas luchas ya murieron o se han jubilado de las actividades organizativas, y nadie ha querido ocupar su lugar. No es época de luchas comunitarias, sino del cada quien por su cacaste. Los sueños actuales tienen una dimensión más diminuta e individual. La arteria central del barrio concentra los espacios de recreación y el comercio. Billares, peluquerías, cantinas, alguna discoteca, improvisadas tiendas de ropa, ventas de fritangas y comedores de mayor coturno se suceden en hilera casi sin interrupción.

Este diminuto universo es el segmento de mercado para los pobres: una mesa de billar a un córdoba, en marcado contraste con los 30 córdobas que cobran los billares situados en zonas céntricas, “de clase”; un corte de pelo a 10 córdobas, seis veces menos que en una peluquería; las pacas de ropa usada procedente de los Estados Unidos, con prendas de calidad aceptable y muy baratas, son una de las pocas conexiones con la aldea global.

Distanciándonos de la gran arteria y adentrándonos en los nuevos asentamientos, aún con calles de tierra, la arquitectura de las viviendas se va haciendo más heterogénea. Casas amplias de concreto, con garaje incluido, conviven junto a habitáculos levantados a base de ripio. Los nuevos asentamientos son los tentáculos más vigorosos de un barrio en permanente expansión. Como en el resto del país, también en el reparto Schick la construcción es la actividad de más acelerado crecimiento. El barrio es hoy ciudad dormitorio o dominio de los desempleados. En torno a los colegios revolotean los vagos. Vagos adentro y vagos afuera. Los de afuera acechan la ocasión de robarse una mochila o un tenis de lujo. Los de adentro procuran convertir en un tormento la vida de los profesores. Buscan cómo retar su autoridad, que sólo tiene un magro reconocimiento monetario de parte del Estado en institutos recién declarados semi-autónomos, hábil estrategia para liberar al Estado de sus responsabilidades sociales.

Los domingos el barrio cobra vida aún en sus callejones más inhóspitos. En una esquina cinco adolescentes se dan cita para fumar piedra. La madre de uno de ellos vende marihuana y piedra, y los beneficia con un precio preferencial. Algunos de ellos lucen moretones recientes y viejas cicatrices, secuelas de batallas locales. Las canchas de basketbol permanecen llenas. En muchas esquinas se improvisan canchas de fútbol, y en no menos se instalan, con sus prominentes barrigas al aire, grupos de adultos imantados en torno a una botella de ron.

Sectas y pandillas: una marca similar

Grupos de jóvenes, con sus Biblias bajo el brazo, cruzan presurosos las calles en dirección al templo evangélico. De algunos templos emanan músicas alegres. De otros sólo provienen alaridos y las decenas de voces atropelladas de una multitud que habla al unísono, cual si el don de lenguas se hubiera posesionado de la concurrencia, como en efecto pretenden que ha ocurrido. En el templo se asientan las verdades monolíticas, en medio de un mundo donde todo es frágil y se desconoce lo que traerá el día siguiente. En el templo se obtiene el bálsamo necesario para tomar un respiro al son del “pare de sufrir.”

Según el sociólogo catalán Manuel Castells, el fundamentalismo, islámico o cristiano, se ha extendido y lo seguirá haciendo por todo el mundo en este momento de la historia de la humanidad en que las redes globales de riqueza y poder están enlazando puntos nodales e individuos valiosos por todo el planeta, mientras desconectan y excluyen a grandes segmentos de sociedades y regiones, incluso a países enteros. El reparto Schick es una isla en Managua, isla habitada por los analfabetos informáticos y los grupos sociales que no consumen. La secta y la pandilla marcan la vida del barrio. Ambas con una lógica de excluir a los excluidos, de redefinir los criterios de valor y significado en un mundo que no les brinda espacios. Como las sectas, las pandillas recurren a las identidades primarias en un mundo que los excluye. Como los creyentes de sectas, los pandilleros construyen sus propios significados y sus propios códigos morales.

Código de “caballeros”

Una urdimbre de reglas explícitas o tácitas perpetúan la institución de las pandillas. Sin esta trama no sería posible la regeneración del grupo de amigos con su peculiar carácter. Existe una ética del pandillero. Existen acciones enteramente intolerables para ellos. Lo más punible es ser bombín y esto -como en el código de Sawyer- merece desde la expulsión de la pandilla hasta la muerte. Acostarse con chavalas vagas puede ser tenido por violación sexual en ciertas circunstancias, aunque no habitualmente. El acto será condenado en dependencia del estatus de la muchacha.

El estatus de vago es el que menos derechos proporciona. Pero también le confiere al pandillero la facultad de no contraer deberes. Mientras el pandillero permanece como vago, y en tanto sea un vago, las reglas ordinarias están suspendidas. Es normal -aunque insano- que robe o mate. Se trata de seguir la regla de él o yo. O el otro tiene el dinero o lo disfruta el pandillero, o el otro muere en la pelea y el asalto o es el pandillero quien muere. En las peleas y asaltos predomina una moral de guerra. En el territorio de la pandilla es lícito, e incluso socialmente admitido, que se castigue hasta la muerte -se permite llegar al asesinato atroz- al pandillero enemigo que se atrevió a incursionar en territorio rival. La legalidad externa la impone la acción coercitiva de la policía. El sistema legal carece de legitimidad y la subcultura pandilleril, el gobierno de los pandilleros, impone sus reglas. A partir de ciertas horas, un desconocido en el barrio se transforma en un potencial enemigo. “Nada bueno puede querer el que camina tan de noche”, dicen. Matarlo deja de ser inadmisibile, porque hay que andar sobre, y no esperar a que el otro tome la iniciativa.

El vecindario también debe acatar cierto código, reglas mínimas de convivencia con las pandillas. Encubrir es preciso en determinadas circunstancias. No delatar es el permanente requerimiento. Así lo señala Augusto, uno de los pandilleros más aguerridos del Schick: “Los vecinos saben lo que uno es. Los otros vecinos no me decían nada por miedo. Les podíamos quemar el chante

(casa). Pero con la mirada dicen: 'Ahí va el ladrón'. Se lo reservan. En el barrio hay viejos que son bravos y tienen armas. Pero si un viejo se palma a cinco, los otros setenta le caen a él. O nos desquitamos con quien más le duela."

Un código similar es el que se impone en las calles de Los Angeles, California, según hallazgos de una antropóloga norteamericana: "En la vecindad la gente se conoce aunque nunca haya hablado, ni dicho hola con palabras. Basta el lenguaje corporal. Un gesto del rostro es un saludo y no es necesario conocer el nombre. Hay reglas para permanecer callado. Nunca podés ser testigo de nada. Nunca podés saber acerca de cualquier delito que hayás visto cometer justo bajo tu nariz, a no ser que querás que te maten."

Venganzas, castigos, solidaridades

Vengarse de los traidores es moneda corriente. Contra ellos, vale todo. El mismo Augusto recuerda una de sus venganzas: "Una vez estábamos en una fiesta. Ahí estaba un chavala, la 'Chola', que me quería hacer la venta a mí. Varios me dijeron: 'Esa chavala te quiere hacer la venta; es bombina, le pasa información a los traidos.' Ella les iba a decir dónde iba a pasar yo para que me cayeran los traidos. Y ella hasta 'pipito' me decía. Se hacía pasar por broder mía. Entonces yo me descobijo y me voy para mi chante. Pero ya voy malo. En ese momento decidí que todos los de mi pandilla la agarraríamos por la fuerza. La chavala es polaca (fácil). Un día la invité a la escuela cuando ya estaba vacía, y ahí cité a los broderes. Le caímos como 25. Y además le corté el pelo con una tijera. A mí no me cuadran las violaciones, pero es que esa chavala era bombina."

La imagen juega un papel determinante en la cosmovisión del pandillero. De ahí que también se penalice el querer presentarse como superior en algún aspecto a los demás. Pretender lucir es siempre penalizado. En las fiestas comienzan las peleas precisamente por castigar al que durante el baile destaca, se las quiere tirar de tuanis. Pitayoya II sentencia: "Nadie se las puede dar de tuani porque todos somos iguales. Y al que se las da de tuani, le pasamos la cuenta." La norma

que más resalta es el principio de reciprocidad, soporte de la solidaridad y cohesión del grupo. Sobre ese punto hay muchos comentarios. Sofía de Los Comemueertos, observa que “si uno no tiene nada, los demás lo alivianamos. Hoy por ti, mañana por mí.” Otra muchacha, Ruth, recuerda: “En las pandillas se comparte todo. No compartir es arribismo cuando uno se premia solo. Uno debe pensar que no siempre va a tener. Entonces: hoy por ti, mañana por mí.”

Las peleas: actividad central

El código está al servicio del sentido de pertenencia, y éste posibilita las actividades. De ordinario, la gente identifica robo y consumo de drogas con pandillas. Y efectivamente, la mayor parte de los pandilleros son drogadictos y rateros. Pero no es éste el rasgo que más los identifica. En primer lugar, porque no son actividades exclusivas de ellos, aun cuando el colectivismo generado por la pandilla hace del grupo un fecundo caldo de cultivo para el consumo y comercialización de drogas. Muchos otros jóvenes sin militancia en pandillas consumen drogas y roban. En Nicaragua, el consumo de drogas está más difundido de lo que habitualmente se supone entre adolescentes de las clases media y alta. En segundo lugar, robo y consumo de drogas no son actividades en las que participe toda la pandilla, o que sea imprescindible hacer en pandilla.

La única actividad que hace a la pandilla es la cateadera, las peleas. Ellas convocan al grueso de los pandilleros, que nunca van drogados a dar batalla. Las peleas -y no el robo ni las drogas- ocupan el lugar central en la vida y actividades de la pandilla. Las peleas son el motor de las pandillas. La sospecha -fundada o no- de que en el barrio vecino existe una pandilla organizada y que puede atacar en cualquier momento, crea la necesidad de una asociación para asegurar la protección mutua. En el sistema de creencias de las pandillas, la posibilidad de ataques de vecinos hace necesaria la organización de los jóvenes del propio barrio. La necesidad de protección contra los ataques de las pandillas rivales incentiva a los jóvenes a integrarse a una pandilla.

La espiral de la violencia

Violencia y lucha han sido elementos integrales de las pandillas desde sus orígenes. La violencia crea entre los pandilleros un sistema mítico y está constantemente presente. ¿Cómo se desata la violencia? César sostiene que “el traído con otros empieza cuando llegan a nuestro barrio a desbaratar chantes. Claro que nosotros vamos a otros lados a desbaratar sus chantes, pero eso es por venganza. Esa es la onda. Ellos venían un día y nosotros íbamos otro día. Desbaratando los chantes en otros barrios es que se arman las grandes turquiaderas. Varias veces le desbaratamos el chante al Gordo Cristóbal. También desbaratamos el chante de Moya. Con tubos doblamos las verjas de su casa, y entre ellas dejábamos ir los morterazos.”

En esas situaciones se producen graves escaladas de violencia: “Una vez, en una de esas tiraderas de morteros -recuerda César-, un mortero le cayó a una niña ahí, en sus partes. Y le desbarató todo. El Negro Wil se fue a comer ese centavo. Por eso estuvo en la cárcel tres años. Pero de puro aire lo metieron. Otra vez un viejo sacó un AK y empezó a rafaguear hasta que se gastó el magazín. A uno le metió una bala en la frente y le salió por detrás. Le destapó la cabeza. De un solo. Ahí quedó en la calle. Luego, en venganza, le echaron gasolina a su casa y le iban a tirar una granada.” Todos los pandilleros han presenciado muertes de compañeros. Muchos de ellos desde niños. Después las narran con la mayor naturalidad, como Elvis: “Otra vez Los Comemueños le estaban desbaratando las casas a los Plo. Sin morteros, porque hacen mucha bulla. Fuimos 40 bloqueros. Los agarramos por detrás. Agarraron al Toro Sentado a patadas. El Pollo se corrió. Pero lo acabaron agarrando y le dijeron: ‘Ajá, vos andás con ellos. Guardame esto.’ Y le metieron 7 chuzazos en el estómago. Te los puede enseñar. Lo dejaron bien marcado.”

Someten porque están sometidos

Las peleas hacen curriculum, generan prestigio, mejoran los activos intangibles de la pandilla. La venganza es la forma de garantizar un saldo positivo, evitar el balance que termina en números rojos. También las peleas individuales hacen

fama, como destaca Augusto: “Cuando regresé al barrio en diciembre, después de andarme corriendo de la policía, había unos chavalos nuevos que no me conocían y querían que nos agarráramos. Se las daban de tuanis. Había uno que quería catearse conmigo. Yo no soy bueno a los catos, pero me defiende con las navajas. Él tenía una de esas navajitas automáticas, ésas bien tuanis, que salen de un solo cuando les apretás un botón. Y así nos agarramos con las navajas. Me hizo varios cortes en el brazo. Pero yo le dejé dentro el cuchillo. Ahí lo dejé tirado en el suelo y me fui en guinda. Tal vez se quieren aprovechar de uno, y es mejor actuar rápido, antes de que te perjudiquen. Entonces me respetaron más. Hay que andar sobre.”

Un elogio muy común entre los pandilleros es: Ése no le niega el chuzo a nadie. ¿Por qué la violencia se ha convertido en un mecanismo para ganar fama? ¿Por qué precisamente la violencia? El ex-pandillero Bayardo dice: “Ahora miro a los pandilleros como gente que lleva una furia dentro y buscan cómo desahogarse.” La pandilla ofrece una oportunidad para canalizar esa furia. El cientista social Khosrokhavar nos da una pista sobre el posible origen de esa furia: “Cuando el proyecto de construir individuos que participen plenamente en la modernidad revela su absurdo en la experiencia real de la vida cotidiana, la violencia se convierte en la única forma de autoafirmación del nuevo sujeto. La neocomunidad se convierte entonces en una necrocomunidad. De este modo, la autoinmolación se convierte en la vía para luchar contra la exclusión.”

La reacción del pandillero en un mundo en el que él no es nadie es atacar, dominar el barrio, someter porque está sometido, demarcar un territorio porque vive en el desarraigo, asociarse a una institución que dota de identidad porque se carece de ella. El pandillero aspira a dominar en un entorno que lo excluye. César afirma sin disimulado orgullo: “Nosotros gobernamos el barrio sin que nadie nos diga nada. Si alguien nos dice algo, lo palmamos. Se acalambran porque somos muchos. Los jóvenes mandamos.”

Un ámbito más reducido, el territorio del barrio, esa isla en medio de ningún lugar del mundo globalizado, o simplemente una calle, sirve de base a las nuevas identidades, más locales cuanto más inaccesible es la cultura del mundo globalizado y menos realizables son, para los pobres, las aspiraciones de la clase media que quieren imponerse como ideales juveniles. El dominio y defensa de un territorio genera identidad. Los ejes más complexivos de la generación de identidad se han caído. Se acude a dispositivos más locales. En Nicaragua, han contribuido especialmente a este clima los acontecimientos históricos de los últimos años. Hoy, el pacto FSLN-PLC ha iniciado el último réquiem al papel de las grandes disyuntivas políticas como ejes de identidad en relación a las cuales se canalizaba la agresión: reaccionario o revolucionario, sandinista o contra, liberal o sandinista, Alemán o Daniel. Para el pandillero, basta con ser ajeno al barrio para convertirse en un potencial enemigo. La territorialidad presta motivos a la expresión del malestar, sin que éste llegue nunca a cuajar en proyecto.

Suicidio: otra violencia

La violencia juvenil no sólo se manifiesta en las peleas de las pandillas. También existe la autoinmolación, representada en el suicidio, la violencia contra sí mismo. En 1996 la cifra de suicidios en América Latina, según cálculos del BID, alcanzó los 15,664. En Nicaragua, se ha disparado el número de suicidios. Así como la mayor parte de los homicidas son de jóvenes que matan a jóvenes, también son jóvenes la mayoría de los suicidas. En 1999 la Policía Nacional calculó una tasa de 24.4 suicidios por mes en Nicaragua, cinco suicidios cada seis días. Entre los suicidas, el 40% son menores de 20 años y el 73% menores de 30 años.

Aunque se suele suponer que la violencia auto-infligida es un problema de menor importancia respecto de los homicidios, un enfoque más profundo pondría atención sobre los vínculos suicidio-homicidio. Algunos de los más feroces pandilleros expresan tendencia al suicidio. El Negro Eddy, de 23 años, estuvo

seis años recluido en la Cárcel Modelo. A los pocos días de nacido, fue abandonado por su madre en un basurero. Ahora ha emprendido un proceso de rehabilitación. Confiesa que muchas veces pensaba en su madre, en lo que le había hecho, y quería matarse. Pero su agresividad se volcó hacia fuera. Dio el salto del querer matarse al querer matar.

En cierto sentido, los pandilleros son los que han superado tendencias de muerte, quienes no se dejan aplastar por una realidad que los lleva a la desesperación. Su energía no se transforma en melancolía, sino en agresión. La relación entre el suicidio y la violencia de las pandillas es una veta poco explorada, en cuyas entrañas se podría encontrar la acuciante demanda de autoestima del adolescente marginado. La pandilla es una vía de solución a un problema que los suicidas no lograron superar.

Imagen, identidad, autoestima

En el nudo de la problemática de las pandillas está la autoestima. Parece la formulación que mejor calza y es capaz de expresar mejor el lugar donde empata una necesidad del adolescente (identidad) con el dispositivo cultural que la exacerba (hambre de imagen). La identidad es un concepto clave. Es lo que está construyendo el adolescente. Y es también una necesidad de difícil satisfacción en nuestro tiempo. Castells sostiene que “la tendencia social y política de la década de los 90 es la construcción de la acción social y política en torno a identidades primarias, ya estén adscritas o arraigadas en la historia y la geografía o sean de reciente construcción en una búsqueda de significado y espiritualidad”. Entiende por identidad primaria “el proceso mediante el cual un actor social se reconoce a sí mismo y construye su significado en virtud sobre todo de un atributo o conjunto de atributos culturales determinados, con la exclusión de una referencia más amplia a otras estructuras sociales.” Esa identidad primaria también resulta muy accesible en las sectas. De ahí el éxito de convocatoria que tienen y sus puntos en común con las pandillas: comunidad de creencias, código moral, demonización de los externos, muy desarrollado sentido de pertenencia. Pero

mientras las sectas construyen en base a un sistema de dogmas, las pandillas construyen en torno a la territorialidad.

El pandillero necesita reforzar su identidad porque la siente amenazada. El territorio -amenazado- es cimiento material para expresar la identidad. Una vez obtenido ese soporte, el código, la simbología, el lenguaje y los tatuajes vienen a reforzar la constitución de la identidad. Se trata de una identidad no exclusivamente construida por los pandilleros. Algunos actores externos contribuyeron a su diseño. La publicidad de la violencia de las pandillas satisface el hambre de reconocimiento que tiene el adolescente. Paradójicamente, el tratamiento dado en los medios a los pandilleros como antisociales y enemigos públicos puede incentivar la membresía de las pandillas, porque una amplia cobertura publicitaria les garantiza notoriedad. Y eso es precisamente lo que buscan. “Nosotros peleamos sólo por fama, porque digan que somos tuanis,” dice Elvis.

Con hambre desmedida de imagen

Cultivar la imagen, obtener fama, ganarse el respeto son las necesidades en las que ponen énfasis los pandilleros. Así lo destaca César: “Uno se gana su respeto. Nadie te anda con mates. Uno se gana el respeto con la broncas. A los más quedados les decimos peluche, gilberto, redondo, yoli, gil, acalambrado. Esos se ganan su galleta de puro aire a cada rato.” Para no ser objeto de burlas, se agrede. “Cuando veían que puñaleaba a tres o cuatro hijueputas -recuerda el Negro Eddy-, los demás me respetaban y hacían lo que yo les mandaba.” También lo afirma Cristóbal: “Con violencia fui implantando respeto. Antes nadie me respetaba porque era pobre. Pero yo me hice respetar, y es muy importante ganarse el respeto.”

No se roba para satisfacer necesidades materiales básicas. Elvis recibe 25 pesos diarios y 70 los sábados. Pero no bastan para satisfacer su hambre de imagen: “Robo -dice- para llevar bastante luz a la cita con una jaña y que no me

miren como mierda. Soy sietemesino y hablaba bien fino de chatel, por eso me clavarón de apodo ‘Pulmón de gato’. Me fui descubijando en el ambiente. Al principio me daban coscorrónes todos los de la pandilla. Pero poco a poco me fui dando publicidad.”

La droga también juega el mismo papel: “Con la droga me sentía el máster”, dice el Negro Eddy. Incluso se pelea con alguien porque se las da de tuani, porque baila mejor, porque está impresionando a una muchacha, porque quiere mandar a los demás. Se compite por la imagen. Lo que más enorgullece a César es haber labrado su fama de pandillero, de vago: “Pero de mí, aunque una chavala esté bien buena, no sale violar. Para eso tengo mi labia, mi parla, mi color de vago. A muchas jañas les gustan los vagos. Yo soy pobre. Eso todo el mundo lo sabe. Pero hay chavalas de las colonias que se interesan por los vagos. Y son chavalas sanas. Les cuadra la fama, el color, los majes pandilleros que andan metidos en las regazones.”

Después de todo, la pandilla satisface una gama de necesidades no tan extrañas: respeto, ser alguien, fama, atractivo. Como no se consiguió la estima de los adultos, se rompe con su orden y se busca el respeto de los iguales, los pares. “La mara es mi family”, suelen decir los pandilleros. Sus aspiraciones lindan la frontera de las realizaciones de la clase media. Debido a que la consecución del éxito la miden con los estándares de la clase media, se frustran al no poder alcanzar sus metas de estatus. Quieren alcanzar metas que la sociedad estima importantes: prestigio, diversiones que determinan estatus. Al encontrar que los medios legales para alcanzar esos objetivos se encuentran muy desigualmente distribuidos, procuran alcanzarlos por vías ilegales.

El hambre desmedida de imagen refleja una baja autoestima. Se sienten maltratados en sus casas, subestimados por la sociedad. Y la obsesión por la imagen los conduce a querer ser tenidos y estimados por machos, crueles, temerarios, brutales, violentos. Esa imagen de rudos es la que van a defender. De ahí la violencia aparentemente desproporcionada.

Una expresión cultural de este tiempo

¿Por qué en nuestra sociedad la imagen ha llegado a cobrar una importancia tan desmedida? Las acciones de los pandilleros deben ser observadas, entendidas e interpretadas no sólo en sí mismas, como un fenómeno característico de los barrios marginales, sino también como una expresión cultural que comparte rasgos con una constelación más amplia de actitudes y percepciones no exclusivas de los pandilleros. Se trata de ver la pandilla insertada en la cultura dominante como una pieza más, y no de verla únicamente en lo que tiene de subcultura.

Para verla en su correcta dimensión, hay que establecer un paralelismo entre el comportamiento del pandillero y el comportamiento socialmente admitido. Si las vemos así, las pandillas actuales de Nicaragua se insertan en -y no son ruptura de- un paradigma cultural caracterizado por:

- El hedonismo. Se roba, no por necesidad material, sino por hambre de belleza. Se roba para ir al cine, comprar droga o comprar ropa bonita. El estatus y el nivel de vida opulento son también metas de los más prestigiados y famosos de nuestra sociedad.

- La ilegalidad. Cometer actos ilegales no desentona en modo alguno en nuestra sociedad, donde la ley se incumple abiertamente, y donde “el pecado” no es ser ilegal sino no tener éxito al serlo.

- La obsesión por la imagen. La clase media se engancha a beepers y a celulares más allá de sus posibilidades financieras, se esmera en acumular curriculum, los brochures se multiplican en las instituciones, las ONGs invierten desproporcionadamente en lobby, los administradores de empresas se especializan en vender más una buena imagen que un buen producto.

Todos hacen marketing. Hay que verse bien para venderse bien, más vale parecerlo que serlo. La imagen nos cotiza en el mercado. El pandillero hace lo mismo. Se vende con todos los medios a su alcance: ropa, tatuajes, acciones

espectaculares. No hace nada distinto, sino lo mismo, por otros medios, los medios ilegales, en un marco en el que se impone la lógica de él o yo.

Criminólogos y sociólogos han confirmado incuestionablemente que el auge epidémico de la violencia pandillera tiene sus raíces en la conducta de la excluyente y deshumanizada economía actual. La mano invisible que “ordena” el inequitativo “mercado libre” empuña también un AK-47, un mortero, una navaja. Al vago Huck Finn, héroe literario de hace un siglo, tan contento entonces con sólo su libertad, se le han creado nuevas necesidades en la sociedad de consumo, se fue sintiendo excluido, y por eso se ha ido tornando cada vez más y más agresivo.



**Pandillas:
una cárcel cultural**

Pandillas: una cárcel cultural

*P*ara un pandillero, salirse de la pandilla trae más problemas que soluciones. ¿Quiere realmente la sociedad nicaragüense “salir” de las pandillas?

Los caminos con que busca hacerlo son callejones sin salida. Porque el único objetivo es el castigo. Si esto sigue así, habrá pandillas para rato.

[JOSÉ LUIS ROCHA](#)

No sirven las soluciones individuales

Muchos recordarán Pedro Navaja, la famosa salsa donde el compositor panameño Rubén Blades describe al típico delincuente de barrio, un joven con diente de oro, calzando zapatillas -por si se ofrece salir tirao-, las manos siempre enfundadas en los bolsillos de su gabán, con el tumbao que tienen los guapos al caminar. Se trata de un estereotipo de vago ya en desuso. Ha sido sustituido por otra moda, por otra expresión de inconformismo.

Pero hay elementos que forman parte de un patrón permanente, el del final de Pedro Navaja: muerto a tiros al son de la vida te da sorpresas. La muerte violenta es uno de los posibles desenlaces que resisten al vaivén de las modas.

La sociedad, a través de sus mecanismos de corrección, ha preparado otros finales, que no siempre consiguen llegar antes que la muerte y que no siempre dan en el clavo.

La solución al problema de las pandillas juveniles y a la delincuencia que éstas propician está vinculada a la concepción que se tenga del problema. En definitiva, a la imagen del pandillero. La etiqueta refuerza un modo de proceder: curar al enfermo, castigar al criminal, terapia para el desequilibrado, penitencia y absolución para el pecador, corrección para el malcriado. Un antídoto para cada veneno. ¿Qué imagen se difunde? Enfermo, delincuente, desorientado, emanación patológica de la sociedad, vida que busca su verdadera forma, protesta no articulada, inconformidad sin discurso. Las Iglesias, las ONGs y la Policía proponen sus soluciones, a menudo divergentes excepto en un punto: se orientan al individuo. Pero en el caso de las pandillas, el remedio no puede ser para el individuo. La pandilla tiene un mecanismo de reactivación. Se alimenta con sucesivas generaciones y, aunque durante ciertos períodos aparente extinguirse, muestra pronto su carácter recurrente. Además, existen una serie de dispositivos culturales que dificultan, a los individuos que integran la pandilla, el abandonarla. Las soluciones individuales suelen llegar tarde.

Presos en una cárcel cultural

La pandilla cincela el perfil del barrio. Es un componente de la ecología barrial que define puntos de equilibrio, períodos de sosiego, tiempos y lugares donde es lícito o sospechoso deambular. Nadie puede hacer caso omiso de la presencia de las pandillas. Si la pandilla condiciona muchos aspectos de la vida del barrio, mayor es su ascendiente sobre quienes en ella tienen algún tipo de militancia. La pandilla demanda cuotas de vida: tiempo, riesgos, complicidades, silencios, colaboraciones forzosas. Los individuos que integran la pandilla sacrifican mucha de su libertad y caen en lo que el antropólogo guatemalteco Ricardo Falla denomina cárcel cultural. Esta cárcel es reforzada por la coacción del grupo. El prurito de la imagen -de macho, aguerrido, cruel-, que cohesiona al grupo y a veces tiene su

expresión gráfica en los tatuajes, hace de cancerbero interior. El respeto, que tan arduamente se amasó, puede perderse. De ahí las dificultades para abandonar la pandilla.

El Negro Eddy, viendo retrospectivamente su realidad desde un centro de rehabilitación para drogadictos, lo expresa así: “Salirse de la pandilla es difícil. Como no quise aceptar droga, un día que visité el barrio, uno de Los Comemueños me quiso perjudicar. A mí me conocen. Por eso La Parca le dijo: ‘Ya sabés cómo es el Negro Eddy, te vas a embarcar’. Hasta se regó la bola de que andaba en otra pandilla. Hay su problema dejando las pandillas. Te vulgarean. Te dicen que te las tirás de chavalito ponqui, o sea un plástico que se viste de cholo, con gorra original. Te dicen: ‘¡Ajá! saliste acalambrado de La Modelo’. Otros sí comprenden y te dicen: ‘Seguí adelante con tu rehabilitación’”.

El Negro Eddy fue abandonado por su madre en un basurero. En ese acontecimiento encontraba el hecho primigenio de todas sus desgracias y el origen de su agresividad. Cuando lo entrevistamos, tenía una visión muy optimista de su proceso. Meses después esa cárcel cultural, esos demonios interiores que le obligan a mantener la reputación, lo llevaron a pelearse con el nuevo amante de su ex-novia y con miembros del centro de rehabilitación en el que tantos progresos admitía haber experimentado, y de donde finalmente fue expulsado, para regresar días después, encapuchado, a robar. Hay muchos casos semejantes al del Negro Eddy. En una investigación de más de un año de duración, detectamos que casi la totalidad de los pandilleros entrevistados en la calle, en libertad -y que decían estar retirados o en proceso de retiro- fueron detenidos por delitos recientes en menos de cuatro meses. Generalmente, por robos y violaciones.

Otra versión que sobre las dificultades de salirse de la pandilla nos comunicó Sofía, pandillera de Los Comemueños, resulta sumamente ilustrativa y complementaria: “Es difícil salir de la pandilla. Siempre te vulgarean. Pero es por el miedo a que los que se salen los vayan a bombar (delatar). También el color no te deja salirte. Ya te tienen identificado como pandillero. Yo después de que salga

de la cárcel no pienso seguir en esta vida de pandillas, principalmente por mi hija. Ella es lo más importante para mí. Aunque es difícil, porque corro peligro en el barrio. Estoy colorada con Los Comemuertos, porque la mujer de cuya muerte me acusan es pariente de Chico-Masaya, el mero jefe de Los Comemuertos, quien prometió que al salir de la cárcel en Tipitapa se va a vengar. Y yo, ¿para dónde voy a agarrar, si en el barrio está mi roca (mamá) y tampoco tengo reales para irme a otra parte?”

Los barrotes que cierran la cárcel

Los obstáculos para dejar la pandilla son múltiples. Pasemos revista a los “barrotes” de esa cárcel, a las razones que les impiden la salida.

- Crímenes anteriores por los que los pueden delatar. La pandilla constituye una cobertura mientras se pertenezca a ella. Una vez abandonada, los mismos vecinos pueden cebarse sobre el ex-pandillero desprotegido.

- Pérdida de prestigio. El pandillero retirado aparece a los ojos de sus compañeros como un acobardado, un peluche, un acalambrado. La imagen labrada a punta de cateaderas no es un bien del que sea fácil desprenderse en una sociedad donde se carece de otros activos intangibles que compensen esa renuncia.

- Se pasa a ser sospechoso de ser soplón o de haberse pasado a una pandilla enemiga. Los traspasos a otras pandillas no son inusuales, pero suelen ser severamente penalizados. La inactividad de un pandillero suscita la duda en torno a si está haciéndole la venta a su pandilla con los enemigos.

- El estigma de ser pandillero no se pierde. Elvis describe así este barrote: “El problema es si te enamoras de una chavala decente. Te dice: ‘Componete, si querés andar conmigo’. Pero ya tenés el color de vago y la gente no te ayuda a salir. Más dañino te hacés”. Los tatuajes -sin ser exclusivos del pandillero- son la manifestación física -una especie de somatización- de ese estigma: Tengo tatuado un demonio -explica Bayardo-, el mentado Chupacabras, que significa la des-

treza de atacar. Todos los de mi pandilla se tatuaron ese mismo demonio en la pierna derecha. Y ya nos identifican por él. El pandillero retirado busca construir una nueva reputación, pero su expediente es un lastre. Los vecinos lo conocen y no se fían de él. Sus tatuajes lo delatan aun frente a los desconocidos. Los policías lo detienen de forma injustificada y, si ocurre un delito en el barrio, él será la primera persona en ser interrogada.

- Venganzas pendientes, temidas o por llegar. Los traidos (enemigos) cosechados en tantos enfrentamientos constituyen la sombra alargada de la propia historia. Impiden la pacificación del pandillero. El Negro Eddy señala el efecto que ese dispositivo opera sobre sí mismo: “Estoy harto de la cárcel, de los enemigos. En la calle tengo que andar cuidándome las espaldas. Todavía ando con un chuzo. No entro al barrio desarmado. No puedo. Tengo muchos traidos. Y yo siempre he tenido eso: mejor joder a uno antes de que me jodan a mí”. Ciertas zonas se han vuelto prohibidas. La salida de la pandilla implica la pérdida de protección en un universo hostil, donde ya se han creado enemigos. El pandillero, activo o dado de baja, debe cambiar de colegio por temor a las represalias de los traidos. El pandillero converso debe buscar un templo evangélico ubicado en su territorio. El Gordo David no puede hacerse evangélico porque no hay templo evangélico en su territorio. Para visitar un templo, debe atravesar el territorio enemigo, poblado de traidos que no dan crédito a su conversión.

Dejar la pandilla: más desventajas que ventajas

Todos estos barrotes se ven reforzados por las dificultades económicas. El robo -que empezó como una fuente de recursos para satisfacer diversión, droga y lujos- se ha ido convirtiendo para el pandillero en un siempre potencial canal de ingresos. Aun el pandillero retirado contempla siempre la posibilidad de “algún tiritito loco por ahí”. El desempleo y los empleos de muy baja remuneración -lo que abunda- no hacen atractiva la reinserción en la vida socialmente “aceptable”. El pandillero tiene baja calificación en el mercado laboral. Además, la salida de la pandilla, en el mejor de los casos, demandaría un cambio de domicilio, precisa-

mente para evitar los barrotes de la cárcel cultural. Pero se necesita cierto nivel de redes sociales -familiares y amistades- y de recursos financieros, de los que el pandillero carece, para instalarse en otro sitio. Para algunos se presenta la disyuntiva: moverse o morir. Y no es tan sencillo hallar una solución positiva al dilema.

Entre las dificultades mencionadas por los pandilleros para salirse de la pandilla es relevante una ausencia. Es curioso que ninguno menciona ni lamenta la posible pérdida de los compañeros de pandilla, compañía que de hecho fue una de las principales motivaciones para el ingreso al grupo. Generalmente, al cabo de cierto tiempo, para el pandillero pesan más las desventajas de salirse que las ventajas de permanecer.

¿Recluirlos o rehabilitarlos?

La sociedad propone y ejecuta remedios para aplicarlos a las pandillas. Los intentos de tratamiento del fenómeno de las pandillas pueden agruparse en cuatro modelos: cárcel, centros de rehabilitación, movimientos orientados a fortalecer la autoestima de los pandilleros -como grupo y sin que dejen de ser pandilleros- y gérmenes de movimientos paramilitares. No se trata de un inventario exhaustivo, son sólo cuatro formas de aproximarse a esta realidad.

En el modelo de reclusión, el propósito fundamental, al menos el obtenido a cabalidad, es el de castigar y mantener aislado al pandillero durante una temporada. El pandillero es catalogado como un culpable que debe cumplir con cierta pena para expiar sus faltas contra la sociedad y, una vez escarmentado, debe retornar a la sociedad decidido a no volver a delinquir más. Este modelo no distingue entre la actividad pandillera y la delincuencia.

El modelo rehabilitador es el que propugnan las fundaciones y centros de rehabilitación -El Patriarca, Los Quinchos- y, guardando distancias, los grupos evangélicos. Su objetivo es curar. Se concibe al pandillero como un enfermo: un adicto a las drogas, un adicto al pecado, un poseído por las drogas y la violencia. O por el demonio.

Los centros de rehabilitación montan su proceso de curación sobre el objetivo de elevar la autoestima del pandillero y sobre el mecanismo del aislamiento, separándolo de las condiciones que lo conducían a delinquir. Estos centros no cuentan con un tratamiento específico para el pandillero. Se enfocan sobre los drogadictos, que en muchos casos -no en todos- son también pandilleros. Ricardo Falla nos proporciona una pista sugerente sobre uno de los principales handicaps de este modelo cuando comenta la rehabilitación del Negro Eddy: “La sicóloga le está inculcando que debe creer en sí mismo para elevar su autoestima, le dice que es capaz de hacer otra vida, concibiendo que pensar en un más allá quita fuerza e importancia al más acá”.

“Hay un punto de fondo en esta visión de autoestima no trascendente. Según esa estrategia de rehabilitación, el marero no debe reconocer su debilidad, la debilidad que siempre está ahí y que va a salir de nuevo en las recaídas. No debe poner su fortaleza en su debilidad. Es una visión no dialéctica de la autoestima...” Precisamente, eso es lo que finalmente ocurrió: la debilidad de Eddy, negada en el proceso de rehabilitación, tuvo sucesivos reflujos y acabó por hacer colapsar la curación.

Quizás el fracaso se deba a otra limitante apuntada por Falla: “Los mareros, por su experiencia de frustración y desquiciamiento, parecen tocar más fondo que los sanos y si los sanos no han tocado ese fondo difícilmente podrán ayudarlos en la rehabilitación”. Parece utópico que los centros de rehabilitación puedan contar con personal que haya tocado ese fondo y que, además, sea capaz de formular su experiencia.

Pero es posible que, gradualmente y como sucede a menudo, de los sin esperanza brote la esperanza. Pero, aun así, no tendríamos solucionado el problema de la reignición de las pandillas, que hace insuficientes las soluciones centradas en el individuo. Atinarle a la rehabilitación de ciertos individuos no pone coto, en modo alguno, al dispositivo social que perpetúa la institución de las pandillas. Se debe trabajar la autoestima del grupo.

¿Por qué los pandilleros se “convierten” y se hacen evangélicos?

En la otra gran vertiente del modelo rehabilitador se agrupan las denominaciones evangélicas, de amplia cobertura e impacto en los barrios marginales de Managua y de otras ciudades de Nicaragua. Estos grupos trabajan aislando al individuo y reinsertándolo en otro universo, trastocando así sus valores. El aislamiento pretende ser más global y permanente que la prisión: el que aceptó a Jesucristo ya no vive en el mundo. Ha renunciado a él, como los antiguos anacoretas. Y aunque comparta un mismo espacio físico con los que sí están en el mundo, su espacio espiritual es enteramente distinto, como también lo son sus obligaciones y actitudes. Cambia incluso la entonación de su voz y se opera en él una transvaloración, una vuelta de caletín a sus valores y estilo: pausado, comedido, tranquilo, casi flemático, y todo esto es una fuente de prestigio tan grande como antes lo fue el ser violento, temerario y pasional. Ser gilberto -el que era el mayor vituperio en el seno de la pandilla- es ahora la condición que confiere mayor estatus en la nueva atmósfera espiritual.

¿Por qué muchos pandilleros se hacen evangélicos? Es posible que el carácter emotivo de las manifestaciones religiosas de las sectas juegue un papel en estas conversiones. La emotividad permite que de las entrañas del pandillero surja su desgarrador grito de protesta. El sentimiento de comunidad es un rasgo común a pandillas y a sectas. La gran diferencia entre ambos grupos está en el fundamentalismo: el pandillero pasa de un mundo fragmentado y frágil a un universo de verdades monolíticas, inmutables, sólidas. Las afinidades y este contraste facilitan las conversiones. También existen otros dos factores de los que depende la conversión y que conviene disociar: la mujer y el final del ciclo vital del pandillero. La mujer es uno de los dispositivos espontáneos del cambio. Porque supone un salto en la autoestima y porque supone asumir responsabilidades y, en consecuencia, superar ese prolongado estado de adolescencia que es base de la condición de pandillero. Los templos evangélicos brindan una oportunidad para encontrar mujer. La simbología ligada a los tatuajes advierte la importancia

de la mujer en las oscilaciones de la estima. Un mito muy común entre los pandilleros refuerza esta tesis: los tatuajes sólo pueden ser borrados pasando sobre sus trazos la aguja de tatuar, pero ya no cargada con tinta sino con la leche de una madre primeriza. La recién ex-virgen es quien puede borrar los estigmas de la vida a la que renuncia el pandillero converso.

La incorporación a las sectas depende en buena medida de la culminación del ciclo vital del pandillero. Las sectas intervienen cuando llega el tiempo propicio y participan como un elemento catalizador -de no escasa importancia- en un proceso que ya tocaba a su fin. El joven no puede ser perpetuamente pandillero. La condición de pandillero está limitada por el tiempo. Pasado el período de la pandilla, el joven suele encontrar en el fundamentalismo de las sectas otra fuente de identidad. Incluso la pandilla viene a ser como un eslabón previo, muy útil a la lógica del fundamentalismo de las sectas: representa la etapa pecaminosa a la que sigue la conversión y con ella la salvación eterna, que constituye la máxima oferta de las sectas. Tampoco en este modelo de rehabilitación encontramos una oferta para la pandilla, sino sólo para algunos de sus miembros.

¿Fortalecer su autoestima o aniquilarlos?

Existe también el modelo fortalecedor de la autoestima del pandillero como pandillero. Su objetivo es reconvertir, rescatando los valores de la pandilla. En este modelo el pandillero es catalogado como sujeto protagonista de la vida social, con mucho que aportar, a condición de que reoriente sus actividades. Este modelo sólo ha sido trabajado en Nicaragua a niveles casi intuitivos.

La expresión real y concreta que más se le acerca es el espacio que en el programa de televisión La Cámara Matizón brinda a los pandilleros el animador Evertz Cárcamo -candidato a vicealcalde de Managua por el FSLN-. En medio de chabacanadas y escenas de humor de mal gusto, Cárcamo ha ofrecido a los pandilleros la oportunidad legal de figurar y de levantar su imagen ante una audiencia masiva. Con este esfuerzo logra un impacto y cobertura mayores que

todas las fundaciones de rehabilitación, y lo hace con un enfoque adecuado. En los dos modelos previos se asume que hay en el pandillero algo “no sano”, algo éticamente malo, y el remedio se enfoca en el individuo, que debe ser corregido. Se quiere ejercer sobre él una ortopedia moral. A la salida del quirófano, el vago se habrá transformado en sano, se habrá “enderezado”. En este otro modelo, el tratamiento se enfoca sobre la pandilla para facilitar una especie de sublimación de sus energías y actividades.

El modelo paramilitar no es un modelo que se esté planteando en la actualidad. De momento es sólo un riesgo: los grupos de adolescentes de clase media y alta, que simulan enfrentamientos bélicos en campos diseñados a ese propósito, “niños” que tienen acceso a armas, podrían, por venganza o por diversión, decidir enfrentarse a pandillas de barrios marginales para aniquilarlas. Se trata de un peligro potencial, que nos limitamos a enunciar más que a denunciar. Estos adolescentes podrían conformar grupos paramilitares que bajo la consigna “haga justicia con su propia mano” -enfoque tan promocionado por los filmes de Hollywood- podrían proponer eventualmente la confrontación y eliminación de las pandillas, sometidas a un enfoque maniqueo que haría recaer sobre ellas el peor de los anatemas.

¿Cuál modelo se desarrollará con mayor celeridad y crecidos bríos en Nicaragua? Depende de cuál imagen de los pandilleros logre imponerse. Hasta la fecha, el modelo que, por su cobertura masiva, tiene la mayor extensión es el de la prisión: recluir para castigar.

“Esta cárcel, estos hierros...”

La totalidad de los pandilleros con genuina militancia -presos de esa cárcel cultural que es la pandilla- ha pasado al menos una vez por la cárcel real. Generalmente, purgan condenas por los delitos menores que han cometido, como el Negro Eddy, que hace el recuento de los muertos que ha matado: “Yo estuve en La Modelo tres años. Me metieron por haber puñaleado a dos de Los Cancheros: el Munra y el Zanate. Ellos también estuvieron en la Modelo por haber matado a

una tía de uno de Los Comemuertos. Al Zanate lo dejé seis meses cagando en bolsa (con colostomía). Me arrepiento por haber fregado a tantos inocentes. Por homicidio y asesinato he sido juzgado y he salido absuelto. Participé en tres asesinatos. Un homicidio y dos asesinatos atroces. El asesinato atroz se comete cuando se meten más de tres puñaladas. Drogado robaba, drogado me sentía el master. Si oponían resistencia, les pegaba una puñalada”. Un sondeo ligero nos permitió conocer que, como el Negro Eddy, la mayoría de los prisioneros jóvenes se encuentran purgando penas por los delitos más leves que han cometido. Pero el sistema penal no sólo tiene deficiencias en esa línea.

A razón de casi 8 detenidos cada dos horas en 1999, 3 mil al mes, 750 a la semana y 107 al día, los distintos centros penales se han ido sobresaturando. De acuerdo al Centro Nicaragüense de Derechos Humanos (CENIDH), había en 1999 más de 5 mil 450 confinados en las cárceles de todo el sistema penitenciario nacional, aunque la capacidad física de los desvencijados e insalubres ocho penales con que cuenta Nicaragua permite albergue para sólo 3 mil 83 internos. Un informe del PNUD dictaminó que cada reo debe disponer de al menos cuatro metros cuadrados, pero en nuestras cárceles sólo tiene 1.6-1.9 metros cuadrados. Los gastos del Sistema Penitenciario Nacional ascienden a 64 millones de córdobas anuales, lo que supone una inversión de sólo 32 córdobas diarios por cada recluso.

Las rutinas de la prisión

El centro penal de Tipitapa, mejor conocido como La Modelo, es el más grande del país. A su galería de menores van a parar los pandilleros más connotados de la capital. En una visita hecha en el segundo semestre de 1999, encontramos que la galería de menores hospedaba a 215 internos con una edad promedio de 18 años y hasta con prisioneros de 14 años. Un alto porcentaje de los reos de la galería de menores permanecen, varios meses después de su arresto, esperando su correspondiente proceso judicial. De los 215 internos, 138 habían sido condenados. De los restantes 77 que habían sido encausados, sólo 3 estaban sien-

do procesados. 40 reos no recibían visita alguna. En la jerga carcelaria, a estos prisioneros se les llama donados. No hay profesionales, técnicos ni universitarios en la galería de menores. 38 son analfabetos y sólo 64 han aprobado la primaria. El escaso nivel educativo sólo permite una muy baja tasa de aprovechamiento de los cursos de computación e inglés que ofrece el sistema penal a los menores.

Únicamente interrumpidas por portones de seguridad, las galerías se suceden a derecha e izquierda de un largo pasillo en cuyo fondo se encuentra situada la galería de menores: la galería 7. En cada celda se aloja un promedio de seis reclusos. Permanecen encerrados desde las 5 pm hasta las 6 am, hora en que quitan el perno y todos salen al terreno común de la galería. La celda está provista de una llave de agua, un agujero en el piso para defecar, dos camarotes -no caben más en ese reducido espacio- y una ventana que da al patio para airear la celda y secar la ropa. Dos veces por semana, de 8 a 11 am o de 1 a 3 pm, los presos tienen derecho a salir al sol, en un amplio patio donde juegan al fútbol y realizan transacciones comerciales, a escondidas de sus guardianes, con los cigarros como “moneda” de cambio.

El dinero convencional está prohibido, y aunque no está totalmente ausente, se emplea más el cigarro. En esta moneda están tasados todos los bienes y servicios: comida, lavado de ropa, naipes pornográficos, etc. “Cada quince días -explica uno de los pandilleros recluidos- pasan la requisa. Buscan de todo. El dinero es ilegal. Te lo puede traer tu familia, y te lo quitan porque es prohibido andar bisneando aquí. Los reos se lo meten en la boca o en los huevos. Buscan las puyas. Pero casi nada encuentran. Sabemos dónde esconder. Vos sabés que un policía no va a ser más inteligente que un ladrón.”

Los que así lo desean van a clases de inglés o computación a las 8 am. Algunos, si son de confianza y dependiendo de la gravedad de su delito, pueden limpiar pisos o chapear el monte de los patios interiores de la prisión. Se trata de un privilegio reservado generalmente a los reclusos de la galería 8, quienes redimen un día adicional de condena por cada día trabajado. La mayoría se entretie-

ne contando sus historias, con el tráfico ilegal de mercancías o intentando desprender objetos metálicos, el trozo de una verja o cualquier otro artilugio, que en la próxima batalla les servirá de arma.

La vida sexual de los reclusos tiene sus expresiones institucionales y espontáneas. Las manifestaciones institucionales están normadas en las visitas de novias y esposas a las celdas dispuestas para tal propósito. Pero son pocos los que tienen ocasión de ir a la conyugal. De acuerdo a Ricardo, uno de los pandilleros detenidos: *Muchos aquí no tienen visita. De esta galería (215 internos), sólo 50 salen a visita conyugal. La mayoría se masturba o coge con los cochones. Aquí se vende a 20 pesos el naípe porno, que te sirve para poderte masturbar bien. Pero también hay un cochón. Quería que me lo cogiera, pero eso no me cuadra. Me dan asco los cochones. No me gustan. Pero varios aquí se lo cogen, aunque no son cochones. Es por necesidad que lo hacen. Lo buscan para desahogarse en él. Ese cochón es bien afeminado, pero se defiende si alguien no le gusta. Pitayoya II se lo quiso coger. Pero el cochón no se dejó y le metió una puñalada.* El machismo, con todo su visceral rechazo del homosexual, persiste, pero las circunstancias suspenden la vigencia de las normas habituales y hacen que ciertos comportamientos sean admitidos. La vida sexual del prisionero demanda otro código.

La prueba de fuego

Al interior de la prisión existe un tipo de estratificación social. Los prisioneros advierten que a los reclusos con dinero y/o que fueron miembros del Ejército o la Policía se les permiten ciertos lujos que a la mayoría le están vedados: camas cómodas, cocinas, refrigeradoras, comestibles, equipos de sonido. A esta estratificación más institucionalizada se suma una estratificación espontánea: la distinción entre viejos y novatos.

Aquí los viejos -explica Ricardo- les quitan sus cosas a los nuevos. Los agarran a la pura impresión cuando están recién llegados. Les quitan su barco, las cositas que les traen con mucho sacrificio. Yo definiendo a los nuevos. No para que

me den nada, aunque si les pidiera me darían. Es que no me gusta que se aprovechen de ellos. Robar afuera es distinto. Algunos de los viejos, sobre todo viejos por reincidencia, se vuelven expertos en la prisión. Si es en el sistema penitenciario -dice el Gordo David- a mí me atienden como rey, me conoce toda la ladronada, los reeducadores, me conocen los pesados de La Modelo. Como he ido varias veces. Entonces, ¿qué es lo que pasa? Que a mí me atienden tuanis. El compadrazgo también funciona en la cárcel. Los viejos compadres se encuentran o se hacen nuevos compadres y montan la misma reciprocidad benéfica que en la calle: Entre compadres hay que embayar (compartir) la jama (comida), el queto (marihuana), la drapie (piedra de crack).

Por lo que a la pandilla toca, la cárcel es un nivel superior de socialización. Se logra la profesionalización del estatus de pandillero. La cárcel es fuente de prestigio entre los iguales. Hace curriculum porque es la prueba suprema. Pitayoya II lo confirma: *En la calle se las pueden dar de Rambo, pero cuando llegan a la cárcel son unos cagados. Esta es la prueba de fuego para ser bueno: haber pasado por la cárcel.* Generalmente, la prisión los devuelve con más capacidad de delinquir. Según el Negro Eddy: *Los Comemuertos son como 300. En La Modelo hay 50 Comemuertos viejos. Están purgando condenas altas, clavos que no es jugando. Hay gente de 17 a 25 años en La Modelo de Los Comemuertos. Ahí se hacen más dañinos.*

Soñando con salir

En la cárcel se conocen pandilleros de barrios muy distantes, intercambian impresiones, se refuerza el argot. En la prisión los pandilleros reproducen el modelo de enfrentamientos territoriales. En la galería combaten los presos de las celdas del primer piso contra los de las celdas de la planta baja. La definición barrial de los enemigos da paso a otra base, también territorial. Los barrios se funden en conglomerados de acuerdo a su proximidad geográfica. En La Modelo, los pandilleros rivales de todas las etapas del Reparto Schick deponen sus diferencias y funcionan como un solo barrio.

Para muchos, la cárcel es lugar de reflexión, de recuento de la vida, de inventariar hechos, y por eso también suele ser el lugar donde se reorienta la vida. César rememora: *Entré en el 92 y llevo dos años y medio aquí. La cárcel me ha hecho reflexionar. Ya no pienso como pensaba antes. Cuando salga pienso trabajar en una empresa. La libertad es un horizonte alentador y cambia algunas expectativas: Hoy en día mucho chavalo hay así. Se basan en la pandilla y lo único que les espera es la cárcel o el cementerio. Los pandilleros que no han pasado por la cárcel dicen que la cárcel no come y que algún día se sale de la cárcel. Pero es que no la han vivido. Es cierto que esto no come el cuerpo, pero envejece. Más cuando uno es chavalo y piensa mucho en el futuro. Tal vez nunca en mi vida pensé que iba a parar a un lugar como éste que es la cárcel. Muchos se hunden en el mundo de la perdición y creen que ya están perdidos y que no hay remedio. Pero otros piensan salir de esto. Aquí hablamos de lo que vamos a hacer cuando estemos libres. La mayoría piensa el bien. Los que dicen que van a lo mismo es porque se sienten protegidos aquí y porque aun en la cárcel tienen el apoyo de la madre.*

La calle es la escuela, la cárcel es la universidad

Pero la cárcel cultural se impone. La reincidencia es una tentación permanente, como en el caso de Susana, quien hace propósito de enmienda, pero contempla la posibilidad de ocasionales paréntesis: *Cuando salga, me voy a componer. Tengo que cambiar porque esto no es vida. No quiero caer otra vez. Me gustaría trabajar. Vender calzones, brasieres. Lavar trastos. Lo que sea. Mi niña tiene tres años. Ya es tiempo de que me componga. Tal vez de vez en cuando haga un tiro loco, cuando no hayan pescas (policías). Podría trabajar de lunes a viernes y salir a tamalear (robar) los domingos, sacar billetes para poner un plante (puesto de ventas). Tal vez hay un chajín el sábado y puedo agarrar mil varas de un bolsazo.*

De acuerdo con cierta teoría, los individuos adquieren ciertos comportamientos y actitudes por la vía de un proceso de aprendizaje social, y si la conducta es de alguna forma recompensada, su repetición se hará más frecuente. El robo como fuente de ingresos y los enemigos que se han cosechado explican las su-

cesivas comisiones de delitos. El Negro Eddy menciona tres condenas: *Tengo tres condenas por lesiones graves y dos por robo. Esta fue mi tercera vez en La Modelo. La primera vez estuve una año y medio. La segunda vez estuve dos años. La tercera vez estuve tres años, aunque mi condena era de cinco, porque cambié los últimos dos años por rehabilitación en la Fundación El Patriarca.* Finalmente, también escapó de El Patriarca.

Un caso semejante es el de el Gordo David, quien asegura haberse convertido al Señor en La Modelo y jurado no robar más ni consumir piedra. Ello no evitó sucesivas caídas. Su reincidencia ha sido posibilitada por irregularidades en los procedimientos judiciales: *Los tres hermanos somos delincuentes. Los otros dos están en La Modelo por robo. En el 89 caí preso. Pertenezco a una banda que robaba cadenas, relojes, pulseras. Asaltamos la Tabacalera, la Cervecería Victoria. En el 97 fui condenado a 27 años por asesinato atroz y portación ilegal de armas (AKs, granadas, escopeta). El jurado nos clavó con 27 años. Al año nos hicieron revocación de sentencia. La última condena fue de 19 años por un robo de 15 mil dólares. Estuve sólo siete meses porque no me comprobaron nada.* En general, los pandilleros coinciden en que el paso por la cárcel les da un mayor grado de profesionalización y los catapulta hacia delitos de mayor calibre.

No corregir, sino castigar

Para penetrar en la realidad deshumanizante de la prisión, los ahí detenidos deben ser algo más que objetos que se tabulan y se cuentan, pero que no se comprenden. José Martí quiso hacernos saber del dolor del preso: *Dolor infinito debía ser el único nombre de estas páginas. Dolor infinito, porque el dolor del presidio es el más rudo, el más devastador de los dolores, el que mata la inteligencia, y seca el alma, y deja en ella huellas que no se borrarán jamás.*

La ciencia del castigo, la tecnología de la expiación, ha evolucionado e involucionado, mientras poco a poco el presidiario se ha ido convirtiendo en un integrante permanente del elenco social. El filósofo francés Michel Foucault des-

cribe parte de esa ruta: *Si hiciéramos una historia de control social del cuerpo podríamos mostrar que incluso hasta el siglo XVIII el cuerpo de los individuos es fundamentalmente la superficie de inscripción de suplicios y penas; el cuerpo había sido hecho para ser atormentado y castigado. Ya en las instancias de control que surgen en el siglo XIX el cuerpo adquiere una significación totalmente diferente y deja de ser aquello que debe ser atormentado para convertirse en algo que ha de ser formado, reformado, corregido, en un cuerpo que debe adquirir aptitudes, recibir ciertas cualidades, calificarse como cuerpo capaz de trabajar.*

En la Europa medieval, existía un isomorfismo entre el delito y la pena, conforme al purgatorio del Dante. El castigo recaía sobre el cuerpo y su naturaleza se calcaba de la desviación que intentaba corregir. En su Historia de los presidiarios en Puerto Rico (1793-1993), Fernando Picó observa: El purgatorio de la otra vida tiene su contrapartida en el presidio... Luego, en la década de 1830, empieza a imponerse en el lenguaje penal la contabilidad comercial y la terminología de la deuda civil. La secularización de la purgación supuso también la mayor exactitud en la cantidad de tiempo a satisfacerse. Se pasó del isomorfismo del castigo a la pena única con diferentes tasas: la reclusión. El tiempo adquirió más peso, al suprimirse la variedad de castigos. Se pasa a hacer tiempo, sin ningún propósito de rehabilitación, se deja que los años corran. El castigo es el aislamiento de la sociedad, la privación de libertad por determinado monto de tiempo, la inhabilitación sexual, la falta de acceso a un trabajo lucrativo, la imposibilidad de desplazarse libremente, la dependencia de los servicios provistos por la institución, el estigma de haber sido preso.

La idea de la penalidad que intenta corregir metiendo en prisión es una idea policial relativamente nueva. No basta resarcir al directamente ofendido. Se parte del supuesto de que se ha ofendido a toda la sociedad porque se han violado sus leyes, su orden. Más que de la intención de corregir, se parte de la intención de castigar. De sus cuatro finalidades -castigar, aislar, persuadir y corregir- la prisión cumple únicamente con la primera. La prisión no aísla: existe una vigorosa comunicación de bienes, servicios e ideas. El capital social pandilleril, en su ta-

lante más delincuencia, se multiplica en las prisiones. La cárcel no consigue persuadir de no cometer delitos ni siquiera a quienes la han padecido: para demostrarlo están las tasas de reincidencia. No corrige, profesionaliza. Las tecnologías de la corrección fracasan. En realidad, no están orientadas a la corrección.

Hace 130 años era mejor

Hurgando en la historia de Nicaragua, en el Decreto del 17 de septiembre de 1866 aprobado por el Prefecto del departamento de León, para que los establecimientos de esta clase (las cárceles) correspondan a los objetivos de su institución, encontramos el establecimiento y/o confirmación de las siguientes disposiciones cuya actual ausencia hace retroceder al sistema penal en sus pretensiones correctivas:

- El Alcalde dormía en el edificio de la prisión, entre otras razones, para visitar a los presos al menos una vez por la noche a fin de velar por el orden y la decencia.
- La Municipalidad tenía derecho a remover al Alcalde en caso de que su desempeño fuera negligente o corrupto.
- Las faltas ligeras de los reos podían ser corregidas por el Alcalde con la aplicación de trabajos fuertes en la cárcel. (Ahora se pena con más días de cárcel o con el traslado a celdas de mayor incomodidad o, aún más contraproducente, a celdas con internos de mayor peligrosidad).
- El trabajo iba desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde para devengar un salario, entonces de diez centavos diarios.
- Frutas y provisiones eran recolectadas como limosna para beneficiar especialmente a los prisioneros físicamente impedidos y sin familiares de quienes recibir los alimentos.

- Los Magistrados visitaban la cárcel para dar oportunidad a los reclusos de exponer sus quejas. (¿Cuántos de los actuales magistrados de la Corte Suprema de Justicia conocen los penales en Nicaragua?)

- La Municipalidad debía cuidar que en las cárceles se instalaran talleres y maestros para que los presos aprendieran oficios o tuvieran oportunidad de ejecutarlos aquellos que ya fueran diestros en alguno.

- Se les daba oportunidad de trabajar, pudiendo hacer uso inmediato de la mitad de las ganancias, reservando la otra mitad para cuando eran puestos en libertad.

Todo esto ha desaparecido y hoy tenemos el encierro por el encierro. Para aniquilar la autoestima, como muy atinadamente señaló el prisionero norteamericano Nathan Leopold, en un simposio sobre sistemas penales: Uno de los elementos indispensables de una personalidad balanceada y bien ajustada es el respeto a uno mismo.

La prisión hace todo lo posible para quitarle al preso su autoestima. Desde el momento en que es recibido en la cárcel, casi todas las acciones oficiales están calculadas para arrebatarle su individualidad, para humillarlo y reducirlo al estado de robot. También el historiador puertorriqueño Fernando Picó lo subraya: La deformación consecuente de la vida del confinado carece de provecho para la sociedad, y priva de calor humano y de propósito vital al confinado. Los instrumentos del encerramiento y de la vigilancia, como portones, vallas, rejas, cristales, muros y torres a veces son visualmente atropellantes.

No hay duda de que además de sus funciones habituales tienen la capacidad adicional de imponer simbólicamente la autoridad del que encierra. Pero estas cosas no están hechas para rehabilitar, y cuando son el único estímulo visual, su mensaje es degradante.

Libertad a cambio de delación: la industria de la traición

Vigilados y castigados, los reclusos padecen un mecanismo de uso corriente en otros ámbitos de nuestra cultura, como bien observó Foucault: El sistema escolar se basa también en una especie de poder judicial. Todo el tiempo se castiga y se recompensa, se evalúa, se clasifica, se dice quién es el mejor y quién es peor. ¿Por qué razón, para enseñar algo a alguien, ha de recompensarse o castigarse? El sistema parece evidente. Pero su evidencia se disuelve con la reflexión. El castigo, azote de la autoestima, se ha erigido en el instrumento por excelencia de corrección, sustituyendo enteramente a todos los restantes mecanismos.

Vistos con extrema suspicacia, cateados, interrogados, los detenidos, y entre ellos los pandilleros, no gozan de condiciones para reorientar su vida. Nula corrección. Por el contrario, se opera en ellos una deformación de los valores más elementales. El ejemplo más palmario de esta distorsión se presenta cuando los detenidos son “invitados” a convertirse en soplones.

El Gordo David, pandillero del Reparto Schick, describe el procedimiento: *Entonces el maje me dijo: ‘Te voy a poner con el sicólogo, vas a hablar con el sicólogo, con una condición. El hombre ta va a ayudar, él te va a destrabar, con una condición: necesito que me investigués a tal persona.’ Ahí mismo, dentro de la galería, donde estás conviviendo. Vos podés caer por un asalto pesado, podés ser jefe de una banda, podés ser miembro de una banda pesada de asaltantes. Entonces vos como policía, como miembro del DIC, vos me decís a mí: ‘Investigame a ese hombre.’ Y según esa información que vos me des, y si yo doy esa información, vos vas libre. Pero más que todo ése es un pase que ellos te hacen de que te van a dar tu libertad y eso es falso. Y bombeás al hombre. Siempre estás bombeando al hombre, y al final siempre quedás vos fundido, y queda fundido el hombre, y te dan color de sapo. Porque ellos mismos te dan el color de sapo cuando ya no les servís.*

El sistema busca la verdad fomentando la delación. Se promueve el canje de la reducción de la propia condena vendiendo al broder. Convertirse en soplón es premiado por el sistema. La producción de la verdad y la justicia se vincula a la producción de la traición. Una distorsión de valores imperante en la sociedad: el empleado que denuncia a su compañero es visto como un fiel defensor de los intereses institucionales. Castigar, recluir, transformar delincuentes y pandilleros en delatores... Todo se hace pasar por un proceso natural.

Los buenos, los malos

La marginación requiere de todo un montaje ideológico que opera como legitimador de sus procedimientos: etiquetas que censuran para justificar el encierro. Los pandilleros asumen las etiquetas: Nosotros somos vagos, ellos son muchachos sanos. Cuatro décadas atrás, el sicoterapeuta norteamericano R. D. Laing analizó la definición social de lo que es bueno a partir de su escepticismo sobre la distinción cordura-locura. Qué es bueno y qué es malo, y quién lo define y cómo se transmite: todos son productos sociales. Laing profundizó en las acepciones de la palabra bueno, encontrando connotaciones tendientes a canonizar un tipo de conducta.

Según Laing, bueno se usa en ese sentido peculiar en que, por ejemplo, un perro bueno no es un espécimen de perro saludable, vital, sino una criatura agotada que no sale de su cajón, excepto para dar un paseo cotidiano pegada a los talones de su amo. Este uso de la palabra bueno es muy común en nuestra cultura, y en especial se aplica a los niños. Es el lenguaje al servicio de la represión. Es bueno quien se adapta al papel que le asigna la familia de acuerdo con las expectativas de los miembros mayores. Los intentos de actuar de manera independiente son considerados malos, perversos. Sin embargo, mantener esta situación es insostenible. Supondría un estancamiento del desarrollo. La pubertad es el momento de cuestionar el modelo propuesto por los mayores.

Podemos extrapolar la situación de los individuos en el círculo familiar para entender el papel de ciertos grupos en el ámbito social. Las leyes, como expresión del espíritu de un pueblo, prescriben lo que es bueno y malo. La policía y la

cárcel juegan el papel represivo. ¿Quién está sano? ¿Aquél que encuentra normal la situación actual? Efectivamente, la “sanidad” pertenece a un determinado contexto, y sólo tiene sentido en él. Las autoridades y las leyes ungen una determinada conducta en ciertos momentos, penalizándola en otros. Las leyes cambian y, con ellas, los delitos, los inculpadados y las penas.

Un antecedente en el sandinismo: las “turbas divinas”

Las pandillas ahora condenadas tuvieron un correlato -quizás deberíamos hablar mejor de un germen- en el papel que en la década de los 80 jugaron ciertos grupos que expresaban el descontento popular: las turbas divinas. Las llamadas turbas divinas fueron una forma de agitación popular contra las clases pudientes opuestas al gobierno sandinista, actuaron como válvula de escape del descontento popular, legitimado y hábilmente manipulado por el FSLN. Las turbas divinas, bautizadas así por Tomás Borge -el dirigente del FSLN más aficionado a teologizar la realidad- estaban integradas por ciudadanos de los barrios marginales, en su mayoría jóvenes, tenían una estructura casi militar y una capacidad de convocatoria bien articulada. Estaban muy lejos de ser las erupciones espontáneas que los medios de comunicación oficiales procuraron vender al público.

Para el gobierno sandinista era como tener una fuerza de choque que sofocara toda manifestación adversa, cumpliendo la función ahora institucionalmente asignada a las brigadas antimotines de la Policía. Para los jóvenes, su enrolamiento en las turbas era la oportunidad de ejercer una agresión socialmente admitida y ungida por las autoridades nacionales. La agresividad que hubiera podido enfocarse hacia el gobierno fue astutamente reciclada y transformada en represión contra los opositores, tácitamente institucional. La ideología vendía la idea de que todos los males del país se originaban en las actividades del imperalismo y de sus secuaces al interior de Nicaragua. La moral de guerra se regía por el contra el enemigo, vale todo. Ha cambiado la táctica: si antes el sistema canalizaba el descontento, ahora lo reprime, quizás porque hay situaciones que la

misma ideología imperante no condena y acaso minimiza y declara irrelevantes. Es aceptable socialmente gastar 70 dólares en un perfume, pese a que 70 dólares superan el salario mensual de un maestro de primaria. Pero el sistema define que hay libertad para usar el propio dinero en lo que nos dé la gana. ¿Es bueno que niños de cinco años pidan limosna en los semáforos? ¿Eso es normal? ¿Eso es bueno?

¿Cuál es el orden público?

La lógica del utilitarismo se impone: no importa cuánto sufran algunos miembros del grupo ni por cuánto tiempo, lo importante es que aumente el bienestar del grupo en su conjunto. La felicidad del grupo tiene su expresión matematizada en el incremento del PIB. Y no hay quien se atreva a perturbar esta bonancible situación. Prohibido “alterar el orden público”. Pero, ¿cuál es el orden público? ¿Niños de cuatro años pidiendo limosna en los semáforos hasta las 2 de la madrugada? ¿La regresión de la reforma agraria? ¿Ganar 20 córdobas al día y tratar de mantener a una familia de 8 personas? ¿El Contralor General de la República encarcelado?

Vuelve la pregunta: ¿Quién está sano? ¿Aquél que encuentra normal todo este panorama? Parece pertinente aquí citar un principio epistemológico de Kierkegaard: No se mira lo mismo el mundo desde una choza que desde un palacio. ¿Tendría Noel Ramírez, el arrogante Presidente del Banco Central, tan buena opinión sobre el crecimiento económico y la generación de empleo si tuviera que pasarse el día entero vendiendo agua helada bajo un lacerante sol en alguno de los semáforos de Managua? ¿Y tendría el coraje de continuar en ese “trabajo” si se le presentara la oportunidad de obtener una mínima compensación vendiendo droga o robando?

El pescado podrido empieza a apestar por la cabeza

La corrupción de los partidos políticos y de los funcionarios estatales, la impunidad en que viven los grandes delincuentes, también tiene relación con el incre-

mento de la delincuencia y el descontento que expresan las pandillas. ¿Cómo rastrear consistentemente el hilo conductor que une los actos ilegales macro con los actos ilegales micro? ¿Cómo se imbrican? ¿Cómo se demandan mutuamente? ¿Qué nueva clase social se está enriqueciendo y surge a partir de las paupérrimas condiciones del estado de derecho? ¿Cuál es la línea que conecta la delincuencia juvenil con la palmaria carencia de legitimidad del aparato jurídico en Nicaragua? Una cínica pista nos la brinda la advertencia que el Obispo inglés Watson, predicando ante la Sociedad para la supresión de los vicios, hizo en 1804: Las leyes son buenas pero, desgraciadamente, están siendo burladas por las clases más bajas. Por cierto, las clases más altas tampoco las tienen mucho en consideración, pero esto no tendría mucha importancia si no fuese porque las clases más altas sirven de ejemplo para las más bajas.

La impunidad de los pudientes es obscena mientras se rasgan las vestiduras ante las cifras de los delitos menores. ¿Por qué el ser pobre no constituye una circunstancia atenuante? ¿Por qué el ser rico, haber recibido una educación esmerada y provenir de una familia estable, no constituyen circunstancias agravantes?

La cárcel no es la solución a la delincuencia juvenil, ligada o no a las pandillas. La cárcel forma parte de todo un sistema descalificador de ese descontento que se expresa en las pandillas. El hecho de que se recluya a tantos jóvenes refleja la ingobernabilidad, palpable a muchos niveles, y que en este caso se expresa como la incapacidad de la sociedad para satisfacer las demandas de la juventud de los sectores pobres, que son mayoritarios. En general, las soluciones del gobierno son su propia caricatura: si los niños piden limosna en los semáforos... el gobierno sustituye los semáforos por rotondas. Si los estudiantes y transportistas protestan y levantan barricadas con los adoquines de las calles... el gobierno pavimenta las calles. Mientras esta situación se prolongue y mientras su tratamiento se concentre en la vigilancia y el castigo, tendremos pandillas para rato.



**Pandillas:
de la violencia social
a la violencia económica**

Pandillas: de la violencia social a la violencia económica

*H*ace cinco años desataban guerras y defendían su barrio. Ahora, venden crack y acumulan capital, olvidando su originario “amor” al barrio. La evolución de las pandillas refleja la evolución reciente de Nicaragua: de los proyectos colectivos a los intereses individuales.

DENNIS RODGERS

Entre 1996 y 1997 viví en un barrio pobre de Managua investigando de cerca la vida y actividades de la pandilla del barrio. Incluso, me hice “pandillero” con ellos. Algunos de mis hallazgos preliminares fueron publicados en las páginas de Envío en julio de 1997. En febrero de 2002 regresé al mismo barrio y viví allí durante un mes y medio. Me interesaba indagar sobre la evolución de aquella pandilla. Hice nuevos hallazgos. Algunos de ellos los compartí en estas mismas páginas hace tres meses. Éstas son algunas conclusiones.

¿Protagonistas de la delincuencia?

Desde que hace ya más de una década terminó en Nicaragua la guerra entre sandinistas y contrarrevolucionarios, la delincuencia común y las formas cotidianas del delito se incrementaron. Según estadísticas de la Policía Nacional, en

1990 se cometieron 28 mil delitos. En 2003 ya eran 97 mil 500. Y aunque el gobierno insiste en que Nicaragua es “el país más seguro de Centroamérica”, y hasta vende esta idea en el exterior buscando atraer inversionistas, muchos nicaragüenses consideran que la inseguridad provocada por la delincuencia es uno de los principales problemas para el país y también para sus propias vidas. Así lo demostró un informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) citando los resultados de una encuesta hecha en 1999 por la ONG Ética y Transparencia. En esta encuesta las pandillas y los pandilleros eran vistas como los más frecuentes protagonistas de delitos. Y aunque no son los pandilleros los únicos responsables de la delincuencia en ascenso, sí son los más visibles: deambulan abiertamente por las calles de las ciudades robando, amedrentando, algunas veces agrediendo y hasta matando.

Una consecuencia de la paz y la “adicción” a la guerra

Siguiendo el rastro de los antecedentes de las pandillas en Nicaragua podemos llegar hasta los años 40, cuando eran una realidad relativamente pequeña. El desarrollo expansivo hay que situarlo a partir de los años 90, porque en los años 80 casi desaparecieron, como resultado del servicio militar obligatorio y de la vigilancia que el gobierno sandinista estableció organizando a los vecinos de los barrios urbanos. El fin de la guerra en 1990 las vio resurgir. Y aunque alguien podría argumentar que este resurgimiento se debió a las secuelas de la guerra, parece ser al revés: fue una consecuencia de la paz. Porque la mayoría de estos pandilleros emergentes eran jóvenes de 16-20 años de edad que fueron desmovilizados del Ejército Popular Sandinista o del ejército de “la Contra” cuando se firmó la paz.

En las entrevistas que hice en 1996-97 con muchachos que integraron las pandillas en aquellos primeros años de postguerra siempre mencionaron dos razones para andar empandillados. Primera: el cambio de gobierno de 1990 había devaluado su estatus social, muy alto en los años previos, bien porque habían

sido soldados que defendían la soberanía nacional o “luchadores por la libertad” en el ejército rival. Integrar una pandilla era una manera de reafirmarse ante una sociedad que, de la noche a la mañana, parecía decidida a “olvidarse” de ellos.

Segunda razón: en la pandilla recuperaban algo de las experiencias de la guerra, que habían asimilado casi de forma adictiva. El diario peligro de muerte y las descargas de adrenalina con las que habían enfrentado situaciones extremadamente dramáticas, los habían marcado. Y no sólo los riesgos. La camaradería y la solidaridad en las que habían vivido como soldados o guerrilleros también habían impreso sus huellas. Todas estas emociones empezaron a escasear muy aceleradamente en la Nicaragua de postguerra, cada vez más polarizada y empobrecida.

Con una dinámica territorial

En Nicaragua, las pandillas proliferaron de forma casi explosiva en los años que siguieron al fin de la guerra. Ser miembro de una pandilla, como sucede en la mayoría de otras agrupaciones juveniles en todo el mundo, es un estatus social efímero, y a partir de los 18 años los muchachos empiezan a madurar y abandonan el grupo. A mediados de los años 90 los pandilleros nicas no eran ya aquellos jóvenes que las iniciaron, afectados por su participación en la guerra, y aparecieron pandillas por toda Managua, indicando que el fenómeno tiene un buen grado de autonomía institucional.

En su sentido más básico, una pandilla representa un tipo de institución social local. En Nicaragua consisten generalmente, en un grupo de tamaño variable de varones jóvenes en su mayoría entre 7 y 23 años, dedicados a actividades ilícitas y violentas -aunque no todas sus actividades sean ilícitas y violentas- dentro de una dinámica fundamentalmente territorial. La mayoría de las pandillas tiende a identificarse con un barrio urbano, aunque los barrios más grandes suelen tener más de una pandilla. No todos los barrios tienen pandilla por diversas razones, que van desde el nivel de fragmentación social del barrio, el número de

jóvenes que en él viven y las oportunidades que el barrio les ofrece, hasta factores económicos -más rico es un barrio, menos probabilidad de tener una pandilla-. En 1999, la Policía Nacional de Nicaragua calculaba unas 110 pandillas en las que estaban integrados casi 8 mil 500 jóvenes, sólo en Managua, donde hay unos 600 barrios y asentamientos espontáneos. Cifras probablemente conservadoras y que no reflejaban el hecho de que ya entonces las pandillas eran una realidad cambiante, lo que pude comprobar en mi visita a un barrio pobre de la zona oriental de Managua, primeramente en 1996-97 y después en 2002.

La pandilla en 1996-97: aquella violencia

En 1996-97, en la pandilla que conocí participaban unos cien jóvenes, todos varones, de entre 7 y 22 años. La pandilla estaba dividida en subgrupos, por edad y por geografía. Un grupo con los de 7-12 años, otro con los de 13-17 y un tercero con los de 18 años o más. Había también tres subgrupos geográficos: los del área central del barrio, los de “abajo” (oeste) y los de “arriba” (este) del barrio. Aunque todos se consideraban miembros de una única pandilla, los subgrupos solían operar por separado, salvo cuando se desataba una guerra con pandillas de otro barrio. Entonces todos se unían o para defender su propio barrio o para atacar el de la pandilla rival.

Aunque no todos los comportamientos de la pandilla incluían violencia, muchas de sus actividades sí eran violentas y la violencia era un rasgo de identificación que los distinguía de otros grupos juveniles. En aquellos años la violencia de la pandilla se expresaba mayoritariamente en delitos de pequeña escala: robo de carteras, hurtos a personas y a pequeños comercios, aunque buena parte de las actividades de los de más edad eran también más violentas: atracos a mano armada, violaciones e incluso homicidios. “Reglas de oro” de todos los pandilleros eran no afectar nunca a los habitantes del barrio y comprometerse a defenderlos de los delincuentes de otros barrios. La violencia más notable en aquellos años eran las guerras entre pandillas, que transformaron en cuasi-territorios bélicos algunas zonas de Managua, donde los pandilleros peleaban armados con palos,

piedras, navajas y hasta AK-47, granadas de fragmentación y morteros, con consecuencias a menudo trágicas para los pandilleros y para los pobladores de los barrios donde ocurrían estas refriegas. Aunque para un ojo externo estas guerras parecían caóticas y anárquicas, estaban muy bien organizadas y se apreciaban en ellas pautas y patrones regulares. Y aunque indudablemente resultaban muy negativas para los habitantes del barrio, también tenían aspectos positivos.

Guerras entre pandillas: táctica, estrategia, escalada y rito

El hecho que provocaba la guerra entre pandillas podía ser el ataque que sufría algún miembro de la pandilla o la “invasión del territorio” por una pandilla rival. Pero, en definitiva, todas las guerras giraban en torno al ataque o a la defensa de un barrio, centrándose la batalla en provocar daños a los habitantes del otro barrio o a su infraestructura y en tratar de minimizar los daños propios.

Para estas guerras, las pandillas se organizaban en “compañías” que operaban estratégicamente: una cubría a la otra en sus avances y en sus repliegues. Generalmente había una “fuerza de reserva” y, a pesar de que las armas eran propiedad privada de cada miembro de la pandilla, los pandilleros eran asignados de una a otra compañía para equilibrar la potencia de fuego, salvo en los momentos en que un “comando de ataque” de gran potencia era requerido para un propósito táctico específico.

Los combates estaban muy regulados y hasta tenían una dimensión ritual. La primera batalla se hacía siempre con piedras y a golpe limpio con las manos. Y, como en un rito, en cada nueva batalla las armas empleadas iban en escalada. De las piedras y los golpes pasaban a los palos y garrotes, después a las botellas quebradas y navajas, luego empleaban morteros y finalmente, pistolas, AK-47 y granadas de fragmentación. Aunque el ritmo de la escalada podía variar, nunca una pandilla inició sus guerras con armas de fuego. Las batallas mostraban también patrones de comportamiento específicos, vinculados íntimamente con el con-

cepto de los pandilleros de “vivir a la sombra de la muerte”, o como ellos lo dicen: *Somos muerte arriba*.

“Somos muerte arriba”

La expresión *ser muerte arriba* refleja la cercanía permanente al peligro -vivir en riesgo era una dimensión vital, necesaria para entender cómo se relacionaban los pandilleros entre sí y con la sociedad-, un estado existencial que explicaba sus actitudes y sus prácticas. Para ellos, *ser muerte arriba* significaba patrones de comportamiento: desafiar el peligro y exponerse intencionalmente a él para provocar al enemigo durante las batallas. Con esta mística, las batallas se convertían en una especie de ballet ritual en el que los pandilleros corrían, se desplazaban a toda velocidad, tiraban piedras o balas con estilo, provocando continuamente, exponiéndose, arriesgándose, fueran cuales fueran las oportunidades y las consecuencias.

Ser muerte arriba implicaba correr peligros, andar fachenteando de violentos, no preguntar por los riesgos ni calcularlos, sólo actuar, retando a la muerte a ver si la muerte los sorprendía. Significaba ser violento y exponerse a la violencia, pero haciéndolo con gusto, de una forma exuberante, convirtiendo esta actitud casi en una expresión estética. Entre los pandilleros la violencia era más que una práctica, era una forma de vida, un proceso cotidiano, permanente, materia prima en la construcción del ser de cada uno de ellos y un aporte a la construcción del grupo. Las guerras entre pandillas contribuían a la reafirmación del colectivo y enfatizaban la distinción primordial entre “nosotros” y “ellos”.

Una violencia con dimensión social

Esta violencia significaba algo más. Se trataba también de una pieza en un proceso más amplio de estructuración social. Los pandilleros justificaban su violencia y sus peleas con otras pandillas motivándolas fundamentalmente en su “amor” al barrio. *Mostrás que querés al barrio poniéndote en peligro por la gente, protegiéndola de otras pandillas. Cuidás al barrio así, lo ayudás*: me lo expresaba de esta forma Julio, un pandillero.

A pesar de las consecuencias muchas veces negativas de las guerras entre pandillas para los habitantes del barrio, había en estos conflictos algunos matices positivos. Desde varias perspectivas, se pueden entender como una especie de mecanismo de contención. La escalada en el uso de las armas indica que en cada etapa se requiere una mayor intensidad de acción, lo que supone un mayor control de parte de los actores del conflicto. Igualmente, el escalar las guerras también ofrecía a la población del barrio algo así como un sistema de alerta temprana, un marco en el cual organizar la vida. Desde esta óptica, las guerras entre pandillas pueden verse como actuaciones dentro de un guión, proporcionando a quienes participan en el conflicto o lo padecen una forma de ponerle límites a lo que Hannah Arendt llama la *incertidumbre e impredecibilidad total (all-pervading unpredictability)* de la violencia. Aunque tenían efectos indirectos muy negativos sobre la población de los barrios, la verdad es que las pandillas nunca hostigaron ni atacaron a la gente de su propio barrio de manera directa y siempre intentaron protegerla durante el desarrollo de estas guerras. La población del barrio se veía afectada por las “otras” pandillas, con las que se combatía siempre en la forma prescrita, precisamente para limitar el alcance de la violencia en el propio barrio, creando así una especie de “asilo seguro” y predecible a sus habitantes.

En un contexto más amplio de violencia e inseguridad crónicas, que era el de la ciudad en general, esto resultaba positivo, aunque no siempre efectivo. Y a pesar de que los espectadores de las guerras resultaban frecuentemente heridos y a veces hasta muertos en el fuego cruzado, la población del barrio reconocía lo positivo del actuar pandillero. Así me lo explicó don Sergio: *La pandilla representa al barrio y jode a los otros. A nosotros nos protege y nos permite sentirnos un poco más seguros, un poco más calmos.*

La pandilla no sólo ofreció esta seguridad a los vecinos del barrio. También se convirtió en un símbolo de la identidad de la comunidad, ya que su “cuido” contrastaba en gran medida con el contexto más amplio de fragmentación y de descomposición que caracterizó la Nicaragua de aquellos años. Y así, pude observar entre los pobladores una identificación con la pandilla del barrio, convirti-

da en punto de referencia de una identidad colectiva para una comunidad muy desintegrada. Desde este punto de vista, la pandilla y sus patrones de comportamiento servían a la organización colectiva de aquel barrio, aunque de forma más paliativa que instrumental. Tan singular orden local no podía ser ni viable ni sostenible. Cuando regresé al barrio cinco años después, en 2002, lo comprobé. Habían ocurrido cambios radicales tanto en la pandilla como en el barrio.

2002: Todo cambió con la omnipresencia del crack

En el año 2002 la pandilla ya era más pequeña. De participar en ella originalmente unos cien muchachos de 7 a 22 años, con subgrupos por edad y geografía, se había convertido en un único grupo de dieciocho muchachos de 17 a 23 años. Nuevas actividades violentas e ilícitas habían reemplazado a las que yo había conocido hacía cinco años. Las guerras entre pandillas habían terminado, la delincuencia individual había crecido y los niveles de brutalidad se habían incrementado. Lo más dramático era que la ética de “querer al barrio” había desaparecido. A los pandilleros ya no les interesaba la comunidad y ahora se aprovechaban de su población. Como me dijo Roger, un pandillero: *Ya no cuidamos a la gente del barrio. Si les roban, si tienen un problema, ¿qué nos vale a nosotros? No levantamos ni un dedo para ayudarlos. Sólo nos reímos, hasta aplaudimos a los majes que les roban. Ahora no les hacemos caso, nos vale verga.*

Una variedad de factores contribuyeron al cambio en la dinámica de las pandillas. Quizás el más importante fue la aparición de las drogas duras, especialmente de la cocaína en forma de piedra de crack. Aunque hacía cinco años se podían obtener cantidades pequeñas de crack en el barrio y en Nicaragua, el crack no había consolidado su imperio en el país. Cinco años antes la droga más habitual era la marihuana y el pegamento de zapatos para inhalar, ambas drogas producidas en el país y vendidas en escalas relativamente pequeñas. Pero, desde mediados de los 90 el crack empezó a reemplazar a la marihuana como droga preferida y cuando yo llegué en 2002 ya era omnipresente.

El fin de las guerras y una diaria violencia impredecible

La pandilla del barrio era un lugar privilegiado para consumir el crack, y a la vez, la pandilla era la institución que controlaba su venta. Comparando la nueva situación con lo que había conocido cinco años atrás, cuando el consumo de drogas, especialmente el de marihuana, era ya una señal de identidad de la pandilla, pude observar que el consumo se había disparado y que lo consumido, el crack, tenía efectos muy negativos, el más notable el incremento de la agresividad. Así lo reconocía “Chucki”, un pandillero: *Es esta droga, el crack, que te pone muy violento. Cuando fumo y alguien me insulta, sólo tengo ganas de matarlo, buscar un machete y palmar al hijueputa. No lo voy a pensar, no le voy a decir nada al maje. Es como que lo desconozco, ¿entendés? Sólo quiero matarlo al hijo de las cien mil putas. Es la droga, te digo, la violencia viene de ella.*

Observé en el barrio muchos más actos de violencia espontáneos e impredecibles que cinco años atrás, y muchos de ellos había que vincularlos al consumo de crack. Sin embargo, la gente no se quejaba tanto de estos actos individuales de violencia, sino de un generalizado sentimiento de inseguridad, que ahora marcaba la vida del barrio. El nuevo patrón de violencia espontánea e impredecible contrastaba con las guerras rituales de años antes, que desarrollándose dentro de patrones fijos circunscribían la violencia y permitían a los pobladores prever, pronosticar los potenciales estallidos y organizarse en función de ellos. Ahora, no sólo las guerras entre pandillas habían desaparecido por completo. Peor aún, la pandilla del barrio no funcionaba ya como muralla protectora contra la delincuencia extendida en toda Managua. Los pandilleros se aprovechaban ahora habitualmente de la población y amenazaban con represalias a cualquiera que se atreviera a denunciarlos.

Convertidas en institución para el tráfico de drogas

Si este nuevo patrón de comportamiento debía vincularse al incremento del consumo de droga, especialmente el crack, fue también el resultado de la conversión

de la pandilla en una institución dedicada al tráfico de drogas. En Nicaragua, las drogas se mueven desde la Costa Caribe -hasta allí llegan por mar desde Colombia- hacia Managua, pasan después por la Carretera Panamericana hacia Honduras y de ahí hacia Estados Unidos y Canadá. Quienes facilitan el transporte hacia Honduras sacan siempre un poco de las cargas que reciben como “salario” y lo distribuyen en los barrios, obteniendo buenas ganancias.

Así ha florecido por todo el país en los últimos años una economía de la droga, especialmente en la capital, donde los pandilleros de los barrios son quienes compran al por mayor a los grandes traficantes para después vender minoristamente como “muleros” en las esquinas de su barrio.

En el año 2002 los pandilleros obtenían muy buenos ingresos por la venta de crack. En promedio, sacaban mensualmente entre 5 mil y 8 mil 500 córdobas (unos 350-600 dólares), más del triple del salario promedio de entonces en Nicaragua. Tan alta recompensa por una actividad delictiva contrastaba con lo que ocurría cinco años atrás, cuando ganaban apenas unos 450 córdobas (unos 50 dólares de aquel tiempo) con sus actos delictivos.

En aquellos años, la mayoría gastaba estas ganancias en mercancía de gratificación instantánea: licor, pegamento para inhalar o marihuana; o en cierta ostentación: una gorra o unos zapatos Nike. Ahora, aunque una porción significativa de los ingresos por la venta de drogas la gastaban siempre en artículos asociados a la ostentación -cadenas y relojes de oro, por ejemplo-, la mayor porción la ocupaban en mejorar las condiciones materiales de sus casas y las de sus familias y también la reinvertían en mejorar el negocio de drogas.

De la orientación social al negocio y al comercio

No debe sorprender que la pandilla se haya posicionado en el comercio de drogas. Como institución violenta dominante en el barrio ocupaba un espacio ideal para apropiarse de este lucrativo negocio. Por las mismas características del

tráfico de drogas, esta economía no puede contar con los mecanismos clásicos de regulación y de respeto a los contratos. Como no puede contar con la ley, la alternativa para regular las transacciones comerciales no es otra que la violencia, que es por cierto el elemento implícito sobre el que descansa toda ley.

Aunque los pandilleros realizan la compra y venta de forma individual, la pandilla en su conjunto actúa como un grupo con intereses colectivos para garantizar el funcionamiento de la economía y protegerla a nivel barrial. Tampoco debe sorprender que los medios empleados sean extremadamente brutales. En 2001, por ejemplo, unos “muleros” de un barrio aledaño al barrio en que viví se apropiaron de una de las entradas del barrio para interceptar a los clientes de crack de ese barrio. La reacción no fue ya la histórica guerra de pandillas. Simplemente, la pandilla del barrio atacó a sus rivales con pistolas, matando a dos e hiriendo gravemente a tres. Eran casi inevitables estos giros en la dinámica pandillera. Las pandillas han evolucionado de instituciones de orientación social a instituciones de orientación económica. Esto los desmotiva a participar en actividades como las guerras entre pandillas. ¿Qué consecuencias tendría ahora esta forma de violencia? Disuadir a los clientes potenciales de crack en su barrio. Ahora, la violencia se orienta exclusivamente a defender y a conservar sus transacciones comerciales y a garantizar una ininterrumpida acumulación de capital.

La pandilla evolucionó como evolucionó Nicaragua

Aunque a primera vista la pandilla de 1996-97 y la de 2002 parecen dos grupos con orientaciones distintas, son, hasta cierto punto, la misma pandilla. La pandilla de 2002 estaba conformada por los mismos dieciocho jóvenes que formaban parte de uno de los subgrupos de la pandilla de 1996-97, los que tenían entonces 13-17 años y vivían en el lado de arriba del barrio, ya familiarizados con comportamientos violentos. No se trata de dos grupos diferentes sino de una evolución significativa en un mismo grupo. Y hay que situar esta evolución en el contexto más amplio de la evolución de Nicaragua. Los caminos posibles de las transfor-

maciones sociales nunca son ni obvios ni seguros. Responden a una gama de factores de la economía política más amplia. Y así, el incremento del tráfico de drogas en Nicaragua y sus efectos en las pandillas y en sus formas de violencia, son resultado de la naturaleza de la actual economía globalizada y del lugar que Nicaragua ocupa dentro de ella.

Nicaragua está hoy atrapada en una crisis de consecuencias despiadadas para la población y en una vertiginosa descomposición social. La violencia, la pobreza crónica y lo que el politólogo norteamericano William I. Robinson ha llamado el *maldesarrollo* mantienen al país en un laberinto. Pocas cosas alientan el optimismo nacionalmente, considerando la venalidad y la corrupción en función de los intereses puramente personales que caracterizan a la clase política. Tampoco internacionalmente, considerando que toda ayuda o préstamo internacional están condicionados a la obediencia a las desacreditadas recetas neoliberales del FMI. En este contexto, la economía nicaragüense está afectada por severos y crecientes desequilibrios y es cada vez menos competitiva en la economía globalizada.

Una forma tan desesperada como inestable

En 1996-97 la pandilla representaba una forma desesperada de estructuración social, el intento de crear un orden social colectivo y local por medios violentos para hacer frente a un proceso más amplio de desintegración social que tenía elementos de violencia y de inseguridad estructurales. La pandilla era radical, era una morfología social emergente que trataba de ocupar los vacíos que provocaba la crisis nacional y la nueva descomposición social de múltiples niveles -el del individuo, el del grupo y el de la comunidad- y desplegaba una forma de violencia socialmente orientada.

Pero esta forma de ordenamiento social que proponía la pandilla no era sólo desesperada, era también muy inestable. Y por eso, no es extraño que en 2002 las pandillas se convirtieran en una institución clave dentro del narcotráfico emergente en Nicaragua y que dirigieran su violencia a garantizar la operatividad de este mercado, olvidándose de la defensa y de la protección de sus barrios.

Una misma historia en dos mitades

Esta evolución revela una misma historia en dos mitades, una historia que es reflejo, a su vez, de la evolución experimentada por Nicaragua en la última década. La primera mitad de esta historia, que culminó alrededor de 1998, fue una historia de desesperación en una Nicaragua que se fragmentaba y perdía soberanía. La pandilla era un intento de unidad, de identidad dentro del imaginario social, de soberanía local. El intento no fue viable, no era sostenible. Se construyó sobre los últimos vestigios del espíritu desatado en los embriagadores años de las transformaciones revolucionarias. La segunda mitad de la historia se ubicó en el otro extremo: un rechazo total de lo social para construir un proyecto individual aprovechando la oportunidad de mejorar la vida a partir del ilícito comercio de las drogas.

Estas dos historias no son contradictorias. Una es continuidad natural de la otra, la segunda se ha ido construyendo sobre los escombros de la primera. Ambas hay que situarlas en un cuadro más amplio: el de cómo sobrevivir en los barrios pobres de Managua, el de la violencia, la pobreza y la erosión de las esperanzas, que han convertido en pandilleros empresarios privados a quienes años antes se organizaron como colectivo defensor de un barrio. Se trata del deslizamiento social desde el colectivo hacia el individuo. Esa evolución es la que ha vivido toda Nicaragua en su historia reciente, deslizándose desde el proyecto nacional y colectivo que fue la revolución hacia las ideas neoliberales y sus conceptos, asociados al individualismo y a la libertad de mercado.

¿Acumulación originaria de capital? ¿Cómo interpretar esta evaluación?

¿Interpretamos este proceso, de lo colectivo a lo individual, como una regresión? También puede interpretarse de otra forma. Usando una idea de Karl Marx, la progresión de las pandillas desde organizaciones con un enfoque social a organizaciones con un enfoque económico podría interpretarse como el tránsito de una

especie de “socialismo primitivo” empobrecido a procesos locales de “acumulación originaria”.

De varias maneras, lo emblemático de la evolución de las pandillas nicaragüenses está en que rompen con el relativo igualitarismo económico de los años 80 y también con la inequidad económica de los años 90. El narcotráfico ha transformado significativamente la vida en el barrio en donde viví y en todos los barrios populares de Managua y de Nicaragua, creando condiciones para que los pandilleros se conviertan en una especie de élite empresarial local. Para Marx, un proceso de diferenciación socioeconómica de este tipo fue el primer paso, el paso imprescindible, en el desarrollo económico del capitalismo.

La evolución que seguirá nos mostrará si es así o si no es así. Nos dirá si hay elementos positivos en la historia en dos mitades de las pandillas o si esta evolución augura algo aún más negativo para Nicaragua. De momento, lo cierto es que todo esto ha sucedido en el contexto más amplio de un país en donde son escasísimas las vías para lograr desarrollo económico. En la peor de las interpretaciones, hay que ver a los pandilleros como los precursores de una sociedad del gatillo, estilo Hobbes, donde rige la ley de los más violentos y la vida es corta, cruel y salvaje. En la mejor de las versiones, y apoyándonos en la idea de Marx, los pandilleros estarían sembrando las semillas de futuros y más profundos conflictos de clase.



**Pandilleros del Siglo XXI:
Con hambre de alucinaciones
y de transnacionalismo**

Pandilleros del Siglo XXI: Con hambre de alucinaciones y de transnacionalismo

Los pandilleros nicaragüenses han evolucionado.
*Pasaron de lanzar piedras a fumar “piedras”.
Y de los pies en la tierra, su territorio, el que
defendían con arrojo, pasaron a la mente en las nubes,
por efectos de la droga. El consumo y el comercio de drogas ha
pasado a ocupar el lugar central en sus actividades.*

JOSÉ LUIS ROCHA

La mención más conspicua de un pandillero nicaragüense de los años 70 fue hecha por Ernesto Cardenal en sus memorias sobre la revolución sandinista. “Charrasca” era un famosísimo líder de una pandilla dedicada al consumo de marihuana y a las raterías en la ciudad de León. Él y su grupo prestaron valiosísimos servicios al Frente Sandinista de Liberación Nacional en sus operativos contra la Guardia Nacional durante la insurrección de 1979 que puso fin a la dictadura somocista.

Héroes, Paladines, Vengadores, Justicieros...

“Charrasca” y su grupo transitaban de delincuentes comunes a bandidos sociales, una evolución semejante a la de los bandidos de zonas campesinas estudia-

dos por Eric J. Hobsbawm. Según este historiador británico, *lo esencial de los bandoleros sociales es que son campesinos fuera de la ley, a los que el señor y el Estado consideran criminales, pero que permanecen dentro de la sociedad campesina y son considerados por su gente como héroes, paladines, vengadores, luchadores por la justicia, a veces incluso líderes de la liberación, y en cualquier caso personas a las que admirar, ayudar y apoyar. Se trata de hombres que se encuentran excluidos de la trayectoria normal de su gente y que, por tanto, se ven forzados a quedar fuera de la ley y a caer en la 'delincuencia'. En conjunto, no son más que los síntomas de crisis y tensión de su sociedad: del hambre, la peste, la guerra o cualquier otra cosa que la distorsione.*

Sin embargo, según Hobsbawm, *cuando llegan los grandes momentos apocalípticos, las bandas de bandoleros, con sus efectivos disminuidos por las épocas de tribulación y de esperanza, pueden convertirse insensiblemente en otra cosa. Pueden, como es el caso en Java, fundirse con las amplias movilizaciones de campesinos que abandonan campos y casas para deambular por las campiñas llenos de una esperanza exaltada. O, como en el caso de Italia en 1861, pueden transformarse en ejércitos de campesinos. Pueden, como Crocco en 1860, dejar de ser bandidos y convertirse en soldados de la revolución.*

Finalmente, Hobsbawm concluye: *El bandido es valiente, tanto cuando actúa como cuando es víctima. Muere desafiante y bien, e innumerables muchachos de los barrios bajos y suburbios, que no poseen nada más que el don común -pero sumamente apreciable- de la fuerza y del valor, pueden identificarse con él. En una sociedad en la que los hombres viven subordinados, como auxiliares de máquinas de metal o como partes móviles de una maquinaria humana, el bandido vive y muere de pie.*

Como la mayoría de los bandidos estudiados por Hobsbawm, “Charrasca” tuvo un final trágico. Pero su leyenda quedó para recordar que muchos pandilleros nicaragüenses de los años 70, navegando sobre la ola que la historia les ofreció en aquel momento, dieron un contenido social a sus desviaciones y violencias.

Charrasca: “el Príncipe de los Lumpen”

Éste es el “Charrasca” que Ernesto Cardenal retrata en “La revolución perdida”: *Yo conocí a “Charrasca” en Cuba después del triunfo. Era como el príncipe de los lumpen, y ya se había hecho famoso en toda Nicaragua por ser el terror de la Guardia. Los guardias se corrían cuando oían una voz retándolos en la oscuridad de la noche: ¡Aquí está Charrasca! Esa vez en Cuba, en la casa de protocolo que me brindó Haydée Santamaría, se levantó la camisa y nos mostró todos los balazos que había recibido en el tórax, y que eran 17. Su odio a la Guardia era tan grande que lo llevó a cometer actos de extrema crueldad, como el amarrar a un guardia con alambre de púas, meterlo dentro de unas llantas de automóvil, y pegarle fuego a las llantas. Y por ese odio se alió con los Sandinistas. La alianza con el Frente no sólo fue de “Charrasca” sino de toda su pandilla: marihuaneros, borrachos, y anárquicos, y medio delincuentes, pero también muy valientes, y que no eran controlados por nadie sino por “Charrasca” al que obedecían ciegamente...*

Poco después del triunfo de la revolución, “Charrasca” estuvo preso en el Fortín, junto con los reos somocistas, por no sé qué desmanes que hizo. Y no sé si fue más de una vez que estuvo preso. Lo que sí recuerdo es que fueron como dos o tres veces que salieron en el periódico auto-acusaciones que se hacía por errores e indisciplina, con la humildad de un hijo de Ignacio de Loyola. Y fue por eso mismo que lo habían enviado a Cuba, donde yo lo conocí, para rehabilitarlo más. Después que había regresado a Nicaragua, “Charrasca” tuvo como un ataque de locura, mató a varios familiares (no sé si entre ellos también a su esposa) y huyó en una moto perseguido por la policía. Cuando la policía le daba alcance, sacó su pistola y se mató. Murió precisamente en el mismo lugar frente a la iglesia de San Felipe donde recibió antes la gran cantidad de balazos que no lo mataron.

Con el fin de la guerra, ser pandillero daba estatus

La aplicación en Nicaragua del programa de ajuste estructural, y la compactación del aparato estatal iniciada por el gobierno sandinista a fines de los 80, coinciden

con la reaparición de las pandillas juveniles en Managua. Las Pitufas, Los Pitufos, Los Mao Mao y Los Bariloche eran las más famosas. Algunos de sus miembros - ahora con más de 35 años- recuerdan aquellos primeros enfrentamientos entre pandillas como competencias en *break dance* y peleas con chacos y “cato a cato”, pero nunca con armas de fuego. También en otros países latinoamericanos brotaron pandillas con similares características. La mexicana Rossana Reguillo recuerda que *la mara, la banda, la clicca, el crew se convirtieron en alternativas de socialización y pertenencia, en espacios de contención del desencanto y el vaciamiento del sentido político. En estos espacios, fuertemente cifrados, codificados, en el sentido del honor, muchos jóvenes en América Latina encontraron respuestas a la incertidumbre creciente del orden neoliberal que anunciaba su rostro feroz en los 80.*

De acuerdo al antropólogo británico Dennis Rodgers, muchos de los miembros de esta nueva ola de pandillerismo fueron jóvenes de 16-18 años que habían sido desmovilizados o desalzados del Ejército Popular Sandinista o de las fuerzas de la Contrarrevolución. Las pandillas hacían gala de estrategias militares bien planificadas y de batallas ritualizadas, con un gradual ascenso en el uso de armas peligrosas. Las pandillas tenían una estructura bien definida y cierto dominio de tácticas militares. Todo estaba al servicio de ese naciente sectarismo semántico y normativo con base territorial que arrastraba la onda de las pandillas.

Los individuos entrevistados por Rodgers, convertidos en pandilleros durante los primeros años de la década de los 90, mencionaron la misma razón para formar parte de una pandilla: el cambio de régimen en 1990 condujo a una devaluación de su estatus social. Su reconocimiento anterior, como defensores de la revolución o como luchadores por la libertad, había sido alto en el seno de sus respectivos contextos sociales. Formar una pandilla se convirtió en una forma de reafirmarse a sí mismos en una sociedad que parecía olvidarse de ellos rápidamente. Fue también una forma de recapturar algo del dramatismo, aún atractivo y casi adictivo, de las experiencias de guerra cargadas de adrenalina, peligro y muerte, pero también de camaradería y solidaridad, que habían vivido como militares o guerrilleros.

Esta relación entre el fin de la guerra y los brotes de pandillerismo también fue detectada por el antropólogo guatemalteco Ricardo Falla: *Con la paz, sucede como con el auge de las nacionalidades, la estructura de enfrentamiento bipolar cede, y afloran las tensiones internas de los países. Después de las guerras quedó violencia en el ambiente, quedó un know how de manejo de armas y fabricación de armas caseras y quedaron grupos del crimen organizado, que aunque distintos de las maras juveniles, parece que las fortalecen directamente, utilizándolas, directa o indirectamente.*

Para Rodgers, las pandillas y sus prácticas violentas proporcionaban a las poblaciones de las vecindades pobres un sentido concreto de pertenencia del que carecían a nivel de ciudad o de nación, por la inseguridad crónica y ampliamente diseminada que predominaba entonces en Nicaragua. Rodgers encontró que, en el barrio de Managua, donde realizó su trabajo de campo, aparte de las iglesias evangélicas y de las pequeñas redes de amigos o de grupos que intermitentemente se juntaban, no existían formas de organización colectiva juvenil alternativas a la pandilla. Desde esa perspectiva, encontró que las pandillas podían ser vistas como un último reducto de colectividad social en un contexto de desconfianza generalizada y atomización social.

Defensores del barrio con un código de honor

Desde entonces, el robo era una actividad predilecta de las pandillas. Pero los pandilleros nunca destinaron esos ingresos ilícitos a la economía familiar. Siempre los gastaron rápidamente en cigarros, alcohol, pega de zapatos -una de las drogas más baratas y comunes- o marihuana, que solían ser parte del consumo de la pandilla. En 1999, investigadores de la Universidad Centroamericana (UCA) de Managua realizaron la segunda investigación sobre pandillas en el país. Uno de los hallazgos fue el sentido de cuerpo barrial que se construía con las distintas formas de militancia en la pandilla. En el “cuerpo” se incluía a los adultos como proveedores de armas, municiones, dinero, información y protección frente a la policía y los reclamos de las víctimas. Por eso se hablaba de pandillas de hasta 80 miembros.

Los pandilleros gozaban de una amplia aceptación dentro de los confines de su barrio. Eran los defensores del barrio. Las pandillas de los otros barrios, esos “ellos”, eran la amenaza. Las peleas entre pandilleros -la principal de sus actividades- tenían un objetivo grupal y una serie de beneficios individuales: la obtención de fama, respeto y poder. Los jóvenes controlaban el barrio, hacían valer su ley. Su rol de defensores y legisladores barriales operaba como un dispositivo elevador de estatus y de respeto. Las peleas satisfacían su hambre de imagen: su fama se expandía trascendiendo las fronteras barriales.

Para que la pandilla como institución funcionara existía un código de honor, una normativa tácita a la que todos se sometían. Uno de sus artículos medulares era la prohibición de robar en el barrio. El pandillero era un protector del barrio, y no podía poner en peligro a sus habitantes ni socavar el respeto que había edificado. No estafar a los compañeros de robo -hacer “bajín”, “írsele arriba”- era otro artículo básico del código. El criminalista estadounidense Edwin Sutherland encontró una norma idéntica entre los ladrones estadounidenses: *Engañar a los colegas, es decir, declarar menos de lo que se roba y quedarse con la diferencia, constituye el más horrible crimen que imaginarse pueda.* Entre los pandilleros del Reparto Schick, la delación -ser un “bombín”- constituía la peor de las faltas y era severamente penalizada.

Uno de los informantes de Sutherland describió así el papel del código y de la censura contra los delatores: *Existen pocas reglas morales establecidas entre los ladrones, pero sí un buen número de reglas tácitas... Es una ley admitida por todos que no debe haber delatores entre los ladrones. Los casos de delación son tan raros que apenas es necesario referirse a ellos... Si un ladrón hiciese una delación, los otros ladrones no se rebajarían a pagarle con la misma moneda. Disponen de métodos más eficaces: basta con extender la noticia de que es un soplón y se le acabó el oficio.* La delación pone en peligro la supervivencia del grupo. En la pandilla, cuyo sentido de la fidelidad al colectivo está en el núcleo de su razón de ser, la delación es el delito -la conducta desviada, si se quiere- más cruelmente castigado. Con violaciones colectivas y/o rasuradas al rape en el caso de las mujeres y con palizas o el asesinato en el caso de los hombres.

De lanzar piedras a fumar “piedras”

La evolución del perfil y funcionamiento de las pandillas nicaragüenses entre 1999 y 2005 ha sido notoria. Las motivaciones, procedimientos y énfasis en las actividades han cambiado. El mayor cambio -del que se desprenden otros- puede ser sintetizado diciendo que los pandilleros pasaron de lanzar piedras a fumar “piedras” -el crack-. Transitaron de los pies en la tierra, que fue la defensa del territorio, a la mente en el espacio por efecto de la droga. Esto no significa que anteriormente los pandilleros no se drogaran con “piedra”, marihuana, pegamento o cocaína. Pero sí expresa un cambio en el énfasis de sus actividades. El consumo y comercio de droga ha pasado a ocupar un lugar central, desplazando enteramente a la defensa del barrio o a las reyertas en territorio enemigo.

Los pandilleros más activos se muestran más renuentes a ofrecer información sobre sus actividades. Algunos ejercen de “muleros”, y todos conocen al detalle hasta el más inocuo expendio de drogas en un radio de un kilómetro y frecuentemente tienen información del tráfico en barrios muy alejados de su residencia. No sólo deben protegerse a sí mismos, sino a toda la compleja red en la que están insertos: los capos que los abastecen y colman de obsequios, los clientes que demandan sigilo, los vecinos que los encubren y los policías que les venden caro su silencio y colaboración.

La muerte ya no obsesiona. La piedra, la marihuana y la cocaína son la ruta de escape, el vínculo que cohesiona -hay mucho consumo colectivo- y la actividad que compromete y proporciona un estatus. Las nuevas ocupaciones como consumidores o facilitadores del comercio de drogas pueden ser, al menos en parte, efecto de la “universidad” de los pandilleros: *Si la calle es la escuela de la pandilla, la cárcel es la universidad*, asegura Falla. Algunos pandilleros que entrevisté durante una investigación llevada a cabo en 1999, se vincularon a lo largo de su estadía en la Cárcel Modelo de Managua a pequeñas bandas de comerciantes de droga. Pero esos vínculos son sólo un aspecto del cambio, una de las condiciones que lo hicieron posible. La condición de posibilidad estructural fue la

multiplicación del comercio de drogas en Nicaragua cuando los grandes carteles se vieron obligados buscar nuevas rutas que terminaron pasando por Centroamérica.

El creciente consumo de drogas requiere crecientes ingresos. Los pandilleros deben optar por drogas legales y más baratas -como las bebidas alcohólicas- para desprenderse del estigma de delincuentes -y sólo ser considerados como “pirucas” o cargar con ese estigma y tener siempre dinero disponible para la droga, obtenido por atracos y robos a mano armada. Una cosa lleva a la otra: la droga empuja hacia los robos. Los menos atrevidos se convierten en “roba ropa mojada”: entran a los patios de sus vecinos a robar la ropa que, recién lavada, cuelga de los tendederos. El pandillero ha dejado de ser un defensor del barrio para aparecer, ante todo, como un delincuente, un asaltante de patio y calle, o alguien que se mantiene en la calle y que se siente más identificado con el apelativo de “vago” que con el de pandillero.

Ya con otra identidad y ahora cada vez más jóvenes

Muchos jóvenes hablan de ser parte de un grupo, no siempre autoidentificado como pandilla. Pero es frecuente que para los grupos vecinos reserven la etiqueta de pandilla y continúen llamándolos por los nombres que tuvieron y que ya no usan. Debido a esta disolución de la identidad, los colectivos pandilleriles son bautizados con títulos menos honrosos, haciendo una vaga referencia a un rasgo de la zona que habitan o aludiendo a su principal actividad: “Los de la adoquinada”, “Los roba-patos”... Este declive de la identidad está ligado a la degradación del código.

El abandono de una considerable porción del código de honor, de esa ética aglutinadora, fue uno de los más palmarios síntomas del cambio operado en las pandillas nicaragüenses desde antes de 2002, ahora extremadamente visible. Por un lado, el relajamiento de su ética está asociada a la pérdida de cohesión interna de la pandilla, un fenómeno directamente relacionado con el comercio de

drogas. Por otra parte, esa laxitud significó que los pandilleros empezaron a robar en el barrio. Dejaron de ser percibidos como los defensores del barrio, en una acelerada erosión de su capital social. Los mismos efectos de la droga relajan cláusulas del código antes sagradas, como la de no robar a los vecinos. La vulnerabilidad de éstos expresa el deterioro del capital social de los pandilleros y del barrio. Rodgers encontró que en 2002 los pandilleros eran percibidos como una presencia intimidatoria y amenazante y que ya no estaban imbuidos del *ethos* de amor al barrio.

Otro cambio es el rango de edad de los pandilleros. Sus edades han ido descendiendo. Mientras en 1999 la norma era tener entre 18-25 años de edad, en 2006 la mayoría oscila entre los 15-18 años. Muchos de los cabecillas y miembros de mayor edad están en prisión. Acercarse a la mayoría de edad, y por tanto salir de la cobertura protectora del Código de la Niñez y Adolescencia, opera como un desincentivo de las actividades pandilleriles. Es como si ponderaran que al pasar a la mayoría de edad “la cosa va en serio”. Algunos de ellos derivan entonces hacia otras actividades. Ser “mulero” o poner un expendio de drogas es una forma muchas veces menos peligrosa y casi siempre menos visible de delinquir, además de ofrecer ventajas pecuniarias. Incluso es una forma en la que más fácilmente se pueden lograr arreglos con la Policía. Sin embargo, en 2006 aún encontramos que muchos pandilleros entrevistados en 1999 -que entonces se contaban entre los más veteranos y actualmente están bien entrados en los 30 años -continuaban una intermitente carrera pandilleril, apenas interrumpida por algunas estadías en prisión y ocasionales servicios en pequeñas bandas de adultos asaltantes.

Transformadas, dinámicas, irreductibles...

Las transformaciones principales que han experimentado las pandillas nicaragüenses son: descenso de la edad promedio, declive de los enfrentamientos, pérdida de interés en la defensa del barrio, relajamiento del código de honor, robos a los vecinos del barrio, erosión de la confianza de los vecinos hacia los

pandilleros, disolución de la identidad de pandillero, atomización de la pandilla, interés principal por el consumo y comercio de drogas al por menor.

Pese a que muchos de sus cabecillas y demás miembros han sido recluidos en las principales cárceles del país, las pandillas se muestran irreductibles y con una capacidad aparentemente ilimitada para reclutar nuevos militantes. La permanencia de la mayoría de los nombres de las pandillas, la diseminación de la leyenda de muchos de sus miembros y el reclutamiento persistente, aunque disminuido, reflejan su autonomía estructural.

La institucionalización de su dinamismo es perceptible en varios dispositivos identitarios. Algunos persisten con el mismo vigor, con los apodos del terror y de la segregación transmutada en emblema: Zapatito Junior, Zayayín, La Pantera, Gargolita, Culo de Tabla, El Gato, El Chicho Renco, La Carla Tuerta, Gallito, el Gordo Manuel, Anticristo, Tres Ojos, Tabo Chintano... Otros se han debilitado, como la construcción de identidades bien delimitadas y ferozmente reñidas: la identidad positiva del guerrero, el que “va sobre” o el “dañino”, opuesta a la identidad negativa de los “peluches”, “gilbertos” y “ponkys” es menos visible.

Esta oposición y supremacía de los “dañinos” sobre los “gilbertos” tenía sentido cuando -como observó el antropólogo Gonzalo Saraví entre jóvenes argentinos- *la demarcación entre unos y otros es la participación e involucramiento en la cultura de la calle. Así, los aislados son quienes no comparten las normas, valores y prácticas que caracterizan a la cultura juvenil dominante en el barrio. También llamados ‘giles’ por los integrados, viven en el mismo barrio, y van a la escuela o trabajan, no consumen drogas, no se involucran en actividades violentas y/o delictivas.*

Las drogas abonan las pandillas

Desde finales de los años 90 se registra una expansión del consumo y comercio de drogas en Nicaragua. De hecho, la expansión del narcotráfico es un problema cuya gravedad y potencial productor de caos fue identificado al menos desde

1994. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha identificado el consumo de drogas y el narcotráfico como dos de los mayores problemas que enfrentan las comunidades indígenas de la Costa Caribe de Nicaragua. En muchos lugares de esa vasta región se cultiva la marihuana y se fabrica el “crack” con la cocaína que les llega de Colombia.

El Ministerio de Gobernación estimó en 2002 un promedio de seis mil consumidores diarios de droga en Nicaragua. Una encuesta aplicada en 2001 por el Consejo Nacional de Lucha contra las Drogas encontró que entre los estudiantes varones de secundaria: 5.1% consumían “crack”, 10.5% fumaban marihuana y 5.7% inhalaban pegamento. Los costos para pequeñas dosis son moderados: 10 córdobas (casi medio dólar) la ración de piedra, 10 la de marihuana, 8 la de pegamento y 50 la de cocaína, para quienes consumen la más barata. Según el diagnóstico de seguridad ciudadana realizado por el Ministerio de Gobernación, *los delitos y problemas de drogas se están incrementando a nivel nacional, subiendo, entre 1997 y 2001 de 21.74 delitos a 23.47 delitos por cada 100 mil habitantes*. Los expendios de drogas han pasado de 857 en 1999 a 1,289 en 2002. En algunas ciudades, como Bluefields, los expendios de droga prosperan a vista y paciencia de la Policía Nacional.

En 2001, la Policía Nacional registró la existencia de 409 expendios de droga en los ocho distritos de la capital. El 28% de los expendios de Managua (115) están ubicados en el distrito V, donde se encuentra el Reparto Schick. Los expendios de droga de ese distrito alcanzan casi el rango de monopolio en la cocaína y la marihuana, al concentrar, respectivamente, el 66% y el 59% de los puestos de venta en la capital. El diagnóstico de seguridad ciudadana denunció que *el Distrito V rebasa con holgura al resto de distritos en número de expendios y asocia el boom de la droga en Nicaragua a la disponibilidad creciente debida a la condición de país de tránsito*. El llamado “efecto derrame” deja en el país parte de la droga para su comercialización y consumo local porque el crimen organizado paga a los traficantes locales con drogas. Según Falla, *con la globalización se aumenta el narcotráfico en todo el mundo y las pandillas de los Estados Unidos se*

multiplican al ser las 'retailers' de la droga". Algo semejante ocurre con las de Centroamérica: La droga es un fertilizante poderoso para el crecimiento de la mara.

“Marías Llenas de Gracia” viajan por toda Centroamérica

Las mujeres -llamadas “muleras” o “mulas”- son predilectas para el traslado de drogas. Los narcos las contratan porque son menos propensas a despertar sospechas en la policía, porque las patrullas o retenes no siempre disponen de mujeres policías que hagan una revisión minuciosa y porque las faldas camuflan mejor la mercancía clandestina. Nunca van solas, sino acompañadas de hombres que van distribuyendo coimas cuando ellas corren el riesgo de ser descubiertas. Esos escoltas vigilan cada movimiento y evitan que ellas hurten la mercancía.

Una vez, cuando era novata, me les quise ir arriba -me comenta Ángela, una mulera de larga experiencia- y me bajé en Honduras para vender ahí los paquetes de coca. Me agarraron y me enseñaron fotos de mujeres golpeadas y de niños partidos en pedacitos. ‘¿Vos creés que vas sola? Vos no vas sola’, me dijeron. Con esa advertencia tuve suficiente.

Las muleras recogen los paquetes en Costa Rica, Managua o Bluefields y los trasladan hasta Guatemala, envueltos en un papel de aluminio muy flexible que se acopla a las formas del cuerpo. Los paquetes se los adhieren generalmente a las piernas con cinta adhesiva. Una licra y tres faldas son de rigor para asegurar un discreto traslado. De esta forma se pueden trasladar varios kilos. Algunas logran transportar seis paquetes o más, y ganan 600 dólares por cada paquete. Otra modalidad de camuflaje consiste en ingerir la cocaína embutida en pequeños “dedos” u “óvulos” atados por un cordel. Son pequeñas ampollas del tamaño de un dedo de adulto. Los narcos pagan 20 dólares el traslado de cada “dedo” desde Nicaragua hasta Guatemala. Sus portadoras no deben comer ni beber durante todo el trayecto. Algunas muleras llegan a engullir más de 120 “dedos”. La misma historia de la colombiana “María, llena eres de gracia”, llevada al cine recientemente.

Durante sus viajes a Bluefields, muchas muleras traban contacto con capos de la zona dispuestos a venderles droga a un bajo precio. Y se animan a comprar algún kilo para su propio beneficio. Ese kilo, por el que pueden pagar alrededor de 400 dólares, lo colocan en Managua en los pequeños expendios o lo venden a los capos locales. Para los narcos, siempre resulta más rentable vender su droga en Estados Unidos: cuanto más al norte llegue, mejor será el precio. La mayor parte de lo que se comercializa en Nicaragua es la viruta del comercio de gran escala, las minúsculas limaduras de esa fricción que genera el gran flujo.

Conectada con la economía de la droga del barrio

La droga, su consumo y su comercio, ha operado como el más importante catalizador de las actividades pandilleriles en los últimos dos años. Las drogas llegan a más jóvenes que la pandilla, pero a veces la pandilla puede ser el lugar de iniciación a su consumo y el vínculo con su comercio. Con la introducción de la droga, las actividades violentas e ilícitas de algunos jóvenes evolucionaron. Rodgers encontró que en 2002 la pandilla estaba íntimamente conectada con la economía de la droga del barrio, participando en el comercio y consumo de cocaína, especialmente en su forma de “crack”, mejor conocida en Nicaragua y otros países como “piedra”. Rodgers afirma que la pandilla -como organización dominante en el manejo de instrumentos de la violencia en el barrio- se encontraba idealmente posicionada para proporcionar el tipo de regulación necesaria para el narcotráfico local, mientras el narco del barrio, en su calidad de anterior miembro de la pandilla, estaba conectado a la pandilla en forma adecuada para involucrarla en su negocio.

En su informe bianual de 2004-2005, el Centro Nicaragüense de Derechos Humanos (CENIDH) menciona que *algunos de estos jóvenes que integran las pandillas también se dedican a proteger y suministrar información a los expendedores de droga en los barrios, representando un enorme potencial para el crimen organizado.*

Pandilla-droga: una simbiosis que explican varias razones

La droga ha moldeado la finalidad -y también la frecuencia- de los robos. Antes la motivación del robo era principalmente tener una historia que contar o invertir en armas, drogas y dispositivos de identidad como tatuajes y ropa de marcas cotizadas. Ahora, la droga absorbe casi la totalidad de los ingresos lícitos e ilícitos. El número de expendios de droga está en proporción directa al vigor de la pandilla juvenil y al calibre y número de sus armamentos. La presencia pública ha cambiado, ha dejado de ser grupal. Si anteriormente el consumo permanente de drogas era incompatible con la principal actividad de los pandilleros -las peleas-, en la actualidad, la presencia en los espacios públicos como grupo es incompatible con uno de los objetivos, la venta de drogas.

En 2003, me contaba el joven Wilson Arce que las pandillas de tres barrios eran más fuertes debido al flujo de droga. En el barrio Augusto César Sandino, donde la pandilla estaba un poco más aletargada, sólo existían un vendedor ambulante, cuatro expendios de pega y tres de “piedra” y marihuana. En contraste, la zona bajo control de la muy temida pandilla de La Mora concentraba cinco expendios de pega y dieciocho de “piedra” y marihuana. Los mayores vínculos de esa pandilla con los expendios de droga hacen que su arsenal de pistolas y fusiles AK-47 fuera envidiado por otras pandillas. Era de común conocimiento que Los Salseros, Boleros y Cevicheros tenían AK-47, mientras otras pandillas, menos ligadas a la droga, sólo atacaban con pistolas, piedras y machetes.

La simbiosis pandilla/droga funciona a tal punto que a veces el quiebre de los expendios de droga coincide con la merma de una pandilla y sus actividades. De hecho, el declive de la pandilla del barrio Augusto César Sandino coincidió con el desmantelamiento policial, en el año 2000, de uno de los más fuertes expendios de droga que hubo en esa zona, regentado por ‘Pelo de Lluvia’. Uno de los pandilleros del barrio asegura que a su negocio *llegaban fresones y policías. Lo quebró la policía en el 2000. Pero lo quebró la central de Plaza del Sol, porque los de la delegación del Distrito V estaban trabajando con él.*

Las razones de la correlación pandillas/drogas son diversas. Las pandillas han incorporado la droga al abanico de sus actividades e incentivos ineluctables -donde hay más posibilidades de comprar droga, hay más estímulo para robar-. Los policías involucrados en los circuitos de la droga pueden estar facilitando armas a los pandilleros mejor insertos en los mismos circuitos -son quienes disponen de dinero para comprarlas-. Las pandillas pueden garantizar que la competencia no penetre en determinado nicho de mercado. Y las peleas de las pandillas pueden eventualmente servir de táctica diversionista para desviar la atención de los peces gordos de la droga y sus locales, o incluso justificar las consuetudinarias incursiones en el barrio de los policías involucrados en el tráfico de drogas. En definitiva, el comercio de drogas se beneficia de la presencia de pandillas y estimula, por diversas vías, su supervivencia.

La geografía del barrio y el prestigio de Los Capos

La geografía del barrio puede ser un factor atractivo que define si un capo lo toma como base de operaciones. La existencia de callejones sin salida en ciertos puntos y de vías de rápida evacuación hacia otras zonas, o de veredas erizadas de obstáculos para quienes no sean transeúntes habituales, sirven para burlar a la policía. Los pandilleros muestran cómo límites de terrenos con alambradas y pequeños cauces son muy apropiados para dar el “esquinazo” a los policías y resultan convenientes para emplazar expendios de droga. Dos factores geográficos que favorecen el flujo de la droga en ciertos puntos del Reparto Schick es su proximidad a los centros de diversión y la existencia de una enorme calle principal que permite pasar por el reparto y hacer transacciones sin verse obligado a penetrar en los meandros más ‘calientes’. En el Distrito V, a poca distancia del Reparto Schick, se encuentra una de las zonas de diversión más vigorosa: el Camino de Oriente. Y justo al lado de ese reparto está el residencial Las Colinas, barrio de clase alta, que aloja a muchos de los clientes “fresones”, habituales de los expendios de droga del Schick.

Los jóvenes -pandilleros o no- encuentran dificultades para asegurarse su consumo de drogas. En parte, porque el paso del consumo de marihuana al de “piedra” incrementa los costos, en parte porque la tasa de consumo se ha disparado, dado que las dificultades no económicas para obtener droga son menores y debido a que la “piedra” es más adictiva. Algunos son menores de edad y eso evita problemas con la ley. Hay “muleros” de diez años. Capos y adolescentes extraen beneficios de la vigencia del Código de la Niñez y la Adolescencia. El comercio y el consumo están reñidos. El vendedor nunca es un adicto irredento. No puede serlo porque sería de nula confianza para el capo: puede consumir su mercancía, llamar la atención y ser más vulnerable en las persecuciones policiales. Pero existen muchos servicios que un pandillero adicto puede prestar a cambio de la droga: trueque por bienes robados, protección, distracción de la policía...

El gran capo del Reparto Schick goza de un enorme prestigio. Tiene una flota de quince taxis y les suele regalar guaro y hacer fiestas a los pandilleros. Los taxis son una forma de reciclar el dinero “mal habido” e introducirse en los circuitos comerciales legales. Además de los taxis, tiene un camión y varias casas. Su posibilidad de operar depende de las relaciones, de las inversiones y de respetar cierto código. *Ese maje es bien tuanis con nosotros -dice “Caifanes”-. Por eso nadie lo bombea. Pagó 1,300 varas en música ranchera en el último bacanal. Es buena nota. Regala guaro y mujeres. Es un maje grueso. Abastece a todo el Distrito V. El expendio de la Tomasa lo quebraron el año pasado. Daba puro bicarbonato. Nos chavaleaba y por eso la bombeamos. Pero este maje es la ley.*

Este capo, el “Grueso” compra lealtades haciendo inversiones en los jóvenes. Posiblemente algunos de ellos se han beneficiado de empleo en la flota de taxis. Aquí entra en acción el *ethos* redistributivo: al “Grueso” no lo denuncian porque comparte. A la Tomasa la “bompearon” porque les daba gato por liebre. Los pandilleros introducen incluso expresiones exculpatorias sobre el “Grueso”: *Se metió en el negocio de los taxis para trabajar honradamente. Él quiere dejar la droga algún día y hacer algo legal con el dinero que está ganando.*

Policías: tienen una pésima imagen y son piezas del engranaje

En relación a la droga, la policía tiene una pésima imagen. “Caifanes” asegura que *la mayoría de los policías son drogos. La Cochona y la Araña tienen expendios y trabajan con la policía. Tienen sus bróderes ahí que les avisan si sale una orden de cateo. Cuando llegan, ya se han desaparecido o escondido las mercancías.* La impunidad en este micronivel es reflejo de la impunidad en el nivel macro, que también involucra al Poder Judicial. Año tras año aumentan los casos resueltos a favor de los procesados por narcotráfico, los peces gordos del negocio.

La visión de algunos es que el trabajo de la Policía -cuando no ha sido previamente abortado por los narcopolicías- se desvanece en los tribunales, compuestos por una red de magistrados de apelaciones y jueces que anulan procesos, absuelven, indultan, sobreseen o liberan bajo fianza a los acusados. En marzo de 2003 se investigaban 92 casos de corrupción vinculados al narcotráfico que involucraban a funcionarios judiciales. De entonces a acá, ¿cuántos más?

Los Jefes de sector de la Policía Nacional conocen al detalle la ubicación de todos los expendios y capos. Conocen sus casas, nombres, propiedades, rutinas, relaciones. Pero la red de narcopolicías hace imposible los cateos exitosos, salvo cuando los vendedores infringen alguna cláusula del código local. Todo depende, por tanto, de las redes sociales que el capo teja. Si el tejido es muy sólido, un Jefe de sector tendrá un fuerte desincentivo para montar un operativo de desmantelamiento del expendio porque se juega su futuro en el barrio. El enfoque hipócrita del Ministerio de Gobernación opera en dirección contraria a la lógica más elemental, pero en sintonía con la lógica del poder. Su estrategia consiste en que *los expendios son el factor principal a neutralizar, puesto que a partir de ahí empieza el proceso de corroimiento de la sociedad.* No quieren tocar a los verdaderos “gruesos”. Pero esa estrategia de las élites del Ministerio de Gobernación tropieza con la estrategia de supervivencia local y con las redes de pandilleros, policías, pequeños capos y demás habitantes del barrio.

A veces, la droga ha hecho que los “vagos” se conviertan en los más trabajadores. Por ejemplo, acarrean agua cuando falta agua en el barrio, y eso da lustre a su imagen. La comunidad sabe que, pagándoles por el acarreo de agua, financian el consumo de piedra y marihuana. Si de Bluefields se dice que de la bonanza de la droga depende la subsistencia de muchas familias, del Reparto Schick se puede asegurar que la droga ha hecho prosperar a muchas familias. La “universidad” del circuito de la droga ha multiplicado sus recintos. La droga es el gran catalizador de muchos procesos del barrio: movilidad social de algunos miembros, generación de excedentes destinados a otras inversiones, relaciones con la policía, beligerancia de la pandilla. En ausencia de actividades de la Secretaría de la Juventud y de otras instituciones estatales, a lo que se suman las limitadas soluciones que ofrecen en los documentos los programas de seguridad ciudadana -trabajo y recreación-, las redes ligadas a la droga y los robos seguirán prosperando. Y el Reparto Schick seguirá a la cabeza en existencia de expendios de droga. Los policías -por temor o por complicidad- serán un engranaje más en la maquinaria del narcotráfico.

El consumo refuerza el grupo y metamorfosea al consumidor

Aunque la pandilla esté más atomizada, para existir como tal requiere un mínimo de vida colectiva. El consumo es una de las actividades que más convoca al grupo. Los jóvenes se reúnen en casas abandonadas, predios vacíos, esquinas o en la casa de algún miembro del grupo cuyos padres están ausentes. Como todo consumo, el de la droga es un clasificador social. Los tipos de droga y los lugares distinguen al adicto de pedigri del vicioso pedestre. El consumo callejero de pega y “piedra” es para los “vagos” sin redención. La marihuana en la casa y el bar o la coca en el night club es para los más acomodados: *La coca me estimulaba -dice Adolfo García-, y a la vez me hacía sentirme muy superior a los piedreros. Me alegraba ser del nivel de los consumidores de coca.* Algunos hacen gala de sus dotes de catadores: *Me las lanzaba de catador. Probábamos el producto antes de comprarlo. Si el producto me entumecía al instante la lengua, entonces era*

bueno. También tiene que tener un penetrante olorcito a flor. Si se sentía amarguito, el producto era malo.

El consumo colectivo refuerza el sentido de grupo. La droga se comparte. Los “churros” de marihuana se pasan de boca en boca. Juntos se experimentan temerarias combinaciones: los “bañados” son “churros” de marihuana en los que se insertan algunas piedras. Su costo es mayor, y su efecto es muy apreciado. Las drogas son apreciadas por la metamorfosis que operan en la psique del consumidor. Dice Iván: *La marihuana te quiebra los ojos, te los pone chinitos y te los cierra. Te agarra la risona o te deja pensativo, quieto y deprimido. Hasta te puede dar la “muerte blanca”, que es cuando ves negro, se te nubla la vista, se te baja la presión, el sudor te sale helado y se te voltean los ojos y te quedan blancos. Por eso le decimos “muerte blanca”. Y hasta echás espuma por la boca y quedás como muerto. Con la piedra se te acaba la saliva. Se te traba la garganta y sentís que no podés tragar. Te dan pulsiones en la garganta cuando la tratás de humedecer con tu saliva. Todo te da vueltas y te da sulfura, sofoque, o sea que ya querés otra piedra y te vas a robar para conseguir dinero.* Las drogas son temidas ante todo por su efecto sobre el cuerpo: la piedra produce enflaquecimiento. Todos los piedreros consuetudinarios terminan cadavéricos.

Hermógenes prefiere la marihuana: *Yo casi sólo compraba marihuana. Desde entonces comencé a agarrar experiencia. Si te tiembla la mano y el paquetito es pequeño, se te cae. Hay que saber enrollarlo. Fumo solo, porque aquí la gente habla demasiado. Mi mama y mi papa no lo saben, pero todos los días me gasto en marihuana los 20 pesos que me dan. El guaro te quita los nervios, agarrás más valor, decís cosas que no te atrevés a decir cuando estás bueno y sano. Con el guaro podés gritar. La marihuana te relaja, te levantás pura vida, te hace pensar, te da hambre, te ponés embramado, te excitás rápido. Es buena cuando vas a buscar chavalas. Te da la risona, una risa incontenible, y agarrás al culito en vivo. La afincás. Estás alegre. Te sentís bien tuanis. La marihuana me ha hecho perder la timidez. Por eso me puse ese tatuaje tribal, que significa que te sentís poseído por la droga, que estás adentro de la droga.*

Productores barriales: cocinando piedras

Muchos de los jóvenes tarde o temprano -a veces tras un terrible deterioro- reconocen que, en ese viaje a Venus en un barco del consumo de drogas, *quieres flotar, pero lo único que haces es hundirte*, como cantó Mecano. Pero la droga no es sólo una forma de evasión, un opiáceo alienante. Es también un poderoso negocio. Su comercio es una de las actividades más lucrativas que puede ejercerse sin calificación profesional. Los vecinos del Ñato Zepeda aseguran que el famoso zar de la heroína en Nicaragua, capturado en Costa Rica, es analfabeto. Muchos pandilleros, desempleados y ajenos al sistema escolar, emplean sus días y sus noches en la producción y el comercio al por menor del crack.

Iván nos refiere cómo se prepara una cajeta de crack: *Una vez cociné piedra. Compré una onza de cocaína, la puse en un vaso de vidrio, le eché media taza de agua y la puse a cocer a fuego lento. Después le eché media cajita de bicarbonato y la dejé que creciera. Cuando sube, hay que bajarla del fuego rápidamente. Y hay que dejar que suba y apagar tres veces. La tercera vez se baja y se tapa. Queda como un aceite al que tenés que quitarle la espuma. Ese aceite es el baquetazo. Ahí se deja hasta que se enfríe. Tarda como media hora. Al enfriarse, queda la marqueta blanca.*

De acuerdo a varios expertos en el ramo, una marqueta contiene un mínimo de 80 piedras, cada una de las cuales puede ser vendida a 10 córdobas. Puesto que el costo de la marqueta es de 500 córdobas, la ganancia en muy breve tiempo es de 300 córdobas. Como productores de drogas, los pandilleros saben que en su círculo inmediato existe una demanda disponible y en expansión. No es previsible un cambio en este terreno. Mientras haya drogas en Nicaragua, los adolescentes continuarán involucrados en su consumo, comercio y producción. El efecto de estas actividades sobre el diseño y actividades de las pandillas puede tener orientaciones muy diversas. No es en el terreno de la droga que encontraremos oportunidades de ayudar a los jóvenes. Pero existen otras tendencias en las predilecciones pandilleriles que podrían abrir rutas más constructivas y benignas.

Hambre de transnacionalismo: la cosmética gótica

Otra de las vertientes que marcan lo que las pandillas son en la actualidad es su hambre de transnacionalismo, que tiene expresiones diversas. La onda gótica -tan presente en muchas ciudades europeas, estadounidenses y sudamericanas- ha entrado en la paleta con que los pandilleros del Reparto Schick se retocan, redibujan y redefinen. En ese proceso de hacerse a sí mismos y ser quienes quieren ser, trascendiendo los condicionamientos locales y cotidianos, los pandilleros se pintan las uñas, se perforan y colocan aritos en las orejas, usan pulseras y se visten de negro. La antigua cosmética es dotada de significación transnacional: las uñas pintadas, aritos y pulseras en dedos, orejas y brazos varoniles, pocos meses atrás podían ser interpretados como síntomas de homosexualidad. Ahora son un indicador de la conexión internacional de sus portadores. Forman parte de la cosmética que requiere la ritualización transnacional de la rebeldía.

Según Erikson, gran parte de la ‘demostración’ juvenil en público o en privado representa la dramatización de una búsqueda espontánea de nuevas formas de ritualización estilística o ideológica inventadas por y para la propia juventud. Desafiantes y burlonas, rara vez desenfrenadas y con frecuencia profundamente sinceras, esas nuevas ritualizaciones intentan contrarrestar -en ocasiones con una restauración romántica de canciones y vestimentas pasadas- la carencia de significado de las convenciones existentes en nuestro tiempo, la impersonalidad de la producción en masa, la vaguedad de los valores declarados y la intangibilidad de perspectivas para una existencia ya sea individualizada o auténticamente comunal.

Esas ritualizaciones son manifestaciones políticas. Y es que *las acciones de los jóvenes son siempre, en parte y por necesidad, reacciones a los estereotipos sostenidos frente a ellos por sus mayores. Esas rebeldías cristalizadas en cosmética son -sostiene Reguillo- profecías post-apocalípticas, que se realizan en esos cuerpos plagados de mensaje, que avanzan ominosamente sobre territorios reales y simbólicos, como testimonios vivos de la fragilidad del orden social que*

nos hemos dado. No son la única expresión de esa micropolítica rebelde y transnacional, sino la más visible. Existen otras expresiones que pocas veces emergen a la vista pública, como las canciones.

Cantando “la larga y difícil vida del vago”

Estamos demasiado habituados a pensar al pandillero como una especie de terrorista urbano. Concebimos al “vago” callejero como un joven que languidece en una esquina, domado por la resaca de la marihuana y el ron. Jamás se piensa en estos jóvenes como productores de arte. Nunca son presentados como creadores que buscan simultáneamente describir y juzgar las experiencias de su barrio. Existe una vasta producción musical cuyos autores son pandilleros. Los motivos más frecuentes de sus composiciones son el mundo de la droga, la vagancia, los riesgos que corren... todo aquello que muestra -como me dijo uno de los pandilleros cantautores- *la larga y difícil vida del vago*. Esto compuso Iván, 15 años:

*Ya piensas, loco,
lo que tienes en tu mente:
maldad, o envidia o ser rebelde.
Yo he crecido en el ambiente de mi barrio.
Donde pequeño aprendí la maña de mis hermanos.
Furia y maldad es lo que siempre ha crecido.
El lema de un demonio es sólo andar perdido.
El lema de la puta es que todos le caigan.
El lema de los cochones es que les den por las nalgas.
El lema de los perros es morder a la gente.
El lema de un pederero es andar de delincuente.
El lema de la mafia es matar al que busca.
El lema de la MS es Mara Salvatrucha.
El lema de los presos es estar encerrado.
y el lema de la marihuana es ponerte elevado.*

Las canciones también remiten a lo transnacional: los acordes son del género panameño “plena” y la letra hace alusión a las mafias que asesinan y a la Mara Salvatrucha, una leyenda centroamericana viviente, un referente internacional. El cantautor Iván repite lo que un amigo suyo le contó tras residir durante algunos meses en México: *La MS es una mara de El Salvador. Hay en México, en Guatemala, en Honduras y en Panamá, pero son más propios de El Salvador. Se montan en los trenes y asaltan a la gente. Hay dos tipos de maras: La MS, que es la misma mara 13, y la mara 18, que son los Batos Locos. MS no sólo quiere decir Mara Salvatrucha; también quiere decir Misión Satánica. Ellos no sólo consumen piedra y marihuana. También usan la tacha, que es cuando se inyectan la droga.*

Es una información que Iván ha obtenido de los que van a los Estados Unidos y son deportados desde México, donde permanecen un tiempo, en refugios y cárceles, absorbiendo rasgos pintorescos de otras culturas con los que luego adoban sus relatos de viaje. Los cantautores introducen en sus obras el conocimiento exótico recién adquirido, porque la referencia a lo transnacional da prestigio. Las canciones tienden el puente hacia lo transnacional mitificado, que expresa en grado superlativo lo que ellos experimentan. Lo transnacional es un espejo truculento, que refleja su propio barrio en dimensiones gigantescas. Las canciones también sirven para moralizar. Escribiendo y cantando, el pandillero toma distancia de sí mismo y se juzga. Se pone por encima de sí mismo, adopta un rol socialmente aplaudido. Pero sus canciones son anfibia: trotan en el terreno de lo socialmente permisible -por eso retoman el ritmo de “plena”, frecuente en la música religiosa evangélica- y nadan en las aguas de lo prohibido, porque la mayoría de sus composiciones emplean un lenguaje crudo -soez, dirían algunos- que les cierra las puertas de los templos.

¿Por qué no promover pandilleros-artistas?

Existen dos obsesiones compulsivas entre los pandilleros, y entre muchos jóvenes de los barrios marginales: la droga y la onda transnacional con expresiones artísticas. Ambas de muy distinto signo, aunque a veces demonizadas por igual.

La onda transnacional, con sus expresiones artísticas, pocas veces es retomada por los holgazanes garabateadores de políticas, que escapan de una hernia mental proponiendo las sempiternas panaceas: deporte y empleo. Ofrecerles a estos jóvenes oportunidades para que expresen, con cierto nivel de reconocimiento público y notoriedad, sus creaciones artísticas -canciones, graffitis, dibujos- sería una contribución contundente para transmutar la orientación violenta de sus energías, permitir que su justa inconformidad se escuche y abrirles espacios para la participación en una política hecha no a base de palos, puñaladas y morterazos, sino montada sobre argumentos, ilustrada con imágenes y agraciada por el ingenio.

¿Por qué los programas de participación ciudadana no contemplan la participación artística de los pandilleros, para satisfacer su hambre de imagen y protagonismo? Ésta sería una gran contribución. Y aún así, apenas sería un parche en una sociedad tan podrida como la nuestra, que tolera que los millonarios que evaden sus obligaciones tributarias pasen con indiferencia criminal junto a niños de cinco años que desafían la hostilidad del tráfico y sus caras agrias para ganarse el sustento diario.



**Del telescopio al microscopio
hablan tres pandilleros**

Del telescopio al microscopio: hablan tres pandilleros

Sólo un acercamiento humano puede ayudarnos a comprender las motivaciones, estrategias y callejones sin salida de los pandilleros. Abandonemos el telescopio sociológico, que aborda el problema con macro-explicaciones, y usemos el agudo lente del microscopio para acercarnos a tres historias personales. Para entender los mejores caminos para la rehabilitación de estos jóvenes.

[JOSÉ LUIS ROCHA](#)

Hace 30 años el célebre humorista Woody Allen vaticinó que en un futuro próximo la violación y el secuestro serían formas predominantes de las relaciones humanas. No había que esperar al futuro para reconocer el protagonismo de la violencia en el establecimiento, modulación y cultivo de esas relaciones. La historia de la humanidad ha estado marcada por la violencia como medio de enviar mensajes, mecanismo de dominación y dispositivo regulador de la masa poblacional. Quizás el cineasta neoyorkino sólo se refería a que la violación y el secuestro estaban sustituyendo a las guerras, que a su vez habían suplantado o complementado los sacrificios humanos rituales.

Antes de la escuela francesa de los anales de historia, la ciencia de la historia era, ante todo, una secuencia de episodios -las más de las veces violentos-

protagonizados por grandes hombres y por potencias imperiales. Una nueva visión de la historia no disuelve la conclusión del antropólogo británico Keith Hart: las mayores concentraciones de dinero en la historia de la humanidad han sido destinadas al subsidio de la comida y de los armamentos de los “abusones” del planeta. Ellos se han hecho con el poder y las riquezas mediante el ejercicio de la violencia. Hoy, la ideología de la “seguridad ciudadana”, que pretende una sociedad impoluta de violencia, nos hace perder de vista la tónica predominante en la historia humana, porque presenta ciertos actos de violencia como acontecimientos excepcionales que no tienen cabida en el Estado de derecho. El anatema como única reacción presuntamente civilizada ante estos actos criminales renuncia a desentrañar la polisemia de la violencia criminal, que expresa, entre otras cosas, el malestar social y, como sostiene la investigadora mexicana Roxana Reguillo, *el rostro más extremo del agotamiento de un modelo legal*.

La violencia de cachorros y paladines

La violencia juvenil en Nicaragua también debe ser interpretada en una perspectiva de largo plazo y fuera de los cánones exegeticos de la “seguridad ciudadana”. Desde esa óptica cabe recordar que no es un hecho nuevo ni está en su momento pico. Cientos de miles de jóvenes participaron en la guerra que en los años 70 derrocó la dictadura somocista. En la siguiente década, el ejército sandinista llegó a contar con 134 mil efectivos, la mayoría jóvenes de entre 16 y 25 años, precisamente el rango de edad que proporcionalmente participa más en la violencia delincuencia.

El bando opuesto sumó 16 mil. Unos y otros recibían la bendición de distintos Estados. La retórica revolucionaria acuñó la expresión “los cachorros de Sandino” para que los jóvenes que prestaban su servicio militar recibieran una distinción social acorde con la mitología de la época. Los del bando opuesto fueron bautizados como “paladines de la libertad” por Ronald Reagan, en un intento no menos contundente de marketing político que los equiparaba a los próceres fundadores

de los Estados Unidos. Esos 150,400 hombres en armas, jóvenes en su mayoría, son 18 veces el total de integrantes de las pandillas juveniles en su momento de apogeo en Nicaragua, a finales de la década de los 90.

De las guerrillas a las pandillas

¿Cuáles son las diferencias en la violencia juvenil, que la hacen hoy más visible, crecientemente amenazadora y menos susceptible de ser digerida y ensalzada por los estómagos y voces hegemónicas? Hay tres diferencias fundamentales: la violencia juvenil está desideologizada, trocó sus escenarios rurales por escenarios urbanos donde es más visible y susceptible de alarmar a las clases media y alta, y no está organizada por instituciones poderosas.

El malestar social que antes se manifestaba en forma de guerrillas, aparece ahora en forma de pandillas, que carecen de la bendición de los Estados y organismos poderosos, y que carecen de ideología, o que participan de la ideología hedonista dominante. Antes el mal estaba encarnado en un dictador o en un “otro” de etiqueta muy visible -somocistas, contras, sandinistas- y el bien lo representaba una ideología de “libertad”, “revolución” o “socialismo”. Ahora el mal es más invisible, porque es la mano invisible del mercado. Porque es más sistémico.

Por eso antes hubo guerrillas y ahora hay pandillas, y también sectas fundamentalistas que luchan contra un mal omnipresente, formas desideologizadas de manifestar la incertidumbre y el malestar social. Ese malestar se expresa en distintas rupturas del contrato social. Los pandilleros son jóvenes que no suscriben el gran contrato social nacional o internacional. Inventan su propio contrato social. No son los únicos que rompen el contrato social, pero sí quienes lo hacen de manera más beligerante y explícita, con excepción de las grandes pandillas políticas de Arnoldo Alemán y Daniel Ortega, que re-diseñan el contrato social a su gusto y a ojos y paciencia públicas.

Tres historias “al microscopio”

Muchas son las macro-explicaciones de la onda pandilleril, que alcanza dimensiones epidémicas en Los Ángeles, París, Barcelona, Medellín, Bogotá, Lima, Tegucigalpa, San Pedro Sula, San Salvador, Guatemala, Estelí y Managua, para mencionar sólo algunas ciudades. Pero esos grandes agregados explicativos se componen de micro-vivencias que a menudo escapan al presuntamente omnisciente ojo sociológico.

Para ver, tocar y comprender más la experiencia de los jóvenes miembros de las pandillas es preciso acercarse a las historias personales. Como decía uno de los entrevistados, a *la larga y dura vida del vago*. Para facilitar ese acercamiento sintetizo aquí tres encuentros que me impactaron. No son casos promedio, si es que los hay. Pero sus historias condensan vivencias recurrentes en los jóvenes pandilleros. Son las historias de Walter, Ernesto y Camilo. Walter y Ernesto expresan dos momentos muy distintos de las pandillas nicaragüenses: 1999 y 2006. Camilo muestra el éxito de un modelo de tratamiento de la violencia juvenil.

Habla el negro Walter

Walter tenía 23 años cuando lo entrevisté en 1999. Cuatro años antes era un miembro destacado de la pandilla Los Comemueños, ubicada en la segunda etapa del Reparto Schick de Managua y llamada así porque sus miembros solían desenterrar muertos frescos para robarles las joyas, rociarles gasolina y prenderles fuego. Muy prieto, musculoso, de estatura mediana y rostro surcado por varias cicatrices, Walter es uno de los seres humanos más amables que he conocido. Platicamos largamente en la sede que la Fundación El Patriarca tenía frente al mercado Roberto Huembes.

Me conocen como el Negro Walter. Tengo traído a muerte con el Cejas. El traído surge cuando otros entran en el barrio a atacar, nosotros defendemos el territorio y así hay muertos. Así mataron al Yonki. Era Canchero. Él sólo entró

donde Los Comemuertos, intimidando con su pistola, dándoselas del tuani. Y ahí nomás se lo palmaron. Sólo al que le hiede la vida hace eso. Yo estuve en la cárcel Modelo tres años. Me metieron por haber apuñaleado a dos de Los Cancheros: el Munra y el Zanate. Al Zanate lo dejé seis meses cagando en bolsa (con colostomía). Participé en otros tres asesinatos. Un homicidio y dos asesinatos atroces. Drogado robaba, drogado me sentía el master. Si oponían resistencia, les pegaba una puñalada. Sin ningún remordimiento. Ahora sí me arrepiento. Porque ahora estoy sin droga.

Desde los ocho años estoy con la marihuana, la pega y el floripón. Desde chatel me gustaba joder, lesionar a la gente. Me gustaba provocar temor. Si veían que yo apuñaleaba a tres o cuatro hijueputas en la calle, ya me respetaban y hacían lo que les decía. No tengo familia. Desde los tres años me dejaron botado en un basurero. A la señora que me crió le digo tía. Ella vive sin marido. Tiene cuatro hijos: tres varones y una mujer. Ella trabajaba planchando y lavando. Desde los ocho años me fui de la casa. Me mantenía robando en el mercado Huembes. Ahí dormía en la Cotrán, donde salen los buses. A las 5 de la mañana era la mejor hora para robar. Estaba oscuro y llegaban los primeros pasajeros. Todos los días daba mi buena rebuscada. A los doce años volví a la casa. Pero salía todas las mañanas, bien de madrugada, a robar. En un día arañaba cinco o seis cadenas, cuatro relojes. Antes era más fácil. Había menos policías y no te mataban por un pinche robo.

Yo creo que me hice pandillero y drogo por no conocer a mis padres verdaderos. Mis hermanos de adopción me contaron que a mí me recogieron de un basurero, donde me abandonó mi mamá. Eso siempre me ha hecho muy triste. Por eso me he querido hasta matar. Antes me ponía sólo a estar llorando. La pandilla era mi familia. He tenido novia. Por cinco años. Yo viví en su casa y la mantenía a punta de robo. Ella me decía que me alejara de esa vida: el robo, la droga, las pandillas. La mamá de ella, como veía que todo lo que yo robaba se los daba, me fue tomando cariño. Pero a veces se enojaban, porque debido a los traídos entre pandillas llegaron hasta a rafaguear su casa. Esa novia se volvió drogadicta. Hay

su problema dejando las pandillas. Te vulgarean. Te dicen que te las tirás de chavalo ponqui, o sea un plástico que se viste de cholo, con gorra original. Te dicen: Ajá, saliste acalambrado de la Modelo.

La larga sombra del pasado pandillero

A Walter le fue permitido conmutar sus dos últimos años de prisión por rehabilitación en la Fundación El Patriarca. Ahí intentó acuchillar a otro de los internos. La rabia seguía presente. Terminó fugándose de la granja donde lo habían destinado como etapa culminante de su rehabilitación. No comulgaba con gobierno alguno. La guerra, la droga y el hambre fueron las plagas que trajeron, respectivamente, los gobiernos sandinista, chamorrista y alemanista.

Su pandilla, Los Comemueertos, tomó su nombre de una actividad y del sitio más destacado en su barrio: el cementerio. Lo mismo hicieron Los Billareros, Los Cancheros, Los Colchoneros, Los Bloqueros, Los Aceiteros, Los Rampleros y Los Puenteros. Un billar, una cancha, los colchones en venta, una bloquera, una aceitera, una rampla y un puente, como sitios distintivos del barrio, inspiraron nombres de grupos destinados a producir identidad sobre una base territorial. Por eso la mayor ofensa era la incursión de los enemigos en el propio territorio y el mayor deber era la defensa del mismo. Empuñando cuchillos y lanzando piedras se ganaron un respeto que les era negado. Se sentían los ‘masters’. Los apodos funcionaban y funcionan como nombre de guerra: el Negro Walter, como el Gordo Manuel, Chayane y Pulmón de Gato, se hicieron famosos por sus hazañas guerreras. Algunos pandilleros de la primera generación habían hecho su servicio militar en los años 80 y encontraron en la pandilla un espacio donde recuperar el protagonismo, el dramatismo cargado de adrenalina y la camaradería que gozaron cuando eran reconocidos como “los cachorros de Sandino”.

Walter es de la siguiente generación. Para él y sus coetáneos, la pandilla era un sustituto de la familia y un medio para ganar respeto y poder. Controlaban la calle. Ordenaban el caos social mediante un código de conducta. Era difícil salir

porque sus compañeros de aventuras los acusaban de acalambrados (cobardes) y porque los traidos (enemistades a muerte) seguían pendientes. Su pasado los perseguía como una larga sombra. Su expediente estaba grabado en la memoria de la comunidad y de sus rivales. Una vez fuera del grupo, perdían su protección y se hacían sospechosos de ser cobardes o traidores. Los demonios personales echaban mano de esos condicionantes sociales para mantenerlos en una cárcel cultural cuyos barrotes habían forjado y ciertas instituciones sociales reforzaban. La cárcel funcionaba como un ámbito de profesionalización -si la calle es la escuela, la cárcel es la universidad- y la difusión de las hazañas en los medios de comunicación funcionaba como un incentivo por la fama que les ayudaba a alcanzar y la etiqueta que remachaba la carrera criminal.

Habla Ernesto: “Metido en vivo en la droga”

La experiencia de Ernesto a inicios del nuevo milenio tiene semejanzas, pero está marcada por la anarquía que caracteriza a muchas de las pandillas nicas en 2006. Ernesto tiene 19 años. Lleva tatuajes de los *Guns and Roses*, una calavera y el diablo. Se los hizo en Costa Rica cuando fue allá para jugar fútbol y se quedó trabajando de lavandero. Lavó pantalones hasta que lo denunciaron y expulsaron por ilegal. Es parco de palabras, “piedrero” irredento y muy temido en sus momentos de rabia. Antes de que nos presentaran, me siguió por la calle, acechando la oportunidad de robarme.

“Tenía seis años cuando mataron a mi papá” me dijo ya avanzada la plática. Y siguió: *Se pasó al lado de Colombia y ahí lo mataron. Tengo problemas con mi familia. Con mi mamá. Por eso duermo en la calle, sobre un colchón junto a la casa de mi abuela. No fui a la escuela. Desde pequeño he sido vago. Anduve con Los Billareros desde los 14 años y ahora estoy con Los Puenteros. Ya no hay peleas. Hace cuatro años sí. Peleábamos con piedras, pistolas hechizas y morteros contra los de La Pradera, Los Búfalos y Los Comemuertos. Ésos eran los tiempos en que el Chuky sólo vivía rajando cabezas. Yo apuñalé a uno, y des-*

pués los de La Cancha lo dejaron inválido de un cohetazo. Entonces fue que me rajaron las cejas. He estado trece veces preso. Mi abuela me denunció por andar robando ropa de la casa. Mi abuela sólo vive diciendo ¡la sangre de Cristo!. Ya en la estación los policías siempre me pegan con sus amansalocos. Es que yo no me dejo agarrar así nomás. Los golpeo y les pego pedradas. Pero siempre digo que tengo 17 ó 16 años para que me suelten rápido. A veces ni eso sirve.

Me tuvieron detenido hasta cuatro meses sin juicio. Estoy metido en vivo en la piedra, y también le hago a la marihuana y el bañado. De chatel le hice a la pega. Eso fue antes de trabajar en los buses, como cobrador de las rutas 19, 9 y 8. Voy a conseguir piedras a los expendios del Vanegas. Aquí no llegan los muleros. La gente va allá a conseguir la droga. El churro vale 10 pesos. La charra (piedra) también. El medio de coca vale 50 pesos si es coca balurde (de la peor calidad). Hay una banda de colombianos que vende la coca. Algunos piedreros les ayudan. Ellos son los que mandan. Y si los denuncian, se los pilean. He estado en varios centros de rehabilitación. No me gustan. Uno de esos centros me puso a vender verduras en el malecón, como si fuera su esclavo. Me les escapé y me traje su teléfono.

Sin “código de honor” y más jóvenes

Ernesto no respeta las cláusulas tácitas del código ético. El código parece estar degradado: roba a la familia, roba en el barrio y roba a quienes intentan ayudarlo. La droga se ha convertido en un condimento esencial en su vida. Lo es para muchos jóvenes de su generación. Producción, comercio y consumo de droga son actividades muy comunes en su barrio. Y dinamizan su economía, lo mismo que las remesas. El antropólogo británico Dennis Rodgers encontró que remesas, taxis y drogas constituían los principales ejes de acumulación en el barrio de Managua donde realizó su estudio sobre las pandillas.

La droga es el gran catalizador de la actividad de las pandillas. Los tatuajes también han cobrado mayor relevancia. Igual que los nombres grupales y los

apodos, generan identidad y hacen alusión a la historia personal y comunitaria. Los tatuajes hacen del estigma un emblema: provocan y llevan a su extremo la segregación previamente existente. Y también, como el gusto por lo gótico, reflejan un apetito por lo transnacional. Los tatuajes y lo gótico son una onda 'glocal': son artefactos culturales de la globalidad, recreados y dotados de nuevos sentidos, en la localidad.

El Negro Walter y Ernesto son continuadores de una tradición cuyo punto inicial desconocemos. Walter asegura que "no es cierto que las pandillas empiezan en el 90. En el 86, en el Schick había multitud de pandillas: Los Barilochi, Los Pitufos, la banda de Los Dragones, Los Brujos. Yo estuve ahí, en Los Brujos". Pero entre Los Brujos que peleaban 'cato a cato' (a puñetazos) y Los Comemueños, que llegaron a usar morteros, machetes e incluso fusiles AK-47, hay mucho trecho.

También entre 1997 y 2006 hay muchos cambios. Las transformaciones principales son: descenso de la edad promedio de los pandilleros, declive de los enfrentamientos, pérdida de interés en la defensa del barrio, relajamiento del código de honor, robos a los vecinos del barrio, erosión de la confianza del vecindario en los pandilleros, disolución de la identidad de pandillero, atomización de la pandilla e interés principal por el consumo y comercio de drogas al por menor. Antes las piedras de las peleas eran para ganarse el respeto y reorganizar al caos social, ahora se ocupan de otras "piedras": compuestos de cocaína y bicarbonato de sodio, que les sirven para ganarse la vida y evadir el caos. Persiste la rabia, los traídos y la dificultad para abandonar la violencia como un medio para enviar mensajes.

La violencia: un medio para enviar mensajes

El muy iconoclasta historiador estadounidense Howard Zinn, en su último libro -*A power governments cannot suppress*- tiene un sugerente capítulo titulado *Matar gente para "enviar un mensaje"* que inicia afirmando que Timothy McVeigh -el joven que voló el edificio federal en Oklahoma- y el gobierno de los Estados

Unidos- que lo ejecutó por ese acto- tienen algo en común. Ambos creen que matar personas es una forma de enviar un mensaje. Timothy McVeigh cometió su acto fuera de la ley, y por eso fue llamado terrorista. El gobierno estadounidense lo ejecutó aplicando una ley que autoriza la pena de muerte como castigo.

La violencia está incrustada en la cultura. Max Weber suscribió el enunciado de Trotsky: *Todo Estado se funda en la violencia... El concepto de 'Estado' desaparecería si no hubiera nada más que formaciones sociales que ignoraran el recurso de la violencia*. Las instituciones estatales y los ciudadanos recurren continuamente a la violencia. La defensa de la propiedad privada proporciona licencia para mantener a guardas de seguridad privada.

La venta de seguridad ciudadana, por parte de compañías privadas, es enteramente legítima y se ha convertido en una de las industrias de más acelerado crecimiento en Nicaragua. Si a los más de 10 mil guardas privados empleados por las más boyantes empresas de seguridad les sumamos a los vigilantes que trabajan por cuenta propia -la seguridad que se vende en el mercado informal-, sin duda tendremos que la venta de seguridad absorbe tanta o más mano de obra que las empresas maquiladoras, y ello sin tanta propaganda gubernamental. Huelga tal propaganda cuando la nota roja de los medios de comunicación televisados es un continuo acicate del terror en el que Servipro, Ultranic y tantas otras empresas de seguridad privada fundan su prosperidad.

Complementando esta tendencia cultural, hay compañías que venden entrenamiento militar y simulacros de competencias bélicas que reciclan en alegres parques de diversiones, una actividad que ya funciona en Nicaragua y que presenta como juego lo que ha sido la tragedia de países, familias e individuos. El suplemento "Aquí entre nos" del diario "La Prensa" -que se lamenta a diario de la actual "pérdida de valores"- en su edición del 20 de abril de 2007, publicaba, con despliegue de fotografías, la competencia bélica entre colegios "de clase": Notre Dame, Mont Berkeley, Saint Dominic, Anglo-Americano, Pierre y Marie Curie. La contienda tuvo lugar en el campo de entrenamiento de La Jungla Paintball Xtremo.

Los participantes eran acicateados con frases como: *¡Clase de instinto asesino, chavalo!* El reportero concluía: *La adrenalina estuvo al cien. Todos los participantes querían ganar el primer lugar a cualquier precio.*

Una experiencia interesante: el CEPREV

Bajo la tesis de que la violencia hunde sus raíces en la cultura, el Centro de Prevención de la Violencia (CEPREV) ha emprendido una encomiable labor de pacificación de los jóvenes miembros de las pandillas. El CEPREV es la única instancia, además de la Policía Nacional de Nicaragua, que reconvierte al grupo y no a los individuos, sin descuidar la atención personalizada. El trabajo exclusivo con individuos permite que la pandilla se perpetúe reclutando nuevos miembros. Se debe trabajar con el grupo.

En buena medida, ése es el enfoque del CEPREV, una ONG con ocho años de experiencia en rehabilitación de pandilleros, a lo largo de los cuales sus promotoras han trabajado en 22 barrios. Su método consiste en charlas en los colegios -dirigidas a maestros, padres de familia y alumnos-, atención psicológica, visitas y talleres en los barrios, visitas a las familias en sus domicilios, y capacitación en talleres sobre autoestima y conocimiento de sí mismo, donde se profundiza en el origen de la rabia de los jóvenes, en el porqué del uso de drogas y armas, y se les sensibiliza sobre las consecuencias de la violencia.

Tras una investigación sobre los organismos de la sociedad civil que trabajan con jóvenes involucrados en violencia juvenil, la antropóloga Wendy Bellanger concluyó que *la clave para disminuir la violencia ejercida por la juventud en pandillas podría estar en programas como el del CEPREV, que atacan la cultura de la violencia sin enfrascarse en el tema específico de abandonar la pandilla*. Sin sacar a los pandilleros de su ambiente y sin pretender desintegrar a la pandilla, mediante visitas de las psicólogas a los pandilleros y a sus familiares y vecinos, el CEPREV trabaja sobre la autoestima de los pandilleros. Uno de sus principales recursos consiste en transformar a los pandilleros en “líderes de paz”, lo cual,

además de invertir -cambiar de signo- la consigna aglutinadora, les mantiene la autoestima y los convierte en agentes de su propia rehabilitación.

Este protagonismo es justamente presentado como uno de los factores clave de su éxito. Debido a la camaradería que existe con las sicólogas y demás miembros del equipo -el total del personal es de seis miembros-, los jóvenes sienten que han entrado a lo socialmente aceptable en una situación de respeto y de aprendizaje constante en relación a cómo manejarse en el ámbito organizacional y social que los rodea. En otras palabras, al tiempo que aprenden de machismo, violencia y prejuicios, los jóvenes aprenden las maneras, jerga y valores que les posibilitarán un desempeño fluido en la atmósfera organizacional.

Machismo y autoritarismo: cuna de violencia

Los talleres del CEPREV suelen trascender lo meramente informativo y apuntar hacia un tratamiento de temas psicológicos -relaciones humanas, maternidad, paternidad, género y machismo-, y son complementados con una frecuente presencia en los barrios. Buscan aportar a un crecimiento emocional de las personas. Procuran que los jóvenes descubran sus propias formas de expresión no violentas. Y se llevan a cabo en grupos que mezclan a jóvenes pandilleros con otros habitantes del barrio. Este espacio mixto también contribuye a que se gestione aceptación social de una forma muy tangible para los pandilleros.

El CEPREV también realiza talleres con periodistas, maestros y policías, a fin de cambiar el trato hacia los pandilleros. El trabajo sensibilizador con los periodistas es clave para incidir sobre la percepción pública de las pandillas y la violencia juvenil. En sus ocho años de existencia, el CEPREV ha trabajado con 15 mil jóvenes y 30 mil personas de forma indirecta en 21 barrios del Distrito V, Tipitapa y Ciudad Sandino. Desafortunadamente, las limitaciones financieras del CEPREV no han permitido extender su labor.

Los promotores de este organismo sostienen que las causas de la violencia juvenil son culturales: el machismo y el autoritarismo. Conforme a un enfoque psicogénico, identifican *en primer lugar la desintegración familiar, porque es parte de un problema cultural. Estamos criados en ese ambiente de familia autoritaria, aunque por lo general en la familia de los pandilleros no está el padre. Si está, es el que ejerce el mayor poder.* Entonces ocurre que el joven *no tiene aceptación en la casa y se va a la calle, a un grupo donde es aceptado, donde no es discriminado. Y ahí se siente realizado negativamente, porque ahí es donde desahoga todo de una forma muy negativa con la droga, la violencia. Ahí desahoga todo su enojo.* Por eso, concluyen que la violencia es *un problema cultural, de roles que se nos imponen por nuestra cultura.*

Algunos vínculos que faltan y que iluminan

Aun cuando los promotores asocian el problema micro-sicológico con el macro-social *-Está el mal ejemplo de los políticos: Ellos nos dicen: Allá arriba roban; entonces nosotros vamos a robar. Si el Presidente y los diputados roban, ¿por qué yo no puedo?-* no dan el salto a la abstracción que implica hablar del sistema y de su deslegitimación. Todo se explica psicogénicamente, como fruto de un aprendizaje de roles: del ladrón, del violento. Y así las pandillas se presentan como un fenómeno arrancado de su contexto socioeconómico que aparece en determinado momento y va creciendo: *Empezó con el break dance, con los Cachorros de Sandino, los tatuajes, la música. Desde entonces se empezaron a organizar en las esquinas.*

El enfoque psicogénico proporciona herramientas muy útiles para poner en práctica una atención individual y grupal efectiva. Pero también es necesario hacer el vínculo histórico y socioeconómico para no dejar por fuera elementos que podrían iluminar, enriquecer y aterrizar en el tiempo y en el espacio su tratamiento. Por ejemplo, extendiendo su interesante marco teórico al plano social y a la evolución histórica, podrían preguntarse por qué aparece en determinado momento el rol de pandillero como forma de violencia juvenil, cuáles son sus inter-

cambios con otros roles en la sociedad nicaragüense, cuáles son las diferencias y similitudes entre las pandillas de fines de los 90 y las de los años 70 y los 80, qué efecto tienen las organizaciones eclesásticas en la modulación de roles, qué impacto sobre la pandilla tiene su oferta de espacios de vida colectiva que complementan o sustituyen a la familia, qué impacto indirecto tiene en la violencia juvenil el trabajo de los organismos no gubernamentales que no se proponen ese tema, pero que por su tendido de promotores locales propician la participación ciudadana en la micro-política local.

Una mayor reflexión sobre estos temas tendría el efecto de hacer más conscientes a los promotores del CEPREV de qué flancos están siendo afectados por su intervención aún sin proponérselo de manera explícita y hacerles conscientes de todo el potencial que su trabajo tiene incluso por vías que no están contempladas en su estrategia. Todo ello no resta un ápice del invaluable mérito de estar en el terreno y entrar en las vidas “largas y duras” de tantos jóvenes a los que han beneficiado y convertido a una cultura no violenta.

Habla Camilo Arce, “el Piruca”

Un ejemplo notable del éxito de las intervenciones exitosas del CEPREV es la historia de Camilo Arce, alias el Piruca, quien tenía 20 años al momento de la entrevista y es uno de los jóvenes a quienes más debo en mis exploraciones sobre las pandillas. Compartió su vida, sus amigos y su tiempo para hacer numerosas visitas y me ofreció protección.

Camilo provenía de una familia donde tanto la madre como el padrastro tenían problemas de alcoholismo. Después de rebotar en casas de su padre y tías, Camilo terminó en una minúscula casita del Reparto Schick, con su madre, su padrastro y su hermanita menor. Su rabia tuvo expresiones muy tempranas: *Antes que me metiera a la pandilla, yo tenía símbolo de rebelde por la forma como me trataba mi familia. Entonces yo venía y buscaba cómo desahogarme con lo que me hacían a mí. Quería desquitarme con otras personas. Entonces no dilata-*

ba en la escuela porque a veces las profesoras me querían agredir como en mi casa. Me decían: ¡Camilo, callate! O con una regla nos amenazaban. Eso a mí no me gustaba y yo las agredía con patadas y no dilataba mucho en las escuelas. Ya tengo siete años de no estudiar.

“Por mi hermanita cambié”

Yo comencé a andar en las cosas malas a la edad de trece años. Pero comencé a organizarme con las pandillas ya en vivo a los catorce años. Me metí porque me gustaba que los chavalos decían: Oye, ¡el Piruca es sobre, no se acalambra! Porque me decían el Piruca (bebedor) como sinónimo de cariño. Todos nos encajábamos mal apodos. Lo que me gustaba a mí era que decían los majes: Ese chavalito es sobre, no lo dejen morir, que le hace huevo y la mangonea. Ya los majes me alababan como un símbolo. Me tenían como un trofeo en la pandilla: Este chavalito es sobre, este majo no se acalambra. Me sentía alegre cuando los majes me decían así. Cuando más me decían así, más me metía más adentro. Entonces yo me sentía como un símbolo y un escudo para ellos.

Después armé una pandilla que le decían Los Soyereros con otros bróderes, y era grande. Después salió la pandilla que le decían La Pradera, que se hizo famosa por un muerto que hubo. Después salieron Los Gasparines, que eran los menores, y después la pandilla se formó de cuatro miembros con Los Mataperros. En mi pandilla todos quedamos invictos. Invictos significa que no hubo muertos, sólo lesionados. La lucha de las pandillas fue terrible porque hasta a los policías no los respetábamos. Los agarrábamos con lo que teníamos: botellas, lo que sea. Si nos agarraban a balazos, nosotros nos metíamos a una pista que había ahí. Un día me agarraron y me pegaron una patada en el pecho y me caí desde arriba de un muro. Después me levantaron del pelo porque yo tenía el pelo largo. Me agarraron del pantalón y me tiraron a la patrulla y me iban golpeando. Pasé una semana tirando sangre por la boca. Me estaba muriendo y la jueza me dijo que lo denunciara, que fuera al forense pero yo le dije que no deseaba nada de eso, que me quería morir solo.

Después de que la pandilla se dividiera y le dieran una paliza y luego de dejar a su padrastro “cagando en bolsa”, Camilo empezó a experimentar temores por su seguridad y por el futuro de su hermana: “Hasta que me pegaron muchos sentí miedo yo. Recapacité que lo que estaba sucediendo en mí era una zona de muerto, de riesgo, pues. Sentí un temor que no era jugando, ya sentía temor de meterme en la pandilla hasta adentro. Hasta ese día conocí el miedo, antes no me daba miedo. Era como una persona tipo super héroe, como Superman, que nada le pasa. Entonces a partir de esa gran golpiza que me pegaron sentí miedo y comencé a pensar.

A mi padrastro yo lo puñaleé, lo garroteé y una vez le bateé la cabeza con un bate y le hice una gran herida. Y todo eso lo miraba mi hermanita, y la tenía bien traumatizada. Así yo me puse a recapacitar que a mi hermana le podía pasar algo más adelante. Cambié más que todo por salvarme yo y que mi hermana no llegara a ser mala más adelante. A esa niña yo la quiero mucho, yo daría la vida por ella. Por eso cambié. Porque mi mamá ya está en lo que está, mi padrastro está en lo que está, pero mi hermana es pequeña. ¿Ya? Y no me gustaría que ella fuera una muchacha, más adelante, que caiga en cosas así. Para mí, mi hermanita es como un ángel. Me apoyo en ella, y también en mí. Me ayuda saber que yo valgo también.

“Ahora me siento como un líder de paz”

Esa conciencia de su valor como persona y las palabras “recapacitar” y “traumatizada” denotan la interiorización del discurso del CEPREV. Camilo fue inducido a asumir otro rol social y así lo siente: *Me siento como un líder ahora en la forma de vida, como un líder de paz. Porque yo les explico cómo pueden cambiar también. Y entonces ellos a mí me lo han dicho y yo me siento así también. Los chavalos me apoyan, y cuando ellos tienen problemas ésa es la cosa más linda que he visto yo: que ellos van a mi casa. Me dicen: Piruca -porque así me quedó el mal apodo, pero de cariño-, mirá, tengo este problema. No te preocupés, venite mañana, les digo. Hasta los que me molestaban vienen. Y me dicen: Mirá,*

Piruca, sólo guaro estoy tomando, nada de piedra, confiá en mí, te doy mi palabra. Sí hombre -les digo-, no le hagás a esa vara, vos sabés que después te lanzás al robo y sólo te pasan cosas malas. Y si yo los veo con drogas les comienzo a decir. Como tengo unos folletos, les explico. Les cuento mi testimonio. Les digo: ¿Te acordás cuando yo consumía el guaro con diazepán y toda esa vaina? Casi me muero, me dio taquicardia. Yo sé que ustedes mismos tienen esos síntomas. ¿Les digo por qué? Cuando ustedes corren, se están ahogando. Miren que les puede dar un paro pulmonar. Entonces los chavalos se están acalabrando. Como yo sé cómo es el trato de la droga, yo hablo lo que yo sentí.

Llegar a esa posición, en la que se es sujeto de su propia reinserción, es un proceso lento, que requirió un trabajo constante y tesonero de las sicólogas del CEPREV. Camilo transmutó su rol social: de líder violento en líder de paz. Su metamorfosis cultural es posible porque tiene un rol protagónico en muchas otras metamorfosis. Su historia es semejante a la de muchos en su barrio, pero su transformación no es común. Porque el problema de la violencia juvenil desborda la capacidad de las instituciones existentes y porque quienes luchan contra la violencia nadan contra la corriente: contra los Paintball que la promueven entre los adinerados y contra las empresas de seguridad que venden inequidad en la distribución de sus víctimas.

Necesitamos “imaginación sociológica”

Algunas recomendaciones pueden derivarse de la exploración de estos tres casos y de esta iniciativa de rehabilitación. La primera y más obvia es la necesidad de más investigación: estudios comparativos en distintos barrios, seguimientos longitudinales a pandillas y pandilleros, comparación de los procesos de democratización en Centroamérica, profundización en las estrategias de lo que algunos han llamado “la rebelión de las élites” y su voluntad de segregar, análisis de la evolución de las definiciones del crimen y del dinamismo y composición de las redes sociales, entre otros factores cuyo influjo sobre la violencia juvenil puede presumirse razonablemente.

Estos acercamientos a la realidad de las pandillas requieren el concurso de distintas disciplinas: criminología, sociología, antropología, sicología, psicología social, ciencias políticas, etc. Demandan también asumir riesgos, porque sólo un acercamiento humano puede ayudar a comprender las motivaciones, estrategias y callejones sin salida de los pandilleros. Y ese acercamiento entraña riesgos. Pero sólo la proximidad con los que están tocando fondo en el gran desencuentro social puede estimular la creatividad intelectual. *La imaginación sociológica*, como diría Wright Mills.

El ejercicio de esa imaginación sociológica, con responsabilidad ética, implica no dejarse embaucar por la cortina de humo de “la seguridad ciudadana”, que oculta el problema, remacha el estigma y refuerza la carrera criminal. Sólo redefiniendo la seguridad ciudadana en términos de estabilidad del empleo, calidad de vida, seguridad en la vejez, invalidez y muerte -entre otros ámbitos de seguridad que construyen ciudadanía, es decir, sentido de pertenencia a una comunidad jurídica-, puede entenderse por qué los pandilleros no respetan un contrato social que los ha confinado al basurero de la sociedad.

La imaginación sociológica muestra que el problema de las pandillas -que es un síntoma de problemas sociales- no debe reducirse a sus manifestaciones de violencia callejera. Las crecientes tasas de suicidio, que afectan a los jóvenes más que a ningún otro grupo de edad- deben incluirse en el análisis. Y no menor atención debe prestarse a la lenta pero muy efectiva autodestrucción por abuso de las drogas, porque existe el peligro de que el análisis incluya como no problemático al joven que se destruye en una esquina por efecto de la ‘piedra’ y que se concentre en quienes, también drogados, se hacen visibles mediante el ejercicio de la violencia. También existe el peligro de olvidar el efecto de la ostentación de las clases media y alta que exhiben su opulencia sin ningún pudor ni conciencia de sus secuelas directas y colaterales, y que estimulan la compulsiva obsesión por las marcas que sacralizan ciertas mercancías.

¿Por qué no reconocerles ese valor?

Urge más análisis, pero también urgen más acciones. La Policía Nacional tiene que ceñir sus acciones al Código de la Niñez y la Adolescencia, controlar y restringir más la posesión de armas, y multiplicar las invitaciones a deponer las armas. No debería estar permitida la inversión de comisionados de la Policía en las armerías y compañías de seguridad privada. Como rostro más visible del Estado, la Policía tiene presencia incluso donde no hay escuelas, energía eléctrica o centros de salud. Y en su carácter de aparato coercitivo, ha tenido y seguirá teniendo un rol determinante en la relación Estado-pandillas. Sus formas de enfrentarlas definen un patrón cultural y, por ello, son un elemento indispensable para el cambio. Su colaboración con organismos como el CEPREV, o incluso la reproducción a escala nacional del modelo pacificador de esa ONG, sería una contribución de peso en el cambio de rol de las pandillas.

Para la sociedad civil persisten las tareas casa por casa. Pero también las macro-tareas. Debe continuar ejerciendo presión para que en Nicaragua exista una administración de justicia que construya credibilidad en el sistema judicial y en el marco legislativo. El primer escalón en esa credibilidad se juega en la lucha contra los grandes evasores de impuestos, los saqueadores de las arcas estatales y la estructura tributaria que perpetúa la inequidad. Dentro de la sociedad civil, los medios de comunicación tienen la enorme responsabilidad de ser cinceladores de las percepciones sobre la violencia.

Existe un sesgo en su presentación de las pandillas: cubren los delitos y apenas las experiencias exitosas de rehabilitación. Su responsabilidad ética de no abonar el estigma debe ser resaltada y exigida. Deben presentar los múltiples significados del pandillerismo. ¿Por qué no reconocerlos como cuestionadores del orden social? Antes que satanizarlos como enfermos o desviados, podrían mostrarlos como sensibles y alérgicos al caos que nos envuelve. No ficharlos como contra-culturales, sino como una manifestación cruda de los estribillos culturales de nuestro tiempo: la obsesión por las marcas, el hedonismo, el sálvese quien pueda, la expectativas insatisfechas, el riesgo.

¿Y la redención por el arte?

Nadie ha explorado aún en Nicaragua el potencial rehabilitador de ciertas aficiones juveniles: la redención por el arte. Existen dos obsesiones compulsivas entre los pandilleros, que comparten con muchos otros jóvenes de los barrios marginales: la droga y la onda transnacional con expresiones artísticas. Ambas de muy distinto signo, aunque a veces demonizadas por igual.

La onda transnacional, con sus expresiones artísticas, pocas veces es retomada por los holgazanes garabateadores de políticas, que escapan de una hernia mental proponiendo las sempiternas panaceas: deporte y empleo. Ofrecerles a estos jóvenes oportunidades para que expresen, con cierto nivel de reconocimiento público y notoriedad, sus creaciones artísticas -canciones, graffitis, dibujos- sería una contribución contundente para transmutar la orientación violenta de sus energías, permitir que su justa inconformidad se escuche y abrirles espacios para la participación en una política hecha, no a base de palos, puñaladas y morterazos, sino montada sobre argumentos, ilustrada con imágenes y agraciada por el ingenio.

Entre los Walters, los Camilos y los Ernestos hay muchos artistas y aprendices de ciudadanos buscando manifestarse. Hay mucho por hacer, pero pocos van en la dirección correcta. Mientras el CEPREV hace denodados esfuerzos por transformar la cultura de la violencia, los empresarios de Paintball Xtremo la legitiman y la venden como diversión.



**Mareros y pandilleros:
¿Nuevos insurgentes,
criminales?**

Mareros y pandilleros: ¿Nuevos insurgentes, criminales?



Por qué las feroces Mara 13 y Mara 18 no actúan en Nicaragua? ¿Por qué las pandillas nicaragüenses -que son muchas y muy activas- son menos violentas que las del resto de Centroamérica?

El discurso sobre la violencia juvenil está lleno de miedos, leyes y mitos. Tenemos que ir más allá, tenemos que pensar más.

[JOSÉ LUIS ROCHA](#)

La Policía de la Humanidad, el Ejército de los Estados Unidos, ya empezó a dirigir su ominoso periscopio hacia las pandillas juveniles. El *US Army War College* publicó en marzo de 2005 un número más de su serie especial “Insurgencia y Contrainsurgencia en el siglo XXI” titulado *Street gangs: the new urban insurgency*, un manual destinado a formar en el tema a los miembros del Ejército estadounidense. Lo escribe Max G. Manwaring, profesor de estrategia militar de la academia militar, coronel retirado y ex-miembro del Comando Sur y de la agencia de espionaje para la defensa. Como su título lo proclama, este documento presenta a las pandillas juveniles como una metamorfosis de la insurgencia urbana, ya que las pandillas tienen en común con las viejas formas de insurgencia el objetivo de hacerse con el control del gobierno.

Su naturaleza: política y criminal

Su amenaza: el colapso de los Estados

La naturaleza de las pandillas -afirma textualmente Manwaring- es mitad política y mitad criminal y esto se manifiesta en que generan inestabilidad e inseguridad nacional y regional; exacerban los problemas de las relaciones civiles-militares y policías-militares, reduciendo la efectividad civil-militar en el control del territorio nacional; y apoyan a organizaciones criminales e insurgentes, a los señores de la guerra y a los barones de la droga erosionando la legitimidad y la soberanía efectiva de los Estados-nación. Los delitos y la inestabilidad son sólo síntomas de la amenaza y la amenaza final es el colapso del Estado o la violenta imposición de una reestructuración radical socioeconómica y política del Estado y su gobernabilidad.

Las pandillas centroamericanas son las primeras en recibir la atención de Manwaring, quien asegura que los pandilleros de California empezaron a mudarse a inicios de los 90 hacia las cinco repúblicas centroamericanas. El primer ímpetu vino como resultado de la deportación de pandilleros desde prisiones en Estados Unidos hacia sus países de origen. Esas pandillas incluían a la famosa Mara Salvatrucha (MS-13), a la Mara 18 y a muchas otras pandillas salvadoreñas, como Mao Mao, Crazy Harrisons Salvatrucha y Crazy Normans Salvatrucha. El coronel retirado calcula en 39 mil los miembros activos de las pandillas en El Salvador, a los que añade miles de individuos vinculados a ellas, pero residentes en Estados Unidos y otros países de Centroamérica, Suramérica, México, Canadá y Europa. Y asegura que desde sus inicios hasta hoy, todas las pandillas centroamericanas han florecido bajo la protección y los ingresos mercenarios provistos por grandes redes criminales. La base de esta alianza es el comercio ilegal de droga, pues por Centroamérica pasa alrededor del 75% de la cocaína que ingresa a los Estados Unidos.

Manwaring tiene muchos colegas en los aparatos coercitivos de los Estados centroamericanos que coinciden con su interés. Los productores de orden esta-

blecen alianzas, organizan seminarios y diseñan estrategias para sofocar la amenaza pandilleril. ¿Ese documento es sólo otro rostro siniestro de la política anti-inmigrantes?

Al exagerar la vinculación de las pandillas con las redes del crimen organizado y asociar exclusivamente su inicio a las deportaciones, criminaliza la migración, sin hacer ni una mínima alusión a los problemas de adaptación que viven los migrantes como consecuencia de las políticas y reacciones xenófobas, el desmesurado afán de lucro de muchos empresarios o la segregación residencial. Existen muchos razonamientos cuestionables, muchas omisiones y otras tantas afirmaciones carentes de fundamento en el documento de Manwaring. ¿Será útil refutar, corregir o completar sus tesis? Es de mayor interés reflexionar sobre la violencia y delincuencia juveniles a partir de cierta información estadística y algunas teorías.

Un estudio pionero y el debate actual: ¿Son delincuentes o son un síntoma?

Cuando la doctora Deborah Levenson, pionera muy madrugadora y visionaria considerando la temprana fecha en que llevó a cabo su investigación -1987-, realizó su estudio sobre jóvenes pandilleros en Centroamérica, las pandillas centroamericanas estaban casi en pañales y no se podía predecir la fuerza avasalladora que alcanzarían apenas cinco años después.

Levenson las describió como *organizaciones voluntarias compuestas por jóvenes nacidos y crecidos primordialmente en la ciudad, que tienen un sentimiento positivo acerca de su participación en un grupo que perciben como democrático. Sus miembros no son los más pobres de los pobres ... Sus actividades de grupo son más importantes que las de otro tipo para ellos. Las maras han crecido considerablemente durante el último año sin involucrar más que a unos pocos adultos. Las drogas son importantes para sus miembros pero no centrales y en un sentido muy amplio se perciben a sí mismos como rebeldes.* También destacó

que en estos grupos se da ayuda, camaradería, algunos momentos agradables, identidad y un poco de dinero. Posteriormente, dos grandes consorcios mareros absorbieron a las múltiples pandillas que existieron en los 80: la Mara 13 y la Mara 18, que ahora tienen sucursales en Guatemala, Honduras, El Salvador, México y Estados Unidos. El nivel de violencia ascendió y las medidas represivas hicieron otro tanto y más. En el contexto actual, las coordenadas de las discusiones sobre las pandillas y la violencia juvenil están marcadas por los paladines de la seguridad ciudadana y por quienes en otro extremo -como la comunicóloga mexicana Rossana Reguillo- prefieren pensar a las pandillas *como un síntoma, como una expresión radicalizada del malestar contemporáneo, que encuentra, frente a la carencia o insuficiencia de lenguajes para ser expresado, un vehículo idóneo en 'lo criminal'*.

Presentamos algunas tesis sobre las pandillas partiendo del hecho de que la criminalidad -como dice el penalista italiano Alessandro Baratta-más que un dato preexistente comprobado objetivamente por las instancias oficiales, es una realidad social de la cual la acción de las instancias es un elemento constitutivo.

Urge un debate informado y crítico

Por razones de espacio no analizaremos en detalle ni el discurso ni las acciones de las instancias de control y rehabilitación, aun cuando deben ser entendidas no como variables independientes, sino como elementos constitutivos de una misma realidad social, como otras formas de expresión de un mismo problema, como síntomas diversos pero no ajenos o nítidamente dissociables. La ONG que rehabilita, el sistema judicial que indulta o penaliza, la policía -tanto cuando participa en el comercio de la droga como cuando propina una paliza o aplica programas no represivos-, los abanderados de un Código de la Niñez y Adolescencia que encuentran más legitimación internacional que consenso social nacional, son expresiones de distintas estrategias que se condicionan mutuamente. Todos éstos, y muchos otros, son factores que el análisis de la violencia y delincuencia juveniles debe tener presente.

Un debate informado es condición indispensable para la formulación y ejecución de políticas públicas efectivas y nos sitúa -como sostiene Reguillo- *en un lugar mejor para entender a la mara, cuya complejidad no logra calibrarse en el debate público, porque son sus rasgos espectaculares los que quedan fijados en un discurso que se expande -más que la mara misma- y cuyo efecto es el de obturar la reflexión crítica.*

En Nicaragua nadie ha comprado aún la franquicia de esos dos gigantescos consorcios juveniles que son la Mara 13 y la Mara 18. Persisten los grupos fragmentarios, las pequeñas pandillas no asociadas a mayores conglomerados y menos permeables al influjo norteamericano. Las pandillas nicaragüenses no han entrado aún a la onda de las maras y son menos violentas que las del resto de Centroamérica. ¿Por qué? Utilizaremos la comparación de Nicaragua con Guatemala, El Salvador y Honduras en ese aspecto como un recurso metodológico para poner en cuestión ciertas tesis y aportar sustento a otras, sin por ello pretender que la situación de los jóvenes en Nicaragua es mejor que en estos tres países. La comparación de ciertos indicadores puede arrojar pistas sobre qué elementos están asociados a la violencia juvenil y con qué factores no se puede establecer una correlación unívoca.

¿Más violencia juvenil que nunca antes?

Desde inicios de la década de los 80 la violencia, y en general la delincuencia juvenil, se convirtieron en focos de atención de analistas sociales y diseñadores de políticas públicas centroamericanas. Se tomó nota de que la tasa de participación juvenil en la comisión de homicidios era notoriamente elevada y navegaba en alarmante ascenso. En 1996, el 29% de todos los homicidios reportados en América Latina fueron cometidos por jóvenes cuyas edades oscilaban entre los 10 y los 19 años y más del 34% por jóvenes entre 20-29 años.

En Nicaragua -y de acuerdo a las estadísticas policiales de enero-noviembre 2005- más del 43% de los detenidos de sexo masculino acusados de asesinatos,

homicidios culposos y homicidios dolosos fueron jóvenes entre 18-25 años. Si ampliamos el rango a los jóvenes de 15 a 25 años, la participación se eleva hasta el 50.6%. Ese rango concentra al 73.32% de los detenidos por robo con violencia y al 51.48% de todos los detenidos. Esta actividad delictiva está muy por encima del peso demográfico de estos jóvenes. El rango de edad entre 15-24 años representa el 20.5% de la población total y al 37% de la población en edad de ser detenida (de 15 años o más). La participación delictiva -medida en número de detenidos- del rango de 15 a 25 años de edad está 14.48 puntos porcentuales por encima del peso demográfico del rango de 15 a 24 años en la población de 15 años o más. Y su participación en los robos con violencia duplica su peso demográfico. Se confirma así una desproporcionada participación de jóvenes en los delitos y, en particular, en la violencia etiquetada como delito.

La violencia es un componente muy visible del funcionamiento de la sociedad nicaragüense, de las sociedades centroamericanas y de otras sociedades del mundo. La violencia denominada “criminal” ha sido reconocida como uno de los mayores problemas sociales de nuestro tiempo. Según el antropólogo británico Dennis Rodgers, en todo el mundo las tasas de crímenes se han incrementado en un 50% a lo largo de los últimos 25 años, con un notable repunte en la década de los 90. Este fenómeno ha afectado a todos los países subdesarrollados, pero ha sido particularmente marcado en América Latina, donde las formas más visibles de violencia ya no son activadas por conflictos ideológicos en relación a la naturaleza del sistema político, como en el pasado, sino que aparecen como delincuencia común y crimen más o menos organizado. Otro rasgo que diferencia la violencia actual de sus predecesoras es el hecho de que su uso ha dejado de ser patrimonio de los aparatos coercitivos del Estado y los grupos de oposición organizada, dando lugar a lo que Dirk Kruijt y Kees Koonings denominan la *democratización de la violencia, ahora disponible como opción para múltiples actores en busca de todo tipo de metas*.

En Nicaragua, y en otros países centroamericanos, el cese de los conflictos bélicos de los años 80 provocó un desplazamiento: mientras la guerra concentró

la violencia en las zonas rurales y se mantuvo generalmente a distancia de las ciudades, tras los acuerdos de paz, la guerra -bajo la modalidad de la delincuencia- se trasladó a los centros urbanos.

La violencia de hoy: sin ideología, más democrática y más urbana

Tres cambios imprimen carácter a la violencia actual: desideologización de la violencia, democratización de su ejercicio y urbanización de sus escenarios. Una mirada a las estadísticas del delito en Nicaragua refuerza la tesis de la “democratización”, que tal vez debería llamarse “espontaneidad desideologizada de su ejercicio”. De acuerdo a las estadísticas policiales, las cifras de lesiones muestran un constante ascenso: desde las 1,875 de 1984, pasando por las 4,568 de 1990, hasta superar las 10 mil en 1995. Una curva semejante describen las estadísticas de asesinatos, homicidios, violaciones y asaltos. En 1981 hubo 1,862 robos con intimidación, reducidos a 64 en 1985. Todavía en 1989 -un año antes del cambio de gobierno- hubo apenas 830 robos con intimidación.

Pero posteriormente -según afirma la Comisionada de la Policía Nacional de Nicaragua Aminta Granera en un estudio publicado en 1997- *en el robo con intimidación se observa de manera más pronunciada el drástico aumento en la ocurrencia a partir de 1990, año en el cual este delito se elevó 87%. En 1994 se reportaron 3,018 casos, que representan un incremento del 28% en relación a 1992.* El crecimiento no sólo se da en términos absolutos.

En los primeros cuatro años de la década de los 90, la población creció a un ritmo del 3.3% anual, mientras la criminalidad promedió -y así lo hizo la violencia criminal- un 18% anual, creciendo 5.5 veces más que la población. Este abrupto incremento puede ser visto en parte, aunque no exclusivamente, como un fenómeno típico de postguerra y de las transiciones de regímenes con aparatos coercitivos contundentes a regímenes con aparatos de control más reducidos y políticas más laxas.

La participación juvenil en el ejercicio de la violencia criminal se ha convertido en foco de atención de organismos multilaterales, gobiernos y académicos. La CEPAL observa: *Lo más sintomático y preocupante es que los rostros de la violencia son casi siempre jóvenes, tanto en su carácter de víctimas como en su calidad de victimarios.* El estado de alerta que reclama la CEPAL es encomiable, pero su justificación urge una mayor elaboración. Una mirada más atenta al comportamiento de los jóvenes en las últimas tres décadas revela que la violencia juvenil ni es un hecho novedoso ni está en su momento pico.

¿Por qué ponerles la etiqueta de “delincuentes” y “criminales”?

La participación juvenil en la criminalidad -entre otros delitos, en la violencia calificada como crimen- ha aumentado, pero no necesariamente su participación en la violencia, que incluso ha disminuido en términos del porcentaje de jóvenes implicados en actos violentos. En Nicaragua, en los años 70, decenas de miles de jóvenes empuñaron las armas durante la insurrección que derrocó a la dictadura de Somoza. No sólo integraron la mayor parte del ejército guerrillero. Fueron claves en la conducción de la lucha: muchachos y muchachas de 20 años ostentaban el rango de comandantes. En la siguiente década, la edad para prestar obligatoriamente el Servicio Militar Patriótico instalado por el gobierno sandinista iba desde los 16 a los 25 años, precisamente las edades que actualmente concentran al mayor número de jóvenes integrados en las pandillas y a la mayor parte de detenidos por comisión de delitos. Pero mientras el servicio militar reclutó a cientos de miles de jóvenes -a los que habría que sumar los jóvenes que militaban en las filas de la contrarrevolución-, es probable que los jóvenes integrados en las pandillas nicaragüenses en los últimos diez años no hayan sobrepasado los 25 mil. Por consiguiente, hablando con propiedad, el verdadero auge de la violencia juvenil en Nicaragua hay que ubicarlo en los años 70 y 80, aunque aquella era una violencia institucionalizada, con bases ideológicas y con predilección por los escenarios rurales.

Lo que ha ocurrido es que los jóvenes -especialmente los involucrados en pandillas- practican hoy un tipo de violencia que, debido a su relativa espontaneidad desideologizada y al hecho de discurrir fuera de canales jurídicamente establecidos, es etiquetada como criminal. Lo novedoso no es tanto la violencia juvenil cuanto sus escenarios, su carencia de ideología y su calificación como delito por transitar fuera de los canales institucionalizados y por estar asociada a los llamados delitos comunes: riñas callejeras, robos, atracos, etc. El razonamiento que encuentra en la actualidad una violencia juvenil superior -o cuando menos, más amenazadora- es tributario de un discurso y una estrategia. Un discurso que ve en la época de paz un retorno a la normalidad, al imperio de la ley, donde existen normas precisas e incuestionables sobre qué conductas pueden ser calificadas como plausibles o como desviadas. Es un discurso que proclama la existencia de lo que pretende producir: la consecución de los fines pasa por ciertos canales, terminó la etapa de la pugna de todos contra todos, la juridicidad de una conducta es su mejor pasaporte hacia la continuidad.

Para este discurso, la violencia, si está domesticada por una ideología y opera bajo ciertas circunstancias, tiene cierto carácter legítimo del que carece en época de paz. Ese discurso -con sus leyes y sus mitos- obedece a una estrategia de sectores de clase media. La guerra ocurrió en escenarios que no los afectaron y por ello subestiman sus dimensiones y se rehúsan a descubrir la continuidad histórica. Por eso articulan un discurso que presenta a los años 80 como una ruptura. Esa década es “la noche oscura”, “la década perdida”, un paréntesis entre una normalidad que, para seguir funcionando, requiere de cierto marco legal reinstaurado.

Conviene poner en evidencia el carácter criminalizado de las pandillas y su etiquetamiento como una transgresión de las normas que constituyen la normalidad reinstaurada. Por el lado de las pandillas juveniles, este énfasis es obligatorio porque su violencia es objeto de atención en tanto que transgresión. Retomando ese enfrentamiento entre las actividades de las pandillas y su etiquetamiento por parte de los organismos productores de orden, Rossana

Reguillo propuso que la pandilla fuera también vista como una representación del *rostro más extremo del agotamiento de un modelo legal*. En la gama de las reacciones pandilleriles a ese agotamiento, las peleas son una transgresión más, y ya no la más vigorosa. Existen otros rostros de ese agotamiento del modelo legal. ¿Será la droga el más siniestro?

¿Son los pandilleros nicas los autores de tan incontables daños?

Un análisis superficial y con poco fundamento asocia las mayores manifestaciones de violencia y criminalidad con las pandillas. La misma Policía Nacional de Nicaragua sostenía en 1999 que gran parte de la delincuencia juvenil estaba asociada a la existencia de las pandillas y por eso procuraba llevar registros concienzudos de su número, ubicación y actividades. En 2002, la Policía Nacional de Managua “capturó” -así rezan los documentos policiales- a 736 jóvenes, a los que identificó como pandilleros.

Esa cifra indicaría que ese año el 33% de los pandilleros de Managua fueron aprehendidos por la policía. La Policía estimaba ese año un total de 2,229 pandilleros en Managua, integrados en 118 pandillas. Se trataría de una elevada afectación para tan reducido grupo y sería indicio de que las pandillas fueron foco de privilegiada atención policial. Pero esos 736 pandilleros apenas representaron el 7% de los jóvenes detenidos entre 15-25 años en Managua. El reducido peso de los pandilleros entre el total de los jóvenes detenidos no se corresponde en modo alguno a la extrema peligrosidad que se les atribuía.

En 2003 la Policía reconoció que las pandillas cometieron apenas el 0.51% de los delitos. ¿Acaso los pandilleros no eran un segmento delincencial muy activo? O bien las estadísticas están mal construidas o bien la actividad de las pandillas es poco penalizada en relación al resto de infracciones porque las denuncias son mínimas -por temor en el barrio donde operan, por ejemplo- o porque

los pandilleros son extremadamente hábiles para evadir a los policías, o la policía aplica frecuentes penalizaciones extrajudiciales, o la actividad de las pandillas se ha desplazado hacia conductas menos penalizadas o identificadas como propias de pandilleros, o se hace un ruido desproporcionado en relación a la actividad de las pandillas. Seguramente, debe existir una combinación de varias de estas posibilidades.

Dado que la Policía tenía desde 1999 un operativo denominado Plan Pandillas y dada la terca predilección por las pandillas en los documentos policiales sobre violencia juvenil, no parece haber falta de celo policial en referir y penalizar las actividades de las pandillas. El elevado peso de los jóvenes entre el total de los detenidos muestra que son un segmento muy apetecido para la criminalización secundaria, que opera cuando agencias del sistema penal, como la policía, los jueces o la magistratura, atribuyen la condición de criminal a individuos específicos. ¿Por qué los jóvenes pandilleros no se cuentan en alto número entre esos detenidos?

En primer lugar, porque la aparición en Nicaragua del Código de la Niñez y Adolescencia multiplicó los castigos extrajudiciales, especialmente para el principal delito que cometen las pandillas: peleas de jóvenes contra jóvenes, donde a menudo no hay quien ponga una denuncia que desencadene un proceso legal. En segundo lugar, porque la actividad de los pandilleros se concentra ahora más en el consumo de drogas y en hurtos y pequeños atracos, realizados de manera individual y no en grupo. En tercer lugar, porque los medios de comunicación han inflamado la percepción pública sobre las pandillas, haciendo más ruido sobre sus hazañas y sus “incontables muertes y daños” que las mismas pandillas, y atribuyendo a los pandilleros delitos que tienen autores no pandilleros.

Grupos juveniles en riesgo o pandillas

¿Existe una subestimación en las estadísticas policiales de Nicaragua del número de pandillas y esto repercute sobre las estadísticas de las actividades pandilleriles y del número de pandilleros detenidos?

La Policía Nacional de Nicaragua diseñó una nueva clasificación de las pandillas que aplica desde 2003. La primera categoría la constituyen los denominados Grupos Juveniles en Alto Riesgo Social, integrados por jóvenes que se *relacionan espontáneamente* a veces con fines menos lícitos; ocasionalmente consumen licor, drogas, estupefacientes y sicotrópicos; entre los que afloran algunos signos de violencia y rebeldía; y eventualmente cometen infracciones leves calificadas como faltas penales. La segunda categoría, identificada como peligrosa, aunque no al nivel de sus homólogas centroamericanas, es la Pandilla Juvenil, conformada por jóvenes que se *identifican como grupo*; manejan símbolos, lenguajes y conductas de identidad; a veces no tienen vínculos familiares; se organizan de forma local -la cuadra, la cancha, la esquina y el barrio, que consideran “su territorio”-; cometen delitos, faltas penales, lesiones y daños a la propiedad que provocan un gran sentimiento de inseguridad; consumen alcohol y drogas *habitualmente*; *ejercen la violencia continua* y muy afirmada en el grupo; generan *enfrentamientos con otros grupos o pandillas* en defensa de “su territorio” -para ello hacen uso de armas de fuego, blancas, hechizas, y otras-; y constituyen un tipo penal calificado como *asociación para delinquir*.

En cursiva señalamos los términos que marcan el contraste que la Policía Nacional encuentra en estos dos grupos: los Grupos Juveniles integrados por individuos que se relacionan espontáneamente y que sólo ocasionalmente con-

PANDILLAS JUVENILES EN NICARAGUA

Año	Con criterio regional		Grupos de alto riesgo social	
	Pandillas	Integrantes	Grupos	Integrantes
2002	—	—	285	4,428
2003	62	1,058	255	3,147
enero 2005	66	700	144	1,827
nov. 2005	89	2,227	77	988

Fuente: Elaboración propia con datos de la Policía Nacional de Nicaragua

sumen drogas aparecen como claramente diferenciables de las Pandillas Juveniles, generadoras de inseguridad, fuente de violencia continua, organizadas por territorios y entregadas al consumo de drogas. Únicamente se concede la categoría de “pandilla” a los grupos que reúnen estos rasgos, elaborados a partir de criterios definidos por el conjunto de los aparatos policiales de la región centro-americana. De acuerdo a esta clasificación, los Grupos Juveniles y las Pandillas alcanzan en Nicaragua los volúmenes que indica el cuadro de la página 146.

El caso del Distrito V de Managua: ¿Desinformación, prudencia o algo más?

Managua siempre ha tenido el mayor peso en la presencia de pandillas. En 1999 se dio la cifra de 110 pandillas en Managua. En 2001, la Policía Nacional registró 96 pandillas y 1,725 pandilleros en la capital. Un año después dio cuenta de un incremento: 118 pandillas y 2,229 pandilleros. En enero 2003 contabilizó 117 pandillas y 2,139 pandilleros en Managua. Un mes después, registró el mismo número de pandillas, pero un contingente de pandilleros superior: 2,171.

Estas cifras arrojan una densidad de unos 18 pandilleros por grupo, volumen semejante al de las pandillas (parches) colombianas en 1997. En noviembre 2005, las 34 pandillas y 706 integrantes de Managua representaban el 38% y 32% del total nacional de pandillas y de jóvenes pandilleros, un peso muy superior a la participación de la capital en la población total del país, que se aproxima al 25%. El departamento con mayor presencia pandilleril después de Managua es Estelí, con el 24% de las pandillas y el 19% de los pandilleros. Aparte de las de Managua, sólo las pandillas de Estelí han sido objeto de estudio. Tanto Managua como Estelí son ciudades que destacan por su vertiginoso crecimiento urbano.

En el Distrito V de Managua -donde concentré el trabajo de campo de esta investigación- la Policía registró, en el tercer trimestre de 2005, la existencia de apenas cinco grupos juveniles y pandillas con un total de 61 miembros. Se mencionaba sólo a Los Rampleros, Los Caucheros, Los 165, Los Power Rangers y

Los Plo. Pero un sondeo entre distintos habitantes del barrio -especialmente entre los mismos pandilleros- mostró coincidencia en que en los datos oficiales de la Policía estaban ausentes Los Mata Perros, Los Churros, Los de la Adoquinada, Los Billareros, Los Placeños, Los Aceiteros, Los Puenteros, Los Raperos, Los del Pablo Úbeda, Los Come Muertos, Los Bloqueros, Los Nanciteros, Los Cholos, Los Diablitos y Los Roba Patos -antes Los Búfalos, que incluyen a Los Concheños- entre otras agrupaciones de vigorosa actividad. También estaban ausentes Los Tamales del Urbina, sin duda la más famosa y beligerante pandilla del Distrito V. Es imposible ignorar a algunos de estos grupos, como Los Puenteros, presentes de forma habitual en los periódicos e identificados como los autores de varios asesinatos.

Los PIP: el extremo opuesto de los VIP

Las estadísticas policiales muestran un sesgo hacia el caos. La pandilla de Los Cholos aparece en su registro de pandillas circuladas y sus miembros figuran entre los pandilleros detenidos, aunque está ausente del registro general de las pandillas. En ese registro sólo aparecen pandillas del Reparto Schick y no aparecen otros barrios de conocida actividad pandilleril del Distrito V. También hay una subestimación del número de pandillas por barrios. Los habitantes del Grenada hablan de Los Diablitos, Los Crazy y Los Colchoneros. Hay ausencias también notables en otros distritos: Los Parrilleros y Los Tomateros son algunos de los referentes pandilleriles de mayor recurrencia en conversaciones con pandilleros del Reparto Schick y no aparecen en los registros de la Policía.

¿Desinformación o intento de dorar la píldora? La Policía Nacional puede estar interesada en que sus reportes reduzcan a su mínima expresión el volumen de pandillas como una forma de tranquilizar a la sociedad. Los policías de la zona, encargados de pasar sus informes a la delegación policial del Distrito V, conocen al detalle todas las pandillas y a cada uno de sus integrantes porque realizan visitas regulares a todos los integrantes de pandillas como parte de su rutina. En los registros policiales los pandilleros están catalogados como PIP: Personas de In-

terés Policial, y sus expedientes deben ser habitualmente actualizados por los Jefes de Sector. Obviamente, las PIP son el extremo opuesto de las VIP... Podría existir una voluntad de la Policía Nacional de presentar una situación más pacífica de la que en verdad existe, quizás porque sería un indicador de su buen desempeño y porque esto empalma con la decisión gubernamental de presentar a Nicaragua como el país más seguro de Centroamérica, libre hasta de “tomatierras” y, por tanto, atractivo para la inversión extranjera. Pero esta subestimación también puede obedecer, simultáneamente, a una estrategia desestigmatizadora.

¿Por qué las violentas Maras 13 y 18 no están en Nicaragua?

En 2006, el escritor salvadoreño Juan José Dalton brindó esta cifra en el prestigioso diario español “El País”: 100 mil jóvenes integraban las Maras 13 y 18, cantidad que comparaba con la fuerza militar y policial de todo el istmo centroamericano. ¿Por qué no hay Maras 13 y 18 en Nicaragua? ¿Y por qué en Nicaragua las pandillas no muestran la misma ferocidad que las maras del resto de Centroamérica? Aun cuando la presencia y actividad de las pandillas sean mayores de lo que reflejan las estadísticas policiales, los pandilleros en Nicaragua son menos numerosos y violentos que los de Guatemala, Honduras y El Salvador, países donde operan esos dos grandes conglomerados transnacionales de pandillas que son las Maras 13 y 18.

Esas maras -también presentes en Estados Unidos y México- no han extendido sus escenarios de acción a las ciudades nicaragüenses, situación que no deja de causar intriga dada su voluntad expansiva y su condición de fenómeno casi regional. Aquellos que insisten en una correlación unívoca entre violencia juvenil y niveles de pobreza, ¿cómo explican la ausencia de maras y los menores índices de violencia de las pandillas nicas? Como muestra el cuadro de esta página, y de acuerdo al Panorama Social de América Latina que la CEPAL dio a conocer en 2005, Nicaragua muestra niveles de pobreza y exclusión superiores a los países con presencia de maras en áreas muy sensibles y determinantes.

En su estudio “Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe”, la CEPAL sostiene que *resulta conveniente evitar ciertos simplismos todavía vigentes en la interpretación del fenómeno de la violencia y delincuencia juveniles. Uno de ellos es el que asocia mecánicamente pobreza y delincuencia. Bajo este enfoque, la violencia es un derivado lógico de la pobreza, pero la evidencia disponible muestra que -contrariamente a lo que esa teoría indica- las mayores expresiones de violencia no se concentran en las zonas más pobres del continente, sino en aquellos contextos donde se combinan perversamente diversas condiciones económicas, políticas y sociales. Así, la mera pobreza y exclusión no pueden ser factores que determinan de forma exclusiva la violencia y la delincuencia juveniles.*

Otros factores, otras explicaciones

En la búsqueda de explicaciones, otra senda que algunos han explorado es la de las relaciones con el gobierno, los valores democráticos y la confianza entre la ciudadanía. El estudio sobre cultura política y democracia coordinado por Mitchell A. Seligson, de la Universidad de Vanderbilt, cuyo estudio del caso nicaragüense estuvo a cargo de Luis Serra y Pedro López Ruiz, de la Universidad Centroamericana (UCA) de Managua, tiene datos reveladores. Mostró que en Nicaragua apenas el 28% de las personas encuestadas tiene valores que apoyan una democracia estable.

Sólo Guatemala, con un 21%, está por debajo de Nicaragua. Honduras llega al 30% y El Salvador al 32%. La eficiencia del gobierno fue calificada de la siguiente manera: 17.5 en Nicaragua, 27.3 en Honduras, 32 en Guatemala y 35.6 en El Salvador. Nicaragua tiene la más baja satisfacción con los servicios municipales. En la valoración del Estado de derecho, El Salvador obtuvo un puntaje de 39.7, frente a 32 Nicaragua. La confianza en las fuerzas armadas, que en Nicaragua sólo obtiene un puntaje de 54.2, llega a los 60 en Honduras y a 68.6 en El Salvador. Algo semejante ocurre con la confianza en la policía, el Congreso, la Suprema Corte, la iglesia y los partidos políticos. La mayor victimización por actos de corrupción en el istmo fue registrada en Nicaragua.

INDICADORES SOCIALES EN CENTROAMÉRICA

Países	2004	2004	2000-2005	2004	Per cápita en dólares de 2000			Ambos sexos	Hombres
	Ingresos por habitante	Tasa desempleo urbano	% analfabetos en población de 15 años y más	Tasa de desempleo masculino de 15 a 24 años, zonas urbanas	Gasto público social	Gasto público en vivienda	Gasto público en educación	Promedio años de estudio en población de 15 a 24 años	Promedio años de estudio en población de 15 a 24 años
El Salvador	2,377	6.5	18.9	14.9	149	19	67	9.2	9.1
Guatemala	1,895	3.1	28.2	8.3	109	29	44	8.2	8.5
Honduras	1,061	8	22	10.9	126	17	70	7.9	7.6
Nicaragua	854	9.3	31.9	21.8	68	13	32	7.9	7.4

Fuente: CEPAL, *Panorama social de América Latina 2005*

Finalmente, el estudio dirigió su atención hacia el capital social. Al indagar por la confianza interpersonal, encontró un índice de 56 en Nicaragua, seguido de un 57 en Guatemala y un 63 en Honduras y El Salvador. Conclusión: tampoco estos elementos son determinantes en la menor violencia juvenil que existe en Nicaragua. Otros factores asociados o asociables a la violencia juvenil y a la existencia de las Maras 13 y 18 que merecen ser sometidos a examen son: las migraciones, el crimen organizado, la disponibilidad de armas y los operativos policiales. Todos ellos son variables con un impacto nada desdeñable en la expansión -aunque no necesariamente en la aparición- de las maras y en los índices de violencia juvenil. Es necesario analizarlos.

Transculturación: los “negros curros” de la Habana y los “cholos” de los 80

Las maras son un fenómeno transnacional. Este rasgo, con su corolario de transculturalismo, recuerda las referencias a los “negros curros” que en el primer tercio del siglo XIX -en pleno auge de la esclavitud- se pavoneaban libres por las calles de La Habana, ataviados de manera estrafalaria, hablando una jerga propia y sembrando el pánico en un alarde de mala vida, delincuencia, marginación y violencia. El etnólogo cubano Fernando Ortiz acuñó el concepto de “transculturación” para

referirse a las diferentes fases del tránsito de una cultura a otra, que implica una parcial desculturación -desarraigo de una cultura precedente- y una neoculturación: la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales.

Según Ortiz, *en todo abrazo de culturas sucede lo que en la cópula genética de los individuos: la criatura siempre tiene algo de ambos progenitores, pero también siempre es distinta de cada uno de los dos. En conjunto, el proceso es una “transculturación”, y ese vocablo comprende todas las fases de su parábola.*

La transculturación ha dejado su huella en muchos de los rasgos de la cultura cubana, como la santería, tan lejos -o tan cerca- de sus orígenes africanos como del catolicismo español. La transculturación decimonónica produjo los “negros curros”, ahora desaparecidos, pero entonces surgidos al compás del vigoroso flujo migratorio entre España y Cuba. Los “negros curros” tenían muchos rasgos andaluces: la jerga, la valentía, lo pendencieros. Se distinguían por la forma de caminar, el atuendo y su vida *de crimen y valentonería, siempre armados de cuchillo en mano: retadores, reverteros y fáciles a las cuchilladas*. El continuo tráfico de esclavos producía un trasiego cultural. Se trasegaban estilos de vida e instituciones culturales que producían identidad, a menudo identidades mixtas y conflictivas, y así brotó el “negro curro”. Actualmente existen muchos vehículos facilitadores del trasiego cultural entre Estados Unidos y Centroamérica: la música -rap, reggaeton, perreo-, que reflejan una mezcla de motivos comunes de los jóvenes que habitan distintas latitudes; los programas de televisión; la ropa -donde es clave el papel de las pacas de importación de ropa “USAda”, que permiten vestirse al estilo gringo y disfrazarse de “cholo” a bajo precio-; los amigos y familiares que vienen y van o que permanecen allá, pero se comunican con regularidad y son una especie de modelo de persona exitosa -el primo, la tía, el hermano rico que se fue a buscar fortuna-.

Con remesas culturales y con jóvenes nómadas

Estas remesas culturales mantienen la conexión entre el allá y el aquí: Estados Unidos y Centroamérica. Y así surge una complejísima maraña de superviven-

cias culturales y mixturas de todo tipo, marcadas por los problemas de adaptación de allá y aquí, de ahora y otrora: los pachucos, los cholos, las pandillas de los 80. Las maras existían desde los años 80, antes que las olas migratorias adquirieran las dimensiones actuales, alarmantes para algunos, naturales para otros, celebradas por muy pocos.

En 1987 Deborah Levenson encontró que en la ciudad de Guatemala existía una multitud de pandillas con nombres pintorescos: Tigresa, Ángeles Infernales, Escorpión, Güevudos, Zope, Relax, Nice, Motley Crew, Apaches, Las Pirañas. Un equipo de la Universidad Rafael Landívar descubrió que doce años después todas esas pandillas habían sido absorbidas por dos grandes corporaciones pandilleriles rivales: la Mara 13 y la Mara 18, correspondientes a dos calles y pandillas de Los Ángeles, California. Aunque la influencia estadounidense ya era perceptible desde 1988 en el uso de nombres en inglés, la globalización de las pandillas sólo quedó institucionalmente consagrada años después por su carácter transnacional y los vigorosos vínculos entre las del Norte y las del Sur, hasta el punto de que existen emisarios de las pandillas del Norte que visitan a sus filiales centroamericanas para transmitirles reglas y dinero.

Estos jóvenes trashumantes se sitúan en el cruce de la transculturación, donde se dan cita las remesas culturales, las asimilaciones y sus tropiezos, y la droga, entre otros ingredientes. Como observó el antropólogo guatemalteco Ricardo Falla, *con la migración abierta a los Estados Unidos por efecto de las guerras refluían ideas y agentes organizativos -los deportados- de las maras*. Y Rossana Reguillo remacha el nomadismo de la mara: *En su fase actual, la novedad que la mara introduce es la de llevar el territorio a cuestas y su capacidad para establecer vínculos de estabilidad relativa en las localidades donde se instala*.

Emigrantes centroamericanos: trashumantes, residentes, deportados...

Las deportaciones desde los Estados Unidos aparecen fuertemente asociadas a las maras. Un reportaje de “Los Ángeles Times” describió en 2002 a las pandillas de Tegucigalpa como nutridas a base de deportados: *Cerca de allí queda el barrio llamado El Infiernito, controlado por la pandilla Mara Salvatrucha (MS). Algunos de estos pandilleros eran residentes de Estados Unidos y vivieron en Los Ángeles hasta 1996, cuando entró en vigor una ley federal que dispuso su deportación por delitos graves. Ahora andan sueltos por México y Centroamérica. Aquí en El Infiernito cargan chimbas, que son armas de fuego confeccionadas con tubos de plomería, y beben ‘charamila’, hecha con alcohol metílico diluido. Se suben a los autobuses para asaltar a los pasajeros.* De ser cierto este vínculo entre las maras y la migración a los Estados Unidos y las deportaciones, estaríamos ante una de las razones de la ausencia de maras en Nicaragua.

El destino de las migraciones de nicaragüenses presenta una marcada diferencia con respecto a la del resto de países centroamericanos. Es distinto en dos sen-

CENTROAMERICANOS RESIDENTES EN ESTADOS UNIDOS (2004)

Lugar de residencia	Lugar de origen			
	Nicaragua	El Salvador	Guatemala	Honduras
Estados Unidos	248,725	1.201,002	698,745	407,994
Florida	93,646	38,423	45,597	71,481
Miami	79,896	16,642	15,234	44,065
California	93,600	516,859	290,827	78,955
Los Ángeles	29,910	368,416	199,543	56,555
Texas	7,591	161,148	39,655	40,136
Nueva York	5,760	99,724	46,872	59,896

Fuente: U.S. Census Bureau, 2004 American Community Survey

tidos. En primer lugar, la mayoría de los migrantes nicaragüenses se dirigen a Costa Rica y no a Estados Unidos. Se calculan en alrededor de medio millón los nicaragüenses que de manera temporal o permanente residen en Costa Rica. Los nicaragüenses en Estados Unidos, de acuerdo a una encuesta del *U.S. Census Bureau*, eran 248,725 en 2004, apenas el 8.57% de los centroamericanos en ese país.

En segundo lugar, los nicaragüenses que han migrado a Estados Unidos se han instalado principalmente en Miami y otras localidades del estado de Florida y sólo un 12% en Los Ángeles, la ciudad de cuyas calles las maras tomaron los nombres 13 y 18. Los nicaragüenses apenas son el 4% de los centroamericanos que residen en Los Ángeles, mientras en Miami son el 47%. Casi el 31% de los salvadoreños que migraron a los Estados Unidos reside en Los Ángeles y el 43% en California. Si bien en Los Ángeles reside apenas casi el 14% de los hondureños, son 56,555, en contraste con los 29,910 nicaragüenses.

Esta distribución espacial debe ser complementada con las diferencias en los volúmenes de deportados. El flujo y reflujo poblacional es un poderoso condicionante. Los nicaragüenses han sido menos afectados por las deportaciones desde Estados Unidos que sus vecinos centroamericanos. Entre 1992-1996 hubo sólo 1,585 nicaragüenses deportados desde Estados Unidos, según las estadísticas oficiales del Servicio de Inmigración y Naturalización de ese país. Un promedio de 317 al año. Los nicaragüenses detenidos para ser deportados entre 1998-2002 fueron 5,026, un promedio de 1,005 por año, cifra insignificante comparada con los deportados de otros países centroamericanos. En 1998-2002 Estados Unidos deportó a 63,639 hondureños, 56,076 salvadoreños y 39,669 guatemaltecos. Y esto no sólo ocurre porque haya menos migración nicaragüense en Estados Unidos. La misma situación se refleja en los volúmenes relativos. Los porcentajes de nicaragüenses naturalizados sobre el número de sus connacionales deportados se mantienen muy por encima de los calculados para Honduras, Guatemala y El Salvador.

Los nicaragüenses han sido relativamente más beneficiados por las naturalizaciones que afectados por las deportaciones. Entre 1998 y 2002, Estados Uni-

dos naturalizó a 4.5 nicaragüenses y concedió la residencia a 14 por cada uno de los nicaragüenses que detuvo para ser deportados. En cambio, apenas 1.5 salvadoreños y un guatemalteco fueron beneficiados con la residencia por cada uno de sus connacionales deportados. En las antípodas de Nicaragua, está Honduras, con 3 hondureños deportados por cada naturalizado.

Los cubanos residentes en Miami sintieron afinidad política con los nicaragüenses que arribaron a esa ciudad en los años 80 y pusieron sus contactos entre los políticos del Partido Republicano al servicio de los recién llegados. Muchos de los recién llegados fueron acogidos como refugiados políticos que huían del gobierno sandinista, considerado un régimen comunista. Los trámites de naturalización y residencia fueron inusualmente ágiles para ellos. En la actualidad, muchos nuevos migrantes pueden cosechar los efectos de aquella política privilegiada no siendo objeto de persecución.

Después de comienzos tan favorables y de años que también lo fueron, la tendencia del influjo migraciones-pandillas nicaragüenses dependerá en gran medida de las futuras políticas migratorias estadounidenses, de los cambios en los patrones de distribución espacial de los migrantes al interior de los Estados Unidos y del incremento de los nicaragüenses jóvenes que actualmente están

CENTROAMERICANOS DEPORTADOS Y NATURALIZADOS EN ESTADOS UNIDOS

País	Deportados de 1992 a 1996	Naturalizados de 1992 a 1996	Deportados de 1998 a 2002	Naturalizados de 1998 a 2002
Nicaragua	1,585	19,586	5,026	22,794
Honduras	9,497	15,606	63,639	19,996
Guatemala	7,276	24,311	39,669	39,789
El Salvador	9,767	57,695	56,076	83,710

Fuente: Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service

emigrando a San Miguel y a otros departamentos de El Salvador, donde podrían recibir el influjo de las Maras 13 y 18. También, y más, dependerá de los encuentros entre los muy numerosos deportables de todas las nacionalidades centro-americanas que se reúnen en el territorio mexicano, esa enorme guardarraya vertical, filtro anti-migratorio al servicio de Estados Unidos y lugar de tantos intercambios culturales.

Centroamérica: gran disponibilidad de armas en manos civiles

En el temprano momento en que Deborah Levenson realizó el primer estudio sobre pandillas en Guatemala -un momento previo incluso al surgimiento de las Maras 13 y 18- presentó conclusiones que resultaron premonitorias: *No hay dudas de que su falta de orientación las deja expuestas a la manipulación por parte de grupos políticos y no escaparían de ser incorporadas o utilizadas por redes criminales de adultos, absorbidas por el crimen. Si así fuera, irían más allá de un punto sin retorno para volverse centralizadas, antidemocráticas, autoritarias, más violentas.* Diversos estudios coinciden en la evolución de las maras hacia una violencia de grandes ligas.

Parece razonable la hipótesis de que la violencia de las pandillas es proporcional a la disponibilidad de armas. Gran parte de los homicidios y otros delitos ocurren por la capacidad de disponer de armas de fuego. Según una publicación del Survey de Armas Pequeñas y la Iniciativa Noruega sobre Transferencia de Armas Pequeñas, en el 2000 existían 52,390 armas legales en Nicaragua, cifra solamente superior a las 43,241 de Costa Rica y muy inferior a las 170 mil de El Salvador, las 147,581 de Guatemala e incluso las 96,614 de Panamá, país caracterizado por su relativa ausencia de conflictos bélicos.

Nicaragua tiene bajos índices de homicidios en comparación con el resto de Centroamérica. En 1997 las estadísticas policiales y otras fuentes gubernamentales daban cuenta de estas tasas de homicidio por cada 100 mil habitantes: 9.2

en Nicaragua, 109.1 en El Salvador, 52.5 en Honduras y 30 en Guatemala. El estudio de William Godnick, Robert Muggah y Camila Waszink, "Balas perdidas: el impacto del mal uso de armas pequeñas en Centroamérica" mostró que Nicaragua destaca por su bajo nivel de violencia. Los 12.26 homicidios por cada 100 mil habitantes, aunque muy superiores a los 5.94 de Costa Rica, lucen exiguos frente a los 43.4 de El Salvador, 36.11 de Honduras y 30.2 de Guatemala. Algunas áreas de El Salvador y Guatemala tienen índices de homicidios cercanos a 100 por cada 100 mil habitantes.

Nicaragua: gran abundancia de armas y mucha gente que sabe usarlas

Obviamente, en Nicaragua se oculta tras estos promedios tan bajos una distribución de la violencia que golpea a los barrios populares con mayor contundencia. Viviendo durante un año (1996-97) en el barrio pobre de Managua que disfraza bajo el seudónimo "Luis Fanor Hernández", el antropólogo británico Dennis Rodgers contabilizó 9 muertes violentas. Esta cantidad es proporcionalmente equivalente a 360 muertes por cada 100 mil personas. De su experiencia, Rodgers infiere que el subregistro es un serio problema en Nicaragua. Si contabilizamos las armas "hechizas" -tubos de chacos a los que se acondiciona un percutor, con capacidad de disparar tiros de AK-47-, la disponibilidad de armas en Nicaragua aumenta. De acuerdo a los cálculos que realicé durante el trabajo de campo de esta investigación, en algunos barrios de Managua hay al menos tres pistolas "hechizas" por cada veinte casas. Por otro lado, Nicaragua podría fácilmente tener un bajo registro legal de las armas y una alta distribución de ellas porque, en su afán de noquear a la contrarrevolución, el gobierno sandinista de los años 80 creó mecanismos de defensa armada con reclutamiento masivo: Servicio Militar Patriótico (SMP), Batallones de Reserva, Milicias Populares Sandinistas (MPS), Comités de Defensa Sandinista (CDS), Batallones Estudiantiles de Producción (BEP), etc. Muchas de las armas propiedad de estas instituciones quedaron en manos de sus miembros.

Una idea del subregistro de las armas en Nicaragua nos la proporciona la encuesta que la firma Borge y Asociados realizó en 2001. Sólo el 6.2% de los dueños de armas entrevistados dijeron haber registrado legalmente sus armas. En algunas zonas del país, por lo menos la mitad de los encuestados dijeron estar bien entrenados en el uso de armas de fuego. En 2002 el Ministerio de Gobernación de Nicaragua calculaba un total de 140 mil armas de fuego en manos de civiles, de las que sólo 69,157 estaban legalizadas. Al menos hasta julio de 2001 se seguían encontrando arsenales de armas escondidos en Managua.

Aún considerando todos estos nada despreciables factores, la brecha entre Nicaragua y el resto de Centroamérica es tan amplia, la migración de armas desde Nicaragua hacia el resto de Centroamérica a inicios de los 90 fue tan nutrida y el problema del subregistro está tan generalizado en la región, que parece fuera de duda el hecho de que en Nicaragua hay menos armas y homicidios que en los países con maras. Son rasgos que merecen consideración como explicación de la notablemente menor belicosidad de las pandillas nicaragüenses.

Otro elemento importante es la vinculación o semejanza de las maras con el crimen organizado, detectada en Guatemala, Honduras y El Salvador. El crimen en Nicaragua ni está tan organizado ni ha desarrollado tantos vínculos con las pandillas, excepto en el ámbito de los pequeños mercados de la drogas, muy localizados en los barrios. A pesar de la presencia de algunos capos en los barrios con alta presencia de pandillas, el tráfico de grandes volúmenes de droga que realizan no involucra a los pandilleros.

El rostro más aterrador de las maras

Si se mantiene la validez del principio según el cual la violencia engendra violencia, es indudable que las acciones de la Policía, como entidad autorizada para ejercer la violencia institucional y legítima, son una fuerza condicionante de otras manifestaciones de la violencia. ¿Acaso el número de civiles muertos a manos de los distintos aparatos policiales centroamericanos no debería ser un indicador

clave de la promoción estatal de métodos violentos para resolver los conflictos? Esa desconocida y difícilmente conocible tasa es básica para explicar los niveles ascendentes de violencia y la percepción del Estado de derecho.

En abril de 2006 tuvo lugar en la capital salvadoreña, la segunda Convención Antipandillas, en la que participaron 170 expertos de ocho países, incluyendo México y Estados Unidos. En esa ocasión, el comisionado Omar García Funes, de 40 años, ex-teniente del Ejército salvadoreño, graduado en Chile como oficial carabinero y en la actualidad a cargo de las divisiones especializadas de la Policía Nacional Civil, dijo a la prensa: *Tienen un punto común las Maras Salvatrucha y 18. Fueron fundadas por salvadoreños y sus integrantes son en su mayoría salvadoreños que cruzan las fronteras. Hoy siguen teniendo control del barrio porque son territoriales. Tienen muchos recursos: antes pedían 25 centavos de dólar a los automovilistas. En la actualidad cobran miles de dólares en las extorsiones a restaurantes, tiendas y transportistas para dejarlos operar. Ahora se movilizan en vehículos, tienen celulares, radios, la mayoría producto de robos. Hay clicas especializadas en sicariato. Sabemos de gente que los ha contratado para eliminar a enemigos con los que han tenido rencillas. Además, usan la inteligencia. Ellos incursionan o se infiltran en un lugar antes de actuar. Es decir, hacen operaciones de reconocimiento. Hemos sabido por nuestro propio director general de la Policía Nacional Civil, Rodrigo Ávila, de infiltraciones en las propias unidades de la policía.*

La voluntad de presentar el rostro más aterrador de las maras es evidente. El comisionado Funes concluyó: *Las maras han mutado y son un fenómeno del crimen organizado.* Si la teoría del *labelling approach* -la influencia del etiquetamiento- está en lo cierto, la actitud oficialmente no criminalizadora de la Policía Nacional nicaragüense puede tener el efecto de no estimular la carrera violenta y criminal.

Si la violencia engendra violencia la policía también influye

La Policía Nacional de Nicaragua aplica un enfoque hacia la violencia juvenil en general, y especialmente hacia las pandillas juveniles, que muestra un marcado contraste con las políticas que aplican sus homólogos centroamericanos. Sus operativos dirigidos hacia las pandillas han sido bautizados con nombres de efemérides -Plan Belén en Navidad o Plan Playa en Semana Santa-, en contraste con los operativos policiales de El Salvador, Guatemala y Honduras, que ostentan nombres que revelan la voluntad de reprimir severamente a los pandilleros: Leyes Anti-maras, Plan Escoba, Plan Cero Tolerancia, Plan Mano Dura y Plan Súper Mano Dura.

Las estadísticas de la Policía Nacional de Nicaragua y la distinción que hace la institución entre pandillas y grupos juveniles también tienen un efecto descriminalizador. ¿Podríamos decir que el subregistro y la clasificación de las pandillas también se inscriben en esa estrategia? En cierto modo las podemos interpretar como una aplicación del teorema de W. I. Thomas: *Si algunas situaciones son definidas como reales, son reales en sus consecuencias*. Este teorema se aplicaría aquí de esta forma: “Si la Policía determina que hay muy pocas pandillas y que la mayoría de ellas tiene un carácter inofensivo, aunque esto no sea cierto, ese subregistro, clasificación y determinaciones tendrán el efecto de no reforzar la carrera criminal, y eso contribuirá a que las afirmaciones policiales terminen por ser ciertas.”

El caldo del cultivo de todo tipo de pandillas: legales e ilegales

Intuitivamente sabemos que la existencia y manifestaciones de las pandillas juveniles, para ser comprendidas en toda su significación, deben vincularse a la precariedad laboral, al colapso del antiguo modelo de la seguridad social y su transformación, al debilitamiento de muchas instituciones, a la deslegitimación

del aparato de justicia por su puesta al servicio de intereses privados y a la transnacionalización de las élites, todo lo cual cuaja en una crisis de la hegemonía de los organismos que administran el orden social.

Todas estas transformaciones han generado y diseminado mecanismos de inseguridad ciudadana más contundentes y cotidianos que los anatematizados por el sistema penal y los medios de comunicación. La existencia de partidos políticos dominados por una red clientelista que controla el gobierno y mantiene vínculos indisolubles con el sector privado, su manipulación de las instituciones democráticas y la permanencia de las pandillas de políticos nepotistas y corruptos como una forma legítima de capital social en la economía política de Nicaragua y de Centroamérica hacen de la corrupción un sistema duradero con múltiples lazos en la política y la cultura. El sistema de corrupción institucionalizado hunde sus raíces en concepciones que deslegitiman el aparato judicial y el poder normativo del Estado, diseminando una amplia aceptación de la impunidad y de lo ilegal permisible. La erosión de la legitimidad estatal -expresada por Reguillo como agotamiento de un modelo legal- es un caldo de cultivo idóneo para todo tipo de conductas trasgresoras, unas muy penalizadas, otras inmunes a la criminalización debido al estatus de quienes las adoptan. Como sostienen dos expertos en sistemas judiciales -el chileno Mauricio Duce y el venezolano Rogelio Pérez Perdomo- se asume que *las personas procesadas por el sistema penal son peligrosas para la sociedad, a menos que sus conexiones sociales demuestren lo contrario*.

¿Qué hacer? Políticas para la policía y la sociedad

Más allá o más acá de la intuición, el análisis comparativo de los datos presentados destaca la influencia de ciertos factores: las migraciones, la disponibilidad de armas, el crimen organizado y los operativos y discursos policiales. No se trata de que en Nicaragua los jóvenes, por el hecho de ser aparentemente menos violentos y no participar en las Maras 13 y 18 se encuentren en una situación mejor con respecto al resto de países centroamericanos. No hemos pasado revista a muchos indicadores de la situación de los jóvenes, como la tasa de suici-

dios -la violencia ejercida contra sí mismos-, el consumo de alcohol y drogas ilegales y la violencia sexual. Sin embargo, sobre la base del contraste encontrado en algunos condicionantes de las pandillas de Nicaragua y las maras de Guatemala, Honduras y El Salvador, se pueden sugerir políticas. Teniendo también en cuenta, por supuesto, que la pobreza -y, sobre todo, la desigualdad- y muchos otros elementos juegan un papel en la violencia juvenil.

En primer lugar, el control de las armas y la reducción de su posesión y uso deben ser una prioridad de los aparatos policiales. Este buen propósito tropieza con el hecho de que en Nicaragua -quizás también en otros países de la región- hay estrechos vínculos entre la Policía Nacional y las casas comercializadoras de armas y municiones. Así, la venta de armas seguirá siendo un negocio muy lucrativo. Lo que puede cambiar es la legislación con respecto a su posesión y uso y la prohibición de nexos entre miembros o ex-miembros de la policía, el ejército y el mercado de armas. En segundo lugar, las policías centroamericanas deben adoptar prácticas y discursos no criminalizadores de los jóvenes y adolescentes, y apegarse más a lo establecido en los Códigos de la Niñez y Adolescencia y en la legislación de Naciones Unidas en la que se inspiran. En tercer lugar, el vínculo entre maras y pandillas no debe conducir a criminalizar a las migraciones o a los deportados. En todo caso, habría que criminalizar las deportaciones. Los problemas de adaptación están en la raíz del problema, y requieren un tratamiento en los países de destino de los migrantes. La lucha contra las deportaciones debe continuar, pero si las deportaciones continúan, la reinserción de los deportados en sus países de origen debe ser más benigna y objeto de una política activa.

¿Sálvese quien pueda pagar?

Hace falta más investigación y voluntad política para reducir las desigualdades sociales y para trabajar sobre todas estas áreas. Y hace falta, sobre todo, salvar a la sociedad en su conjunto, y no con operaciones de salvamento individuales manifestadas actualmente en la privatización de la seguridad ciudadana de Nicaragua.

En 2005, Nicaragua disponía de 8,360 policías. Ya desde el año 2000, 47 compañías de seguridad privada operaban en el país y empleaban a 6,536 agentes. En 2005, llegaron a ser 67 empresas de seguridad privada que cubren 4,153 objetivos con 9,329 guardas y 6,805 armas. Sólo en Managua, los 8,217 guardas de estas empresas se acercan al número nacional de policías. A esos guardas se suman 5 mil vigilantes de calle que operan de forma independiente.

Hace falta otro tratamiento radical ante la delincuencia y la violencia, que no se vaya por las ramas, que terminarán desgajándose. Hace falta una estrategia integral. Si seguimos así vamos en camino a la atomización, a la disolución de los lazos sociales, al “sálvese quien pueda... pagar por su seguridad”.



**Pandillas y maras:
protagonistas
y chivos expiatorios**

Pandillas y maras: protagonistas y chivos expiatorios

Pandillas en Nicaragua y maras en El Salvador, Honduras y Guatemala. ¿De qué o de quiénes son herederos estos jóvenes, violentos y organizados?

De lo que no hay duda es que son actores sociales protagónicos en la Centroamérica que dejó atrás los conflictos militares.

De lo que no debe quedar duda es que son chivos expiatorios de quienes concentran el poder en sociedades muy injustas, con profundas desigualdades, sin oportunidades para ellos.

DENNIS RODGERS

Aunque el último conflicto militar en Centroamérica fue formalmente resuelto en 1996 en Guatemala, la región sigue estando muy afectada por altos niveles de violencia: las tasas de homicidio se encuentran hoy entre las más altas del mundo y los actuales niveles de violencia superan, en muchos casos, los que hubo durante las décadas de conflictos militares, aun cuando se puede argumentar que existe una diferencia significativa, ya que la violencia de hoy es fundamentalmente delictiva y criminal y la de ayer fue principalmente política.

En Guatemala, la tasa anual de homicidios excede las muertes relacionadas con la guerra. El costo económico de la delincuencia en El Salvador en 2003 fue estimado por el PNUD en unos 1 mil 700 millones de dólares, un equivalente a 11.5% del PIB del país, una cifra mucho mayor que la pérdida del 3.3% del PIB

que se estima perdió El Salvador anualmente durante los años de guerra. Un informe de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, publicado en 2007, ha identificado la violencia criminal como el principal obstáculo al desarrollo sostenible en Centroamérica.

¿Son el problema mayor?

La nueva violencia criminal en Centroamérica se asocia con la juventud, y más específicamente, con la población masculina. No es una novedad: estadísticamente, la mayoría de los actos criminales que se cometen alrededor del mundo tiene como protagonistas a varones entre los 15 y los 24 años. Más de la mitad de la población de Centroamérica tiene menos de 24 años. Lógicamente, cuando una mayoría poblacional pertenece a este grupo demográfico, mayor será la vulnerabilidad a la violencia de esa sociedad. Son específicamente varones agrupados en pandillas los que han emergido como protagonistas de la violencia en la Centroamérica de hoy.

Aunque las pandillas han estado presentes en las sociedades centroamericanas desde hace mucho tiempo, han venido desarrollándose de formas sin precedentes durante las últimas dos décadas. Esto las ha colocado en la mira de los análisis y hoy son acusadas de toda una gama de delitos, desde hurtos y asaltos hasta violaciones sexuales y narcotráfico. Incluso, se ha intentado ligarlas a actividades de oposición armada y al terrorismo global.

Un informe del Instituto de Estudios de Guerra del Ejército estadounidense publicado en 2005 sostiene que las pandillas centroamericanas constituyen una “nueva insurrección urbana” que tiene como objetivo “derrocar a los gobiernos de la región”. Anne Aguilera, encargada de asuntos antinarcóticos para Centroamérica del Departamento de Estado de Estados Unidos afirmó en una entrevista publicada en “La Prensa Gráfica” de El Salvador el 8 de abril de 2005 que las pandillas son “el problema de seguridad más grande que hay en estos momentos para la región centroamericana”.

Una definición

Las pandillas juveniles son un fenómeno social muy común que puede encontrarse con frecuencia en casi todas las sociedades del mundo, aunque mayoritariamente son grupos efímeros de jóvenes que se juntan en las esquinas de las calles de sus barrios para expresarse con comportamientos etiquetables como “antisociales” que forman parte de su proceso de crecer y desarrollarse.

Las pandillas centroamericanas actuales son claramente otra cosa. Son organizaciones colectivas mucho más definidas, que exhiben una continuidad institucional que es independiente de su membresía. Tienen convenciones y reglas fijas, que pueden incluir rituales de iniciación, una jerarquía, y códigos que pueden hacer de la pandilla una fuente primaria de identidad para sus miembros. Estos códigos también pueden exigir patrones de comportamiento particulares: ropas características, tatuajes, pintas o graffitis en la zona que dominan, señales con las manos y un argot.

Y por supuesto, una participación regular en actividades ilícitas y violentas. Estas pandillas están muy frecuentemente -aunque no siempre- asociadas a un territorio preciso y sus relaciones con la comunidad de ese territorio pueden ser tanto amenazantes como protectoras, pudiendo además cambiar de un papel al otro muy fácilmente.

Protagonistas indiscutibles

Las pandillas centroamericanas son un fenómeno social que se entiende muy mal. Existen muchos mitos y estereotipos sensacionalistas sobre ellas. Hay poca información confiable y las estadísticas oficiales son particularmente problemáticas, debido a un registro deficiente, a un proceso de recolección de datos deficiente y a mucha interferencia política. Aunque las cifras oficiales sugieren que existen unos 70 mil jóvenes integrados en pandillas en Centroamérica -lo que indicaría que hay más pandilleros que militares en la región-, estimaciones de ONG y académicos sugieren que podrían ser muchos más: hasta 200 mil.

De igual modo, las estimaciones de la violencia delictiva y criminal atribuible a las pandillas oscilan entre un 10 y un 60% del total de la violencia que padece la región. Sin disponer de muchos datos cuantitativos dignos de confianza, lo que sí existe es una cantidad creciente de estudios cualitativos que sugieren unánimemente que las pandillas se han constituido en actores importantes del panorama regional contemporáneo, protagonistas indiscutibles de la violencia centroamericana.

Estos estudios destacan la diversidad entre estos grupos en los diferentes países de la región. El Salvador, Guatemala y Honduras tienen pandillas más violentas que las de Costa Rica y Nicaragua. En base a estos estudios cualitativos, y calculando sobre una escala de 1 a 100 y alineando el país más violento, El Salvador, con 100, Honduras estaría probablemente en un 90, Guatemala alrededor de 70, Nicaragua alrededor de 50, y Costa Rica alrededor de 10, aunque también existen grandes diferencias en la violencia de estos grupos al interior de cada país.

Un fenómeno urbano

En todos los países centroamericanos la gran mayoría de los actos de violencia protagonizados por pandillas ocurre en áreas urbanas. Es lógico: se necesita una masa crítica de población juvenil masculina para que pueda surgir un grupo de éstos y eso sólo sucede en las ciudades.

Algunos estudios afirman que hasta el 15% de los jóvenes de una comunidad pueden juntarse a una pandilla local, aunque la mayoría afirma que el número más cercano es del 3-5%. Las pandillas pueden estar integradas por entre 15 y 100 miembros, aunque el promedio es de 20-25 miembros. La mayoría surge en barrios pobres, aunque no necesariamente siempre en los más pobres. Una investigación realizada en la Ciudad de Guatemala encontró que los barrios que estaban dentro del cuartil más bajo de ingresos sufrían menos violencia juvenil que los que estaban dentro del segundo cuartil.

Con edades muy variables

Una inmensa mayoría de los miembros de las pandillas son varones, aunque también existen miembras. Y hay evidencia que en el pasado existieron pandillas “amazonas” en Nicaragua y Guatemala. La edad de los pandilleros o mareros es muy variable. Un estudio de 2001 basado en casi mil entrevistas con pandilleros de El Salvador, realizado por el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) de la UCA, encontró que, en promedio, tenían 20 años y se integraron a la pandilla a los 15. En Nicaragua, las edades oscilan entre los 7 y los 23 años. En Guatemala y Honduras, entre los 12 y los 30 años.

¿Por qué ser pandillero?

El estudio del IUDOP preguntó a los pandilleros por qué se integraron a una pandilla. El 40% dijo que lo había hecho para “agarrar la onda”, el 21% por amistad con un miembro de la pandilla y el 21% para escapar de los problemas familiares. El estudio encontró una correlación parcial entre pertenecer a una pandilla y estar desempleado: sólo el 17% de los pandilleros entrevistados trabajaban y el 66% se autocaracterizaban como “desocupados”.

La mayoría de los estudios que existen han destacado las dificultades para establecer los factores que explicarían adecuadamente por qué un joven se une a una pandilla. Los “determinantes estereotípicos”, como la fragmentación familiar, la violencia en el hogar o una psicología particular no aparecen como factores sistemáticamente significativos. El único factor que parece afectar constantemente la no afiliación a una pandilla es el religioso: los jóvenes evangélicos -al menos en Nicaragua- no se integran a una pandilla. Se puede especular que esto sucede por la naturaleza totalizante de las iglesias evangélicas, que al proporcionar a sus miembros un tan completo marco organizador de la vida (identidad, tareas, mensajes, moral, criterios..) son grupos institucionalmente equivalentes a las pandillas.

Las pandillas también están vinculadas a otros factores más estructurales, incluyendo el profundo machismo existente en Centroamérica -muchos de los códigos de las pandillas son claras expresiones de una cierta forma de entender la masculinidad-, a los altos niveles de exclusión social y de desigualdad, a la larga historia de conflictos y guerras, a la disponibilidad de las armas -se estima que hay más de 2 millones de armas no registradas en la región- y a la debilidad y ausencia del Estado en tantos espacios vitales, lo que crea “vacíos políticos locales” que llenan las pandillas.

Considerando que todos estos factores afectan a toda la juventud centro-americana, pero que no todos los jóvenes se hacen pandilleros, estos factores deben ser considerados como variables contextuales más que determinantes. Una variable estructural que es una de las más significativas es la migración masiva. Esto se ha traducido en la conformación diferenciada de pandillas y de maras. Porque se trata de dos tipos de grupos.

Pandillas y maras: dos realidades distintas

Aunque persiste la tendencia de hablar genéricamente de estos grupos como “pandillas”, la distinción entre pandillas y maras resulta clave. Las maras son un fenómeno con raíces transnacionales, mientras que las pandillas son instituciones nacionales, localizadas, grupos de cosecha propia, herederas de la tradición de los grupos juveniles que siempre hubo en Centroamérica. Aunque hace 20 años las pandillas estaban presentes en toda la región, hoy perviven en Nicaragua, y en un grado mucho menor en Costa Rica, mientras que este fenómeno de agrupamiento juvenil ha sido suplantado casi completamente por las maras en El Salvador, Guatemala, y Honduras.

Pandillas: su herencia

Las pandillas emergieron de manera significativa en los años 90, como consecuencia de la paz que puso fin a los conflictos armados, cuando jóvenes militares

de ambos bandos en conflicto, soldados y guerrilleros, volvieron a sus comunidades de origen, y ante la incertidumbre económica y política del momento, y partiendo de la tradición aprendida de la acción colectiva juvenil, algunos formaron pandillas como grupos locales de autodefensa para establecer una medida de orden y de previsibilidad para sí mismos y para sus comunidades. Lo hicieron con patrones particulares y semi-ritualizados de conflicto con otras pandillas, conflictos regulados por códigos bien definidos, que incluían proteger a los habitantes de sus comunidades locales. Hasta cierto punto, las pandillas de los años 90 tienen paralelos con las pandillas centroamericanas de los años 60 y 70, surgidas muchas veces como organizaciones informales de defensa en los asentamientos marginales y espontáneos creados por los masivos procesos de urbanización de la época.

Las pandillas de los años 90 fueron mucho más numerosas y también más violentas, por la herencia de los años de insurrección y de guerra, conflictos que proporcionaron a toda una generación de jóvenes habilidades bélicas sin precedentes. Las pandillas de los 90 estaban también mucho más institucionalizadas que las del pasado, dándose nombres -los Dragones, los Rampleros o los Comemueertos de Nicaragua- y desarrollando jerarquías y reglas que tenían continuación en el tiempo, a pesar de que sus miembros se renovaban. Se puede decir que estas pandillas eran una respuesta institucional orgánica, localizada y autóctona a las circunstancias de inseguridad y de incertidumbre del contexto post-conflicto centroamericano. Aunque es importante entender que existían ya variables significativas entre las distintas sociedades centroamericanas y al interior de cada una de ellas.

Maras: su origen

Las maras son otra cosa. Son organizaciones más uniformes, que tienen un origen muy bien definido que se puede ligar directamente a patrones migratorios particulares. Existen dos maras, la Mara Dieciocho (18) y la Salvatrucha (MS),

que funcionan actualmente en Centroamérica sólo en El Salvador, Guatemala, y Honduras, aunque han comenzado ya a extenderse a México.

Los orígenes de las maras se encuentran en la Calle 18 de Los Ángeles, en una banda fundada por inmigrantes mexicanos en los años 60, que muy pronto empezó a aceptar como miembros a cualquier latino. La mara de la calle 18 creció mucho durante los años 70 y 80 por la afluencia de refugiados salvadoreños y guatemaltecos, muchos de los cuales se incorporaron a la mara para sentirse incluidos en un contexto estadounidense que excluía a los latinos.

A mediados de los años 80, jóvenes de una segunda ola de refugiados salvadoreños fundaron un grupo rival, posiblemente un fragmento de la mara original, denominado Mara Salvatrucha, un apodo que se dice viene de una combinación de palabras: «marabunta» -por las hormigas: aunque se debe subrayar que esa palabra no se utiliza en el español entroeuropeo, se puede especular que la palabra se introdujo al vocabulario salvadoreño a partir de la exhibición de una clásica película de terror estadounidense, “The Naked Jungle” (1954), en la cual un ejército de hormigas llamadas «marabuntas» devoran todo lo que encuentran a su paso; sin embargo, no hay prueba firme de este vínculo- y «salvadoreño» y «trucha», que significa «astuto» en el argot salvadoreño.

Muy pronto, la Mara 18 y la Salvatrucha empezaron a pelearse en las calles de Los Ángeles y se vieron involucrados en la violencia desatada cuando el caso Rodney King en 1992. Después de este episodio, el estado de California elaboró nuevas leyes contra las maras y empezó tratar a sus miembros juveniles como delincuentes adultos, enviando a centenares a la cárcel. Después, en 1996, una ley del Congreso de Estados Unidos ordenó la deportación de todo delincuente no estadounidense o recién naturalizado estadounidense condenado a más de un año de cárcel, una vez que hubiera cumplido su condena. Consecuentemente, entre 1998 y 2005, Estados Unidos deportó a casi 46 mil centroamericanos que cumplieron condenas y además, a 160 mil inmigrantes ilegales.

Las clicas de las maras

El Salvador, Guatemala y Honduras recibieron a más del 90% de estos deportados, muchos de ellos miembros de la Mara 18 y la Salvatrucha, jóvenes que habían llegado a Estados Unidos de niños. Después de ser deportados y de llegar a sus países de origen -que apenas conocían- no resulta asombroso que trataran de reproducir las estructuras y los patrones de comportamiento que les habían proporcionado seguridad e identidad en Estados Unidos.

En sus nuevas comunidades, los deportados comenzaron rápidamente a establecer “clicas” o capítulos locales de sus maras. Éstas empezaron a atraer a la juventud local y las nuevas maras suplantaron rápidamente a las pandillas locales. Al contrario de lo que se proyecta en los medios de comunicación, aunque cada clica se afilia explícitamente con una de las dos maras, y aunque las clicas de diferentes barrios afiliadas con la misma mara pueden juntarse para pelearse con clicas afiliadas con la otra mara, ninguna de las dos maras son verdaderas estructuras federales y mucho menos transnacionales. Tampoco la 18 o la Salvatrucha se componen de una sola cadena jerárquica. Sus naturalezas federativas deben interpretarse más como elementos simbólicos de un origen histórico particular que como expresión de una verdadera unidad, sea de dirección o de acción.

¿Cooperación entre maras?

La naturaleza federada de las maras es, más bien, una morfología social emergente imaginada, debida al flujo constante de deportados de Estados Unidos que comparten un lenguaje y puntos de referencia comunes.

A lo mejor, las maras pueden entenderse como redes débiles de pandillas locales entre las que no existe mucha comunicación más allá de las bandas vecinas, y entre las que no hay ni mucho menos coordinación.

No hay ninguna evidencia de cooperación entre las maras de El Salvador, Guatemala u Honduras, ni mucho menos entre ellas y las maras originales en Los Ángeles. Cualquier lazo que exista se funda en la experiencia común de ser marero en Estados Unidos y de ser deportado en el propio país. Estos factores explican también por qué Nicaragua no tiene maras. La tasa de deportaciones de Estados Unidos a Nicaragua es muy baja: menos del 3% de todos los deportados centroamericanos son nicaragüenses. Además, los nicaragüenses que han emigrado a Estados Unidos van principalmente a Miami y a otras zonas de Florida, en donde no existe la misma cultura de pandillas latinas que hay en Los Ángeles, aunque sí hay pandillas cubanas, que no dejan entrar a los nicaragüenses.

Según datos del censo de Estados Unidos, sólo el 12% de los nicaragüenses que migran a Estados Unidos van a Los Ángeles, en donde constituyen apenas el 4% de los centroamericanos. En Miami representan el 47%. Esto también explica por qué las pandillas nicaragüenses son menos violentas que las maras de los otros tres países, en cuanto no han exportado patrones de comportamientos, que en el caso de la cultura marera estadounidense ha dado lugar a una brutalidad aumentada por no estar imbricadas en un contexto local que les imponga límites.

Delincuencia y narcotráfico

Abundan las informaciones sensacionalistas que ligan las pandillas y las maras centroamericanas con el tráfico migratorio, el secuestro, el narcotráfico y el crimen organizado internacional. Sin embargo, en base a los varios estudios cualitativos que existen, queda claro que la gran mayoría de pandillas y maras se vinculan principalmente a pequeños hurtos y asaltos, delincuencia que realizan la mayoría del tiempo de manera individual. Sin embargo, se ha notado que en El Salvador, Guatemala y Honduras las maras están ahora implicadas colectivamente en chantajear autobuses y taxis que pasan a través de los territorios que controlan para que les paguen “impuestos”. También extorsionan a negocios locales para que les entreguen dinero como “impuesto de protección”.

Durante la última década, las pandillas y las maras se han ido implicando más y más en el tráfico de drogas. Nada sorprendente considerando que el consumo de drogas está íntimamente asociado al hecho de ser miembro de una pandilla o de una mara y que Centroamérica se ha convertido en puente clave del tráfico de drogas, pasando por la región más del 80% de la cocaína que circula entre los países productores andinos y los países consumidores del Norte.

En Centroamérica el tráfico de drogas está descentralizado, con la gran mayoría de los envíos circulando entre pequeños cárteles locales, donde cada uno se queda con una parte del alijo para sacarle beneficios vendiéndolo, creándose así mercados locales que antes no existían. El papel que maras y pandillas han empezado a desempeñar en este proceso es principalmente el de fuerzas locales que brindan seguridad a estos pequeños cárteles o el de pequeños vendedores informales en las calles.

Ciertamente, ni pandillas ni maras están implicadas en el tráfico de drogas a gran escala ni tampoco en su venta al por mayor, aunque ciertos estudios en El Salvador, Honduras, y Nicaragua han destacado que los líderes de estos pequeños cárteles locales son a menudo antiguos miembros de la pandilla o mara local que ya se han “graduado”. En general, las maras parecen estar más involucradas en el comercio de las drogas que las pandillas, quizás porque tienen un más claro monopolio de la violencia a nivel local. Existen también evidencias que sugieren que la implicación de pandillas y maras en el tráfico de drogas conduce al desarrollo de patrones de conducta más violentos.

La gran mayoría de estas expresiones de violencia está muy circunscrita y tiende a ocurrir en las comunidades pobres en donde surgen las maras y las pandillas. De hecho, la mayoría de las víctimas de esa violencia surge de las mismas maras y pandillas, como ilustran muy trágicamente las auténticas guerras que se desatan, por ejemplo entre los miembros de maras rivales encarcelados en las prisiones guatemaltecas.

El 15 de agosto de 2005, miembros de la Mara 18 atacaron a miembros de la Mara Salvatrucha en la prisión del Hoyón, cerca de la Ciudad de Guatemala, matando a 30 y dejando a más de 60 heridos. Un ataque de represalia por miembros de la Salvatrucha ocurrió en el Centro de Detención Juvenil de San José Pinula el 19 de septiembre de 2005, matando a 12 miembros de la 18 e hiriendo a otros 10. En ambas ocasiones, hubo mareros que se dejaron arrestar sólo para poder matar después en la cárcel a miembros de la mara rival.

Política de “mano dura”

El factor que ha intensificado más la violencia de las maras en los últimos años es la puesta en práctica de una verdadera “guerra” contra ellas de parte de los Estados centroamericanos. La primera etapa de este nuevo conflicto regional fue la adopción en El Salvador en julio de 2003 de la política de “Mano Dura”, que abogó por el encarcelamiento inmediato de todo miembro de una mara sin necesidad de más pruebas que el hecho de tener tatuajes o comportarse en público de manera que permitiera pensar que era marero. Ser marero se castigaba con penas de dos a cinco años de cárcel, medida aplicable a todo miembro de una mara desde los doce años de edad.

Entre julio de 2003 y agosto de 2004, 20 mil mareros salvadoreños fueron arrestados, aunque el 95% fueron puestos en libertad cuando la ley de “Mano Dura” fue declarada inconstitucional por la Corte Suprema por violar la Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Niños. Una nueva iniciativa, llamada “Mano Super Dura”, fue rápidamente impulsada, ya respetando las provisiones de la Convención de las Naciones Unidas, pero aumentando las penas de prisión para todo marero de más de 18 años hasta cinco años y hasta nueve años para los líderes. La población carcelaria de El Salvador se duplicó entre 2004 y 2007: de 6 mil reos pasó a 12 mil, el 40% de ellos arrestados por ser mareros.

“Cero tolerancia”

Honduras impuso, casi simultáneamente con El Salvador, en agosto de 2003 una política comparable, llamada “Cero Tolerancia”, inspirada en parte en la política de quien fue alcalde de Nueva York, Rudy Giuliani. Esta medida promovió una reforma del Código Penal y la adopción de una legislación que establecía penas de doce años de prisión por ser miembro de una mara, aumentadas más adelante a 30 años. También se establecieron en Honduras medidas para estrechar la colaboración entre la Policía y el Ejército en el combate a las maras, realizando patrullajes urbanos conjuntos, en algunos casos hasta con tanques. Guatemala también adoptó su “Plan Escoba” en enero de 2004. Aunque no tan draconiano como la “Mano Dura” salvadoreña o la “Cero Tolerancia” hondureña, la legislación permitía tratar a los jóvenes como delincuentes adultos e incluía el despliegue de miles de tropas de reserva del Ejército en barrios “problemáticos” de la Ciudad de Guatemala.

A partir de 1999, Nicaragua ha desarrollado iniciativas en contra de sus pandillas, pero de naturaleza perceptiblemente “más suave”, en gran medida porque son mucho menos violentas que las maras y también por la falta de capacidad de patrullaje de la Policía Nacional, que tiene una presencia muy limitada en muchos barrios y asentamientos urbanos. Todas estas medidas de endurecimiento de penas y leyes han sido acogidas con satisfacción por las poblaciones centroamericanas, en zozobra por la actividad de las maras y las pandillas. Pero han sido denunciadas firmemente por grupos de defensa de los derechos humanos, porque podrían alentar abusos sistemáticos de los derechos de cualquier sospechoso. Amnistía Internacional ha presentado evidencias -corroboradas por el Departamento de Estado, de Estados Unidos- de que en Honduras y Guatemala existen escuadrones de la muerte paramilitares que apuntan deliberadamente al exterminio de los mareros, teniendo a menudo en la mira a toda la juventud marginal.

Alianzas y coordinaciones

Los gobiernos centroamericanos han solicitado cooperación y establecido alianzas para defenderse de lo que en la cumbre regional de Jefes de Estado celebrada en Tegucigalpa en septiembre de 2003 declararon ser “una amenaza de desestabilización, más inmediata que cualquier guerra o guerrilla convencional”. El 15 de enero de 2004, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua acordaron levantar todas las barreras legales a la persecución de mareros y pandilleros de cualquier nacionalidad en toda Centroamérica. El 18 de marzo de 2005, los presidentes Tony Saca de El Salvador y Oscar Berger de Guatemala acordaron establecer una fuerza común de seguridad para patrullar su frontera común y enfrentar la actividad marera.

También los gobiernos centroamericanos intentaron implicar a Estados Unidos en esta “guerra”. Inicialmente, Estados Unidos se resistía a participar en iniciativas contra las pandillas y las maras. Hasta junio de 2004, cuando el ministro hondureño de seguridad, Oscar Álvarez, alegó -absurda alegación- que alguien de quien se sospechaba era miembro de la organización terrorista Al Qaeda, el saudí Yafar Al-Taya, había llegado a El Salvador para establecer lazos con líderes mareros. Aunque era una afirmación infundada, el FBI creó en diciembre de 2004 un grupo de trabajo focalizándose específicamente sobre las maras. Y en febrero de 2005 anunció la creación de una oficina especial en San Salvador para coordinar esfuerzos regionales contra las maras y las pandillas.

Después de un nuevo -y también absurdo- anuncio de Oscar Álvarez en abril de 2005 diciendo que había frustrado una acción de colaboración entre las maras y las FARC colombianas para intentar matar al presidente Ricardo Maduro, los líderes militares de la región invitaron formalmente al Ejército de Estados Unidos a ayudarlos a crear una fuerza multinacional para intervenir y contener a las maras y pandillas centroamericanas, iniciativa que aún no se ha puesto en marcha, pero que seguramente no tardará en operativizarse.

Más represión, más violencia

Mientras estas iniciativas parecieron inicialmente reducir la delincuencia marera y pandillera, aumentaban las evidencias que eran sólo éxitos temporales y que estos grupos simplemente se han hecho menos visibles y más radicales. Varios estudios han descubierto que mareros y pandilleros han empezado a utilizar símbolos menos obvios de su pertenencia a una mara. Han empezado, por ejemplo, a quitarse los tatuajes- para evitar ser detectados y arrestados por la Policía. Han empezado también a reorganizarse en líneas más verticales y a achicar sus grupos. Están estableciendo también coordinaciones con otros grupos y recurriendo a expresiones de violencia más intensa.

Una de las reacciones violentas a la política de “Mano Dura” se expresó dramáticamente entre algunas maras hondureñas en julio de 2003. Un mes después de la promulgación de la nueva legislación, el 30 de agosto de 2003, miembros de una mara atacaron durante el día un autobús en San Pedro Sula, matando a 14 personas, hiriendo a 18 y dejando una carta para el Presidente Maduro, ordenándole retirar la ley. Al mes siguiente, en Puerto Cortés, la cabeza de una mujer joven fue encontrada en una bolsa de plástico con una carta a Maduro diciéndole que era una respuesta al asesinato extrajudicial de un marero por la Policía. Durante el año 2004, más de 10 cadáveres descabezados fueron dejados en varias ciudades de Honduras con mensajes de maras al Presidente, siempre como respuestas a otras matanzas extrajudiciales de mareros. El 23 de diciembre de 2004, en Chamalecón, un grupo de mareros atacó de nuevo un autobús, matando a 28 personas y dejando otra carta: la acción era en venganza por la muerte de 105 mareros en una prisión estatal en mayo del 2004. Acontecimientos similares, aunque no tan dramáticos, han ocurrido en otros países centroamericanos.

Una solución: darles oportunidades

Está claro que la política represiva de los gobiernos centroamericanos no está funcionando. Parece haber agravado el problema, radicalizando a las pandillas y a las maras y provocando una espiral de violencia con venganzas y represalias.

La represión falla porque puede estar generando una nueva “ética” marera y pandillera: desafiar al Estado. Y también porque la represión nunca remedia los problemas subyacentes que generan estos fenómenos sociales. Las pandillas y maras pueden ser vistas como instituciones que intentan crear un espacio de inclusión con sentido de pertenencia para sus miembros y, a veces, para sus comunidades locales. También como intentos desesperados de construir vehículos institucionales para la acumulación de recursos. Vistas así, no debe sorprender que la experiencia mundial haya demostrado que las iniciativas más efectivas para reducirlas son las que proporcionan oportunidades a sus miembros. Aunque hay algunos ejemplos de iniciativas de este tipo, mayoritariamente la respuesta ha sido represiva. La cuestión crucial es: ¿por qué tanta represión?

Los chivos expiatorios de sociedades muy injustas

Toda política social refleja el contexto económico y social del cual surge. Por eso podemos decir que el obstáculo más grande para la implementación de una política coherente y eficaz con relación a las pandillas y maras de Centroamérica es la naturaleza profundamente desigual de la distribución del poder en las sociedades centroamericanas, donde todo el poder político y económico está concentrado en las manos de una pequeña élite que excluye activamente a la mayoría.

Los gobiernos centroamericanos reprimen a las pandillas y a las maras para evitar tomar otras medidas que resuelvan la exclusión social, la falta de oportunidades, los abismos de desigualdad que son la base de su poder y de sus privilegios. Esta situación provoca algo más que parálisis política. La verdad es que las maras y las pandillas se constituyen, para quienes se atrincheran en su poder, en los mejores chivos expiatorios a los que culpar por la inestabilidad de la región, ocultando así las verdaderas raíces de los problemas. La estrategia oficial es riesgosa: queda claro que intentar preservar los esquemas de sociedades tan injustas con métodos de violencia represiva puede resultar explosivo a largo plazo.

✓ **José Luis Rocha Gómez**, investigador de la Universidad Centroamericana (UCA), es miembro del Consejo de Investigación de dicha universidad y de los consejos editoriales de las revistas *Envío* y *Encuentro*, publicaciones académicas de la UCA. Ha realizado investigaciones sobre pandillas juveniles, gobiernos locales, preparación ante desastres naturales, crisis del café y migración. Actualmente coordina las investigaciones sobre migrantes del Servicio Jesuita para Migrantes de Centroamérica, a cuya serie de publicaciones contribuyó con el libro bilingüe (español/inglés) titulado *Una región desgarrada. Dinámicas migratorias en Centroamérica, Serie: Estudios sobre la diáspora centroamericana*. Con la London School of Economic publicó “*The Political Economy of Nicaragua’s Institutional and Organisational Framework for Dealing with Youth Violence*”, Working paper no.65, Crisis States Programme. Su trabajo más reciente sobre pandillas en Nicaragua es “*Lanzando piedras, fumando ‘piedras’. Evolución de las pandillas en Nicaragua 1997-2006*”, Cuaderno de Investigación No.23, UCA Publicaciones, diciembre 2007.

✓ **Dennis Rodgers**, antropólogo en el Brooks World Poverty Institute de la Universidad de Manchester en Inglaterra e investigador visitante en el Crisis States Research Centre de la Escuela de Economía de Londres. Tiene más de diez años desarrollando estudios sobre pandillas, desarrollo urbano, y política local en Nicaragua y Argentina. Sus publicaciones en español incluyen: “*Desimbricando la ciudad: Crimen, inseguridad y organización espacial en Managua, Nicaragua*”, *Encuentro*, 73: 8-24, 2006; “*¡Son como esponjas! Notas antropológicas entorno de diálogos con el MTD La Matanza*”, en Toty Flores (comp.), *Cuando con Otros Somos Nosotros: La Experiencia Asociativa del Movimiento de Trabajadores Desocupados MTD La Matanza*, Buenos Aires: MTD Editora; y “*Haciendo del peligro una vocación: La antropología, la violencia, y los dilemas de la observación participante*”, *Revista Española de Investigación Criminológica*, 2(1): 1-24, 2004.

Se terminó de imprimir
en los Talleres de Impresiones Helios, S.A.
Managua, Nicaragua, febrero 2008

La edición consta de 3,000 ejemplares

***¿Qué es una pandilla? 'La pandilla'*
es un concepto genérico y no específico.
Se trata de un término amplio que engloba
tanto a grupos de amigos como a colectivos
jerarquizados de varones violentos o criminales.
La presente colección de ensayos,
que trata de mostrar las líneas generales
del pandillerismo nicaragüense,
está estructurada cronológicamente y abarca
*desde los años 1996/1997 hasta el presente.***

***Estos textos, aparecidos a lo largo de diez años*
en la revista Envío, repasan la transformación
de grupos juveniles defensores del barrio
en 'una especie de élite empresarial local'
dedicada al tráfico de drogas.
Y si bien las pandillas de ayer no son las mismas
de hoy, el panorama actual del pandillerismo
nicaragüense se caracteriza por la coexistencia
de una gran variedad de grupos juveniles
de todo tipo, dedicados a actividades
*más o menos violentas.***



envío